

LA SAGA DE LOS AZNAR

POR **GEORGE
H. WHITE**

LA TIERRA DESPUES

se

Huidos del circumplaneta Atolón, después de una escala imprevista en el pasado, los Aznar encuentran la verdadera Tierra del tiempo presente.

¿Qué ha sucedido en la Tierra desde que los Hombres de Titanio fueron expulsados de estos planetas, hace un millón de años? ¿Cómo habrá evolucionado la sociedad terrícola en el mismo período de tiempo que se extinguió la civilización paralela de Atolón? Los Aznar contemplan el planeta llenos de emoción, de esperanza... y de temores.

Estos hombres, ejemplares de una civilización poco evolucionada, serán respecto a aquel mundo como seres venidos de la prehistoria...



George H. White

La Tierra después

La saga de los Aznar - 49

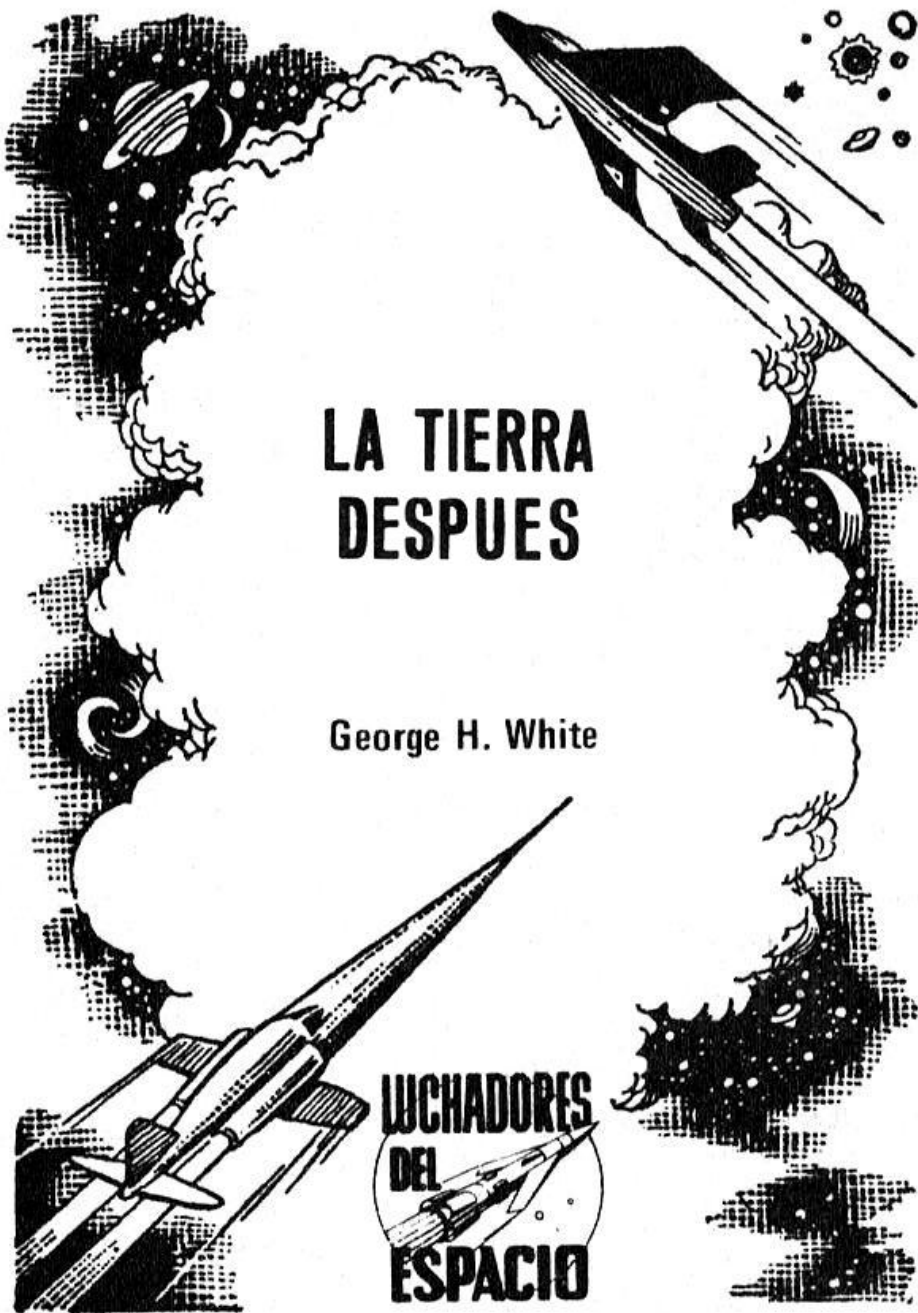
ePub r1.0

Titivillus 21.09.15

Título original: *La Tierra después*
George H. White, 1977

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





LA TIERRA DESPUES

George H. White



**LUCHADORES
DEL
ESPACIO**



CAPÍTULO PRIMERO

Son partículas de alta energía cruzando las profundas soledades del espacio moviéndose a la aterradora velocidad de 301.000 kilómetros por segundo.

Un observador situado en un lugar inmóvil, en la trayectoria de la nube, no habría podido abarcarla con el limitado campo visual del ojo humano, ni habría sentido el roce de la neblina, cuyas partículas le atravesarían de parte a parte sin detenerse. Pero si este mismo observador hubiese podido seguir a la nube, manteniéndose cerca, aunque apartado de ella durante 2 horas, 46 minutos y un segundo, la habría visto contraerse, empequeñecerse con rapidez instantánea, adquirir forma y aparecer ante sus ojos, como un fantasma, convirtiéndose en una esfera gris de tres kilómetros de diámetro, que se movía en el límite de la velocidad de la luz.

Esta esfera era una cosmonave, el autoplaneta “Hermes”, emergiendo del sub-espacio a nivel del espacio sideral.

En el momento de producirse este fenómeno de contracción, si algún ser vivo se hubiese encontrado situado en el centro mismo de

la nube, habría visto cómo ésta se oscurecía por momentos, cómo se velaban y apagaban las estrellas del firmamento, y cómo se consolidaban a su alrededor millones de toneladas de materia que se contraía y espesaba encerrándole en un círculo amenazador...

Vería surgir de la lejanía unos altos muros, de apariencia inconsistente, transparentes al principio, opacos y sólidos después, que se cerraban a su alrededor como una argolla, y habría visto materializarse sobre su cabeza una inmensa cúpula que se contraía y bajaba a velocidad aterradora como si fuera a aplastarle entre los muros y el suelo que también se hacía consistente y firme bajo sus pies...

Esta horrible pesadilla tendría un final súbito e inesperado. En el último segundo, en una sola fracción de segundo, todo quedaría inmóvil; el suelo bajo sus pies, el muro formando un círculo a su alrededor, a una distancia de 20 metros, y la cúpula sobre su cabeza, a una altura de 25 metros. Uno estaba plantado en mitad de la sala de Control del autoplaneta “Hermes”, esferonave de la República Tapo.

En este momento, no había nadie vivo a bordo de la esferonave. En la sala de control, una habitación de planta circular de 40 metros de diámetro, todos los aparatos estaban funcionando. En los blancos muros brillaban las luces de los tableros de la gran computadora, y los rollos de cinta magnética giraban, se detenían y volvían a ponerse en movimiento automáticamente detrás de la cubierta transparente de los armarios.

En la gran cúpula que cubría toda la sala, 837 pantallas de televisión hexagonales formaban un mosaico perfecto, y en él se veían, como en un planetario, todas las estrellas del hemisferio hacia el cual volaba la esferonave.

Después de pasar de una velocidad ultra-lumínica a una velocidad sub-lumínica, el “Hermes” continuaba desacelerando a razón de 100 metros/segundo. Aplicando este freno de una manera constante, todavía tardaría 34 días, 17 horas, 16 minutos y 4 segundos en detenerse por completo, habiendo recorrido 450.000 millones de kilómetros desde su aparición. Pero el tiempo para una cosmonave en movimiento era distinto del tiempo de un observador inmóvil.

En efecto, debido al fenómeno de enlentización del tiempo para

las máquinas en movimiento, expresado en la famosa fórmula de la relatividad del genial Albert Einstein, las cosas estaban ocurriendo muy despacio a bordo de la cosmonave.

Si el observador inmóvil hubiese podido seguir a través de un televisor lo que estaba ocurriendo en la cosmonave, habría comprobado que, mientras para pasar de una velocidad de 300.000 kilómetros/segundo a una velocidad de 275.000 kilómetros/segundo la esferonave invertía según su reloj 2 días, 21 horas, 21 minutos, 21 segundos, en el gran reloj de cesio sobre la puerta de la sala de control de la esferonave sólo habían transcurrido 2 horas, 53 minutos y 2 segundos.

La esferonave seguía desacelerando. Pasó el tiempo. Pasaron 23 días, 3 horas, 8 minutos y 38 segundos. La velocidad de la cosmonave había quedado reducida a 100.000 kilómetros/segundo, recorriendo en este tiempo 200.000 millones de kilómetros. En el reloj de la sala de control habían pasado 7 días, 1 hora, 41 minutos y 2 segundos. A bordo de la nave empezaban a ocurrir cosas. Pero la primera señal de actividad no se registró en la misma sala de control, sino en una habitación contigua, a la cual se llegaba desde un pasillo por el vestíbulo de la sala.

Entrando en esta habitación, lo más aparente era los paneles luminiscentes de una computadora que ocupaba todo el muro del fondo. A derecha e izquierda de la computadora se veían dos tambores puestos en posición vertical de modo que pudieran girar sobre un eje sostenido por sendos brazos de acero. A ambos lados, contra los muros laterales, destacaban dos extrañas cajas más altas que anchas, con paredes de extraordinario grosor. Las cajas o cabinas estaban abiertas por delante, pero su interior quedaba oculto por una pantalla muy gruesa, separada unos 70 centímetros de los bordes de cada caja. Estas extrañas cabinas estaban conectadas a la computadora por gruesos manojos de cables eléctricos.

Delante de cada tambor había una pequeña consola. Una cinta perforada de oro, de 15 centímetros de ancho y un milímetro de espesor, salía de los tambores y se introducía en una ranura de la consola. Fue aquí, precisamente, donde se registró el primer indicio de actividad. El mecanismo de la consola que estaba a la derecha se puso en movimiento, tirando de la cinta arrollada al tambor. Dos

metros aproximadamente de cinta perforada pasaron por la ranura de la consola. La máquina se detuvo, y simultáneamente se puso en funcionamiento la consola de la izquierda, tirando también de la cinta arrollada al segundo tambor. En la cabina de la derecha brilló un relámpago azulado, cuyo vivo resplandor se propagó fuera por la abertura que quedaba entre la gruesa pantalla de porcelana y el borde de la cabina.

No ocurrió nada de momento. Luego una figura fantasmal apareció deslizándose por detrás de la pantalla donde se había producido el relámpago. Era un gigante, o al menos eso parecía a causa de la negra escafandra que le cubría y la recia armadura de cristal azul oscuro que aumentaba su corpulencia.

Era un astronauta con su equipo completo de vacío.

La vida despertaba a bordo del autoplaneta “Hermes” con el regreso de sus tripulantes; una tripulación que hasta este momento sólo existía expresada en una fórmula de componentes sobre unos rollos de cinta perforada. La máquina que restituía a los astronautas era una “Karendón”.

* * *

El tiempo no existía para el individuo desmaterializado, y generalmente éste solía confundir en uno sólo los dos relámpagos que mediaban entre su salida y su regreso a la vida. En el primer relámpago, la materia del individuo era volatilizada, destruida después de haber sido concienzudamente analizada en sus componentes más pequeños; es decir, aquellos que constituían cada átomo de la materia viva. En el segundo relámpago, la máquina, alimentada por una poderosa fuente de energía, transformaba esta energía en materia atómica de idéntica contextura a la que había sido destruida. Cada átomo volvía a ocupar su exacto lugar, y el ser vivo quedaba hecho.

Así era como trabajaba la máquina “Karendón”^[1].

El vivo relámpago verde-azulado, que generalmente solía causar momentáneo deslumbramiento, no afectó esta vez a Tuanko Aznar, por estar protegido por la escafandra de su equipo de vacío; cristal-diamante teñido de azul. El primer sonido que llegó a sus oídos a través del audífono de su escafandra, fue el loco martillear de un

timbre de alarma.

Tuanko miró a su alrededor y vio que estaba en la misma cámara forrada de vidrio en la cual había sido desmaterializado, o al menos otra idéntica a aquella. La luz de la habitación entraba en la cabina por la abertura que quedaba entre la gruesa pantalla frontal de porcelana y los bordes de la caja de restitución. Rápidamente se deslizó por detrás de la pantalla.

Estaba, en efecto, en la misma habitación donde funcionaba la “Karendón Traslator” de la sala de control. Una sola “Karendón” atendía por relevos a dos cámaras de restitución, de modo que mientras una de las cabinas era desocupada se producía la restitución de otro tripulante en la contigua. El operador de la “Karendón”, vestido con una armadura de “diamantina”, le hizo una indicación con la cabeza en dirección a la puerta.

Sobre la puerta de la habitación se encendía y apagaba intermitentemente un cartel iluminado con las palabras “alarma roja”. Junto al cartel armaba un estrépito de todos los demonios el dichoso timbre.

Los miembros del primer turno del personal de servicio de la sala de control habían sido desmaterializados llevando puesto su equipo de vacío, y así era como regresaban al ser restituidos por la “Karendón”. De este modo se cubría la contingencia de que hubiese ocurrido alguna avería, que el personal tenía que atender de inmediato.

—¿Qué puede haber ocurrido? —se preguntó Tuanko, preocupado mientras cruzaba la puerta y echaba a correr por el pasillo con toda la rapidez que le permitía la rígida armadura.

El pasillo desembocaba en el vestíbulo, quien a su vez comunicaba por una puerta de cristales opacos con la sala de control. Sobre el dintel de esta puerta se encendía intermitentemente otro letrero con la fatídica advertencia de alarma y repicaba un timbre.

Acababa Tuanko Aznar de abrir la puerta de la sala de control, cuando toda la esferonave saltó como si acabara de colisionar con un cuerpo celeste de volumen muy superior al suyo propio.

El efecto fue aterrador. Tuanko se sintió levantado del piso y elevado hacia el techo como una liviana pluma, para ir a caer veinte metros más lejos al pie de la escalerilla de acceso al puente

de mando. Pero ya la escalerilla no estaba en su lugar cuando Tuanko aterrizó violentamente. La plataforma del puente había saltado por los aires, y en mitad de un estruendo ensordecedor salían despedidos los controladores de servicio, sus consolas de instrumentos y sus sillas.

Simultáneamente estallaban en mil fragmentos los armarios de la computadora general, lanzando como proyectiles los rollos de cinta magnética, unidades de memoria y placas de circuitos impresos. Las pantallas de los muros, las esferas y demás indicadores; cuadros de interruptores, extintores de incendios, cables coaxiales, equipos de radio y demás, eran arrancados de las paredes y el piso y arrojados a lo alto.

Cuando Tuanko caía violentamente al suelo se apagaron las luces. Y al mismo tiempo centenares de pantallas de televisión que formaban el mosaico del planetario llovían como bombas sobre la cabeza y la espalda del muchacho.

Fue algo espantoso, que dejó a Tuanko aturdido, aunque ileso gracias a la solidez de la armadura y escafandra de “diamantina” que le cubría por completo. Por todas partes chisporroteaban los cortocircuitos, llenando la oscuridad de cárdenos relámpagos, y se iniciaban aquí y allá pequeños incendios que arrojaban densa humareda. La colisión debía haber sido tremenda, considerando la solidez con que se habían construido todos los componentes del equipo de la sala de control.

Los incendios y el continuo chisporroteo de los cables eléctricos alumbraban tétricamente una escena de espantosa desolación, donde los hombres empezaban a incorporarse moviéndose como sonámbulos entre bancos derribados, consolas arrancadas, butacas y los demás restos de una completa destrucción.

Cerca de donde estaba Tuanko se veían los restos del puente entre montones de fragmentos de cristal. Todo había ocurrido tan rápido que Tuanko no había tenido tiempo de ver quién era el oficial que se encontraba sobre el puente. Lógicamente, en una situación de emergencia, debía ser su abuelo, el Almirante. Tuanko se sintió preocupado.

El equipo de vacío de los astronautas traía incorporado un emisor-receptor de radio. Tuanko utilizó el suyo para llamar a su abuelo:

—¡Hola, Almirante! ¿Me escuchas, abuelo? ¡Almirante, soy Tuanko, tu nieto!

No obtuvo respuesta. Otra sacudida, más leve que la anterior, hizo temblar el piso bajo sus pies. Tuanko dedujo de esto que el “Hermes” no había colisionado con ningún cuerpo celeste. ¡Estaban siendo atacados con torpedos de cabeza nuclear! Probablemente el arma que alcanzó a la esferonave era un torpedo de anti-materia. Solamente un torpedo anti-materia era capaz de causar tales destrozos. ¿Pero quién les atacaba?

Tuanko se puso a buscar entre los restos del puente, insistiendo una y otra vez en sus llamadas por radio. Alguien más había pensado en utilizar la radio individual; Julia Aneto, coronela de las Fuerzas Aéreas de Renacimiento, amiga del Almirante Aznar.

—¿Tuanko? Soy Julia... Julia Aneto —resonó la voz de la coronela en el interior de la escafandra del joven tapo.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Dónde está el Almirante? —preguntó Tuanko.

Entre el cárdeno resplandor de los cortocircuitos, Tuanko alcanzó a distinguir una figura envuelta en una armadura de vacío que estaba ante él al otro lado del informe montón de escombros. En este momento Tuanko empezaba a percibir los mensajes telepáticos de varias mentes a su alrededor. Cuando varias personas intentaban transmitir simultáneamente por este sistema, generalmente solían interceptarse unas a otras creando una enorme confusión. Tuanko optó por atender a la cálida voz de Julia Aneto que le hablaba por la radio. La coronela Aneto no era una “tapo”, carecía de las facultades paragnósticas de éstos.

—El Almirante se encontraba sobre el puente con el contralmirante Asuhe, les vi por última vez un segundo antes de que todo volara por los aires. ¡Dios mío, espero que no le haya ocurrido nada malo! —dijo Julia Aneto.

—¿Llevaba puesta la armadura?

—Sí.

—Bueno, ya es algo. Estas armaduras son muy fuertes, puede que sólo se encuentre conmocionado. Vamos a remover estos escombros —dijo Tuanko.

Dos nuevas sacudidas, una a continuación de otra, hicieron tambalearse a Tuanko. Éste se puso a retirar planchas, perfiles de

acero laminado y demás restos de la plataforma. En la destrozada sala de control el personal técnico se organizaba después de los primeros momentos de confusión y acudía a atajar los incendios con los extintores. Varios hombres vinieron a colaborar con Tuanko y Julia Aneto en la retirada de escombros.

—¡Aquí está el contralmirante Asuhe! —anunció una voz.

El contralmirante estaba sepultado bajo un montón de planchas retorcidas. El peso de los escombros había hundido la caja torácica de la armadura presionando sobre las costillas del contralmirante y provocando el desvanecimiento de éste a causa de la asfixia. Mientras quitaban la escafandra a Asuhe y le aplicaban una mascarilla de oxígeno, Tuanko descubría las piernas del Almirante Aznar, cogido bajo una viga de acero.

El Almirante Aznar se encontraba perfectamente. Inmovilizadas las manos no había podido alcanzar los mandos de su aparato de radio. El Almirante no era “tapo”, no poseía como éstos la facultad de poder transmitir telepáticamente y nada pudo hacer, excepto esperar a que acudieran en su socorro retirando los escombros que le tenían aprisionado. Al tener insertada la clavija del teléfono, a través del cual daba órdenes cuando se encontraba en el puente de mando, ésta impedía el funcionamiento del altavoz exterior, por medio del cual el Almirante podría haberse hecho oír desde el interior de su escafandra.

Tuanko, que ignoraba todavía cuál era el estado de su abuelo, le arrancó la escafandra como primera providencia, cuando todavía los controladores estaban retirando la viga que le tenía inmovilizado.

De la escafandra salió la cabeza de un joven de veintidós años, un rostro terso y atractivo, con vivaces ojos negros y finos y bien dibujados labios. Éste era el abuelo de Tuanko. Abuelo y nieto tenían la misma edad. ¿Cómo era posible esto? La máquina “Karendón” estaba creando una enorme confusión sociológica. A la edad de noventa y ocho años, utilizando un “vetatom” obtenido cuando tenía veintidós, el Almirante Aznar había dado el “salto atrás” reencarnando en idéntica naturaleza física que tenía en su juventud. Ahora el Almirante tenía la misma edad que su nieto, y era treinta años más joven que su hijo Alejandro. ¡Realmente fantástico!

Tuanko golpeó las mejillas de su rejuvenecido abuelo.

—¡Estoy bien! ¡Estoy bien! —dijo el Almirante—. Ayúdenme a levantarme.

Le pusieron en pie. El Almirante Aznar miró a su alrededor la caótica escena iluminada por los incendios.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Que alguien me dé las novedades! ¿Dónde está Asuhe? —reclamó el Almirante.

—Asuhe tiene una pierna rota. Le han llevado al Hospital.

—¿Y Nuodo? ¿Dónde está Nuodo?

—Aquí, Almirante —dijo un oficial que llevaba sobre la coraza el distintivo de capitán de navío.

—¿Nos acertaron con uno de anti-materia, no es cierto?

—Eso parece, señor —respondió Nuodo hablando a través del amplificador de la oscura escafandra—. Tenemos daños importantes. La computadora general ha quedado fuera de servicio y el planetario se ha derrumbado por completo. Los incendios no son problema, los estamos dominando. Tardaremos mucho más en reparar los sistemas de control. Tenemos que modificar el rumbo o iremos a estrellarnos contra el Sol.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

—Es fácil calcularlo, señor. Nos encontramos más o menos a la altura de la órbita de Plutón. La distancia media de Plutón al Sol es de cinco mil novecientos millones de kilómetros, más o menos. Llevamos una velocidad residual de cien mil kilómetros segundo; es decir, invertiremos dieciséis horas y veinte minutos en caer en el Sol.

—¡Sólo dieciséis horas! —exclamó el Almirante—. Intentaremos montar algún dispositivo manual. Ahora es cuando necesitamos aquí a mi hijo. ¿Dónde está el profesor Alejandro?

El Almirante miró a su alrededor, como buscando con la vista a Alejandro Aznar. Pero nadie daba razones de su paradero.

—Tuanko, ¿cuánto tiempo llevas restituido? —preguntó.

—Estaba cruzando la puerta de la sala de control cuando todo saltó por los aires.

—Tu padre fue desmaterializado a continuación de serlo tú. Debía estar para ser restituido cuando nos alcanzaron con ese torpedo, o tal vez ande por ahí —dijo el Almirante—. Trata de ponerte en contacto con él.

Tuanko Aznar se concentró en sí mismo, aislándose de cuanto le rodeaba para realizar una especie de búsqueda mental.

“Padre, ¿estás aquí?”

Le contestaron:

“¿Eres Tuanko? Estoy en la sala de las “Karendón””.

Tuanko abrió los ojos y pudo informar a su abuelo:

—Papá fue restituido. Se encuentra en la sala de las “Karendón”.

—¿Qué demonios está haciendo allí? —gruñó el Almirante Aznar—. ¡Ve a buscarle! Tenemos que reparar esta avería, aunque sea con cuerdas y piezas de cartón.

Tuanko abandonó la sala de control sorteando las consolas tumbadas, haciendo crujir bajo sus pies miles de fragmentos de cristal, pasando sobre los cables eléctricos que restallaban como látigos y que le habrían dejado electrocutado sin la protección de la armadura de “diamantina”.

Mientras tanto, la esferonave volaba sin gobierno, recorriendo 100.000 kilómetros por segundo en dirección al centro del sistema, donde fatalmente se estrellaría contra el Sol.

CAPÍTULO II

“Este es el mensaje del Almirante Aznar en vista República de Maquetania, el “Hermes”, autoplaneta de la República de Tierra. Maquetania la forman las tribus tapos que habitaban en los trece planetas de Atolón. Los tapos son la última rama superviviente de la civilización terrícola llevada a Atolón por los valeranos. El autoplaneta “Hermes” es una esferonave de hormigón de catorce millones de toneladas. No es una nave de guerra. No está armada. A quienes reciben este mensaje, se les ruega acojan al “Hermes” amistosamente. La tripulación se incorporará a la esferonave en el momento de que ésta haya dejado su velocidad en cien mil kilómetros por segundo.”

Repitiendo una y otra vez este mensaje, el “Hermes” había viajado durante 23 días, 3 horas y 8 minutos, hasta que los primeros tripulantes empezaron a incorporarse a sus puestos en la sala de control.

Desde mucho antes, los serviola-robot del “Hermes” tenían localizada en su radar una fuerza sidereal que se movía sobre la órbita de Plutón, al parecer realizando una misión de patrulla ordinaria. Pese a los días que la radio del “Hermes” llevaba repitiendo su aviso, no había ninguna respuesta grabada en el receptor de mensajes. Todas las tentativas posteriores del Almirante Aznar por contactar con el comandante de la patrulla resultaron infructuosas.

Si el “Hermes” hubiese estado armado, el Almirante habría podido adoptar alguna precaución; después de todo, la patrulla sólo la formaban un centenar de aeronaves, y todavía se encontraba a 540 millones de kilómetros de distancia. Desarmado como estaba, el Almirante aplicó todos sus esfuerzos a hacerse oír a través de la radio, incluso enviando señales de televisión.

La patrulla continuó en su irracional mutismo, y veinte minutos

después que el Almirante subiera al puente en la sala de control largaba una andanada de torpedos.

Moviéndose a 100.000 kilómetros por segundo la capacidad de maniobra del “Hermes” era muy pequeña. Una diferencia de un grado, a la distancia que se encontraban los torpedos, significaba apartarse 6.283.185 kilómetros de su rumbo. Pero los torpedos, acelerando a un kilómetro/segundo, se movían después de una hora a 3.600 kilómetros/segundo, recorriendo en este tiempo 6.480.000 kilómetros. Los torpedos eran más ágiles que el “Hermes” y podían atajar a éste en cualquier maniobra que realizara. La esferonave tenía la ventaja de su mayor velocidad inicial. Si los torpedos no le alcanzaban al atajarle el camino ya no le alcanzarían después.

Veinte minutos después de avistar los torpedos el Almirante Aznar ordenó alterar de nuevo el rumbo del “Hermes”. Pero la nube de torpedos modificó rápidamente el suyo y corrió a atajar a la esferonave. Aunque no todos los torpedos alcanzaron al “Hermes” sí llegaron los suficientes. Entre ellos uno de aquellos demoledores de anti-materia.

Al relatar el Almirante cómo habían ocurrido los hechos, el profesor Alejandro preguntó:

—¿Pero por qué nos atacan? Se supone que son nuestros amigos. ¿O no es así?

El ataque había irritado mucho al Almirante, el cual contestó:

—No se me ocurre qué haya podido haber pasado, como no sea que todos a bordo de esas aeronaves estén borrachos.

—Esa no es una respuesta, Miguel, tú lo sabes. Si todo ha sucedido como estaba programado, hace semanas que nuestra esferonave emergió del sub-espacio. Desde aquel momento ha debido estar emitiendo por la radio, dándonos a conocer a los habitantes de la Tierra. No ha podido haber confusión, nos han atacado fría y deliberadamente con el solo fin de destruirnos. ¿Por qué? —preguntó Alejandro Aznar.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —replicó enfurruñado el Almirante—. Sabemos que el género humano todavía habita en estos planetas, hemos interceptado sus voces y detectado señales de radio cruzando el espacio en todas direcciones. Pero no para contestar a nuestras llamadas. No encuentro explicación para tan extraña conducta.

—¿Alguien ha pensado que pudieran estar por medio los valeranos? —indicó Tuanko Aznar, que se encontraba allí escuchando a sus mayores.

—¿Por qué los valeranos? —preguntó el Almirante.

—Porque el autoplaneta “Valera” debió llegar a la Tierra medio siglo antes que nosotros. Los valeranos tratarían de justificarse contando a su manera la historia oscura y poco noble de lo que hicieron en Atolón, abandonando a su suerte a tres cuartos de millón de sus paisanos. “Valera” se alejó de Atolón antes que las tribus tapo se reunieran para formar una sola nación. Para los valeranos, a falta de información más precisa, los que regresamos son sus viejos enemigos, aquella detestada oligarquía de la que se deshicieron como de un lastre incómodo, esperando que los ghuros acabaran con nosotros.

El Almirante Aznar movió la cabeza en sentido negativo.

—Me resisto a creerlo. Por muy mal que nos quisieran los valeranos, no concibo que quieran asesinarlos.

—Supongamos que conseguimos arreglar todos estos desperfectos —dijo el profesor Alejandro—. En las horas siguientes, a medida que penetremos más profundamente en el sistema solar, aumentarán las probabilidades de que seamos atacados de nuevo. Si algo parece claro, es que somos mal acogidos por los habitantes de estos planetas. Ellos no nos quieren. ¿Qué podemos hacer entonces?

—De momento no podemos hacer nada —respondió el Almirante malhumoradamente—. Volamos a cien mil kilómetros por segundo en dirección al centro del sistema. Allí está el Sol, que nos atraerá con su masa aun en el caso que no fuéramos bien arrumbados. Tenemos que evitar eso poniendo en marcha nuestro sistema de ondas antigravitacionales. Esa es tu tarea, así que pon manos a la obra. Tan pronto pueda servirse de la radio transmitiré para que todo el mundo sepa quiénes son los tapos y cuál es la misión que nos ha traído a la Tierra. Alguien debería salir a comprobar los daños que hemos sufrido en la estructura. Tuanko, encárgate tú de eso.

—A la orden, señor —contestó Tuanko como un disciplinado soldado.

La electricidad volvía pocos minutos después a la sala de control, aunque sólo para alumbrar con algunos puntos de luz. El

profesor Alejandro Aznar iba de un lado a otro dando órdenes a los equipos que trabajaban en la tarea de reparar lo más esencial del sistema de impulsión y dirección de la nave. En tales circunstancias era una suerte contar con el profesor, pues éste no sólo era un técnico experto, sino que había proyectado y dirigido la construcción del “Hermes”, el cual no tenía secretos para él.

—El impacto ha debido producirse en el segundo cuadrante del hemisferio norte —dijo el profesor a su hijo—. Lo más seguro es que los montacargas hayan quedado atascados. Tendrás que utilizar las escaleras, y vas a encontrar las puertas cerradas. Que alguien te acompañe, el sargento Yuri, por ejemplo. Proveeros de linternas eléctricas por si falta la luz en alguna de las cubiertas.

El sargento Yuri, un robusto mocetón de casi dos metros de estatura, se dispuso a acompañar al capitán Tuanko.

La expedición resultó muy accidentada, ya que, como había previsto el profesor Alejandro, los montacargas habían quedado atascados como consecuencia de la terrible sacudida que conmocionó toda la esferonave. No era pequeño inconveniente, pues la distancia entre la sala de control y la primera cubierta era de 1.200 metros. Unas sesenta puertas de sólido acero se interponían en el camino de esta penosa ascensión, todas ellas cerradas, y la mayoría teniéndose que abrir a fuerza de músculos.

Sin embargo, no iban a tener que llegar tan lejos. La esferonave había sido construida al modo de los antiguos barcos de guerra, con numerosos compartimentos estancos y sólidas puertas de presión entre cada piso. Junto a cada una de las puertas estancas, un presurómetro indicaba la presión de la atmósfera en el compartimento contiguo.

A la altura del piso catorce, el presurómetro indicaba un vacío total al otro lado del tabique. Tuanko envió al sargento Yuri a cerrar la puerta que habían dejado abierta al final de la escalera. Luego abrieron a mano la puerta haciendo girar un manubrio, dejando una rendija para que escapara el aire. Cuando abrieron totalmente la puerta los dos astronautas se vieron en una oscuridad crepuscular, bajo un cielo estrellado rasgado de cárdenos relámpagos. Estos relámpagos procedían de algunos cables eléctricos que colgaban balanceándose de las trece plantas superiores, seccionadas de forma irregular. Al final del negro

agujero se veía el cielo.

La destrucción era enorme, y casi parecía imposible que la esferonave no se hubiese abierto totalmente como una sandía golpeada con un mazo. Tuanko le calculó al agujero un diámetro de 850 metros, del que habían sido volatilizados unos 400 millones de metros cúbicos de hormigón, además de todo lo que se encontraba en trece plantas superpuestas.

Afortunadamente, estos pisos estaban vacíos. Todas las partes vitales del autoplaneta: la ciudad-concha, la sala de control, las máquinas “Karendón”, los almacenes de “vetatom”, los reactores nucleares y los gigantescos depósitos de agua, de oxígeno líquido y aceites lubricantes, se encontraban en el hemisferio opuesto.

La planta catorce estaba totalmente obstruida por grandes bloques de hormigón, montañas de ladrillos, planchas de acero y vigas de acero retorcidas, puertas, cristales, escaleras...

Los cables eléctricos chisporroteaban medrosamente iluminando intermitentemente aquella escena de desolación, pero en aquella falta total de aire no podían provocar ningún incendio, lo cual en cierto modo era un alivio.

En este momento, los dos astronautas tenían sintonizados sus aparatos de radio individuales, ya que sus voces no podían propagarse en este ambiente desprovisto de atmósfera. Fue entonces cuando, inesperadamente, escucharon una voz vigorosa entre el chasquido de las descargas eléctricas de los cables que pendían sobre sus cabezas:

—¡Hola, “Hermes”! ¡Hola, “Hermes”! Atención, esferonave “Hermes”. Habla el autoplaneta “Valera”. Les hemos estado escuchando desde que emergieron del sub-espacio y empezaron a transmitir por medios automáticos. Hemos calculado que en el momento de recibir este mensaje su esferonave estará volando a menos de cien mil kilómetros segundo, y que por lo tanto su tripulación ha regresado y nos estará escuchando. Preste atención “Hermes”. Hemos interceptado un radio cifrado del mando central del Estado Tierra, ordenando a sus patrullas siderales atacarles y destruirles. Aléjense de toda agrupación sideral que se encuentre en sus inmediaciones y diríjense a Júpiter para reunirse con el autoplaneta “Valera”. Nos disponemos a enviar en su ayuda una fuerza de cruceros para que les cubran y les den escolta en el resto

de su travesía. ¡Buena suerte, “Hermes”!

—¡El autoplaneta está allí! —exclamó Tuanko Aznar jubiloso.

—Y van a ayudarnos a escapar de esos malditos torpedos terrícolas —añadió el sargento Yuri—. ¡Caracoles, bien pudieron haberlo hecho antes!

—Vamos a regresar, sargento. Aquí no tenemos nada que hacer, y abajo deben estar saltando de alegría —dijo Tuanko.

Mientras desandaban el camino tan penosamente recorrido, a través de escaleras y puertas estancas, Tuanko Aznar se preguntaba también por qué los valeranos no habían acudido antes en ayuda del “Hermes”. La respuesta más racional era que los valeranos ignoraron las intenciones de los terrícolas hasta interceptar el mensaje cifrado del mando central a sus patrullas siderales próximas a la esferonave.

Todo cuanto estaba ocurriendo le parecía muy sospechoso a Tuanko. Bien recibida sería la ayuda de los valeranos, si de verdad éstos deseaban socorrerles y no les atraían hacia una trampa de la que no podrían escapar. Pero incluso con sus mejores deseos, los valeranos podían llegar tarde.

Al ser atacado, el autoplaneta “Hermes” se encontraba más o menos a la altura de la órbita de Plutón, distante unos 5.700 millones de kilómetros del Sol. La distancia media del planeta Júpiter al Sol era 778 millones de kilómetros, pero esta distancia podía ser el doble para el “Hermes” si en este momento Júpiter se encontraba en el extremo opuesto, teniendo que sumarla a los 5.700 millones de kilómetros que le separaban del centro del sistema; es decir, en números redondos cerca de seis mil quinientos millones de kilómetros.

Los cruceros valeranos de la clase “stelar” eran capaces de desarrollar aceleraciones fantásticas, del orden de unas mil veces la fuerza de la gravedad terrestre; algo que ni los seres humanos ni las mismas máquinas habrían podido resistir, de no actuar sobre ellas las fuerzas “aG” (antigravitacionales) para neutralizar tan brutal empujón.

Acelerando constantemente a 10 kilómetros/segundo, un crucero “stelar” alcanzaba la velocidad de la luz en 8 horas, 19 minutos, 4 segundos, recorriendo en este tiempo 4.500 millones de kilómetros.

Suponiendo a Júpiter en la posición más desventajosa, en el extremo opuesto del sistema solar, si la fuerza de cruceros había zarpado al mismo tiempo que “Valera” emitía su radio, éstos llevarían viajando seis horas y habrían recorrido ya 2.347 millones de kilómetros. Tuanko calculó que los cruceros deberían empezar a desacelerar en este mismo momento, recorriendo en esta maniobra otros 2.347 millones de kilómetros para dejar su velocidad a cero. Como en este tiempo el “Hermes” recorría 2.160 millones de kilómetros, podría darse como máximo un tiempo de seis horas para que la esferonave se encontrara con la fuerza que acudía en su socorro.

* * *

Cinco horas más tarde, en una de las pantallas murales de la sala de control del autoplaneta “Hermes”, los astronautas veían aparecer toda una división de cruceros siderales de la serie “stelar”. La esferonave tapo volaba todavía a 100.000 kilómetros por segundo, y la división de cruceros estaba al paio, esperando al autoplaneta para unirse a él. Los cruceros quedaron rápidamente atrás, debido a la mayor velocidad de la esferonave, pero la división empezó a acelerar, al mismo tiempo que el “Hermes” desaceleraba, y en dos horas estaban todos volando a la misma altura.

Mientras tanto, el “Hermes” había recorrido 2.520 millones de kilómetros y cruzaba como una exhalación la órbita de Urano.

Sin desatender las reparaciones que se efectuaban en la sala de control, el profesor Alejandro Aznar había conseguido hacer funcionar la atascada “Karendón”. Más personal técnico llegó a través de la máquina, entre éste el doctor Fidel Aznar, hermano del Almirante.

Ya bajo gobierno, la esferonave se apartaba de la trayectoria que le llevaba directa al Sol, mientras desaceleraba continuamente a 100 metros por segundo. De seguir así emplearía once días en detenerse por completo.

Desde el buque insignia, a través de la radio, el comandante jefe de la división de cruceros, almirante Doria Feijoo, invitó al Almirante Aznar a pasar a bordo de su nave. El Almirante dio su conformidad.

—¿Vas a ir? —preguntó Tuanko Aznar intranquilo.

—Claro que sí, no voy a desairar a quien nos ha salvado la vida —respondió Miguel Ángel Aznar.

—Recuerda cómo saliste de “Valera”. Ellos te deportaron a Atolón.

—Ya cumplí mi condena. No se juzga dos veces a una persona por el mismo delito.

—Puede que no te juzguen, pero sí que interpreten tu presencia aquí como una evasión. Piénsalo, no tendría maldita la gracia que hubieses escapado de Atolón para que te cargaran de cadenas en “Valera”.

—Suponiendo que fuera esa su intención, ¿cómo podría evitarlo? —se resignó el Almirante encogiéndose de hombros—. No tenemos lugar a donde ir, ni podemos regresar a Atolón. Si no podemos confiar en los valeranos, ¿a dónde acudir entonces?

—¿Puedo acompañarte a bordo del buque, Almirante? —preguntó Tuanko.

Su joven abuelo hizo un gesto de extrañeza y el muchacho concretó:

—Tú no eres tapo, por lo tanto no eres capaz de adivinar lo que se esconde en el pensamiento de ese almirante. Pero yo sí lo soy y puedo descubrir sus intenciones.

—Bueno, no has sido invitado, pero puedo decir que eres mi ayudante. Ve a buscar tu escafandra, pasaremos a bordo utilizando la “Traslator” —dijo el Almirante.

Minutos después, Tuanko Aznar era desmaterializado a bordo del “Hermes” y restituido inmediatamente a bordo del crucero “Yokohama”.

Tanto en su aspecto exterior como en su disposición interior, todos los cruceros “stelar” eran idénticos. Tuanko Aznar conocía bien las características de estos buques y la sala de las “Karendón” donde fue a parar. Lo primero que vio al salir de la cámara de restitución fue un letrero luminoso sobre una puerta:

“ESTÁ USTED A BORDO DEL CRUCERO YOKOHAMA. BIENVENIDO.”

Dos mujeres, que vestían el blanco uniforme de la Armada Sideral Valerana, parecían esperarle. La más alta de ellas llevaba sobre los hombros las plaquetas con tres brillantes de gran tamaño

tallados en forma de lucero, distintivo de los almirantes. La segunda era capitán de navío. Ambas eran dos guapas mozas, destacando especialmente la belleza de la almirante, cuya corta melena cobriza aparecía recogida bajo la gorra blanca con visera de charol y entorchados de oro.

El capitán Tuanko se despojó de su escafandra de “diamantina” para saludar militarmente y presentarse:

—Capitán Tuanko Aznar, de la Armada Sideral Tapo, a sus órdenes.

Las dos mujeres correspondieron al saludo, correcta aunque fríamente.

—¿Dónde está su Almirante? —preguntó la almirante valerana.

—El Almirante Aznar llega detrás —respondió Tuanko—. Soy su ayudante.

—Además de su ayudante, ¿es familiar suyo?

—Es mi abuelo, señora.

—¿Cómo se conserva su abuelo? Era ya un hombre mayor cuando yo le conocí en “Valera”.

—Usted podrá juzgar por sí misma, almirante —señaló Tuanko a la cámara de restitución—. Ahí llega.

En efecto, en este momento se producía el vivo relámpago característico de las “Karendón”, tanto al desmaterializar como al restituir una persona. El Almirante Miguel Ángel Aznar salió de la cabina deslizándose por detrás de la gruesa pantalla cubierta exteriormente de porcelana. Como Tuanko antes que él, venía con su equipo de vacío completo.

El Almirante Aznar se sacó la escafandra y saludó llevando sus dedos a la altura de la frente.

—Almirante Miguel Ángel Aznar —se presentó.

—Almirante Doria Feijoo —dijo la mujer correspondiendo al saludo. Y presentando a su compañera—: comandante Lucrecia Cháfer.

La comandante saludó, correspondiéndole el Almirante Aznar. Toda la escena se desarrollaba con las formalidades propias de más puro estilo castrense, llevado acaso a un extremo de seriedad poco acostumbrado. Hechas las presentaciones se miraron unos a otros con cierto embarazo.

—Acompañenme a la oficina, por favor —dijo la guapa Doria

Feijoo señalando la puerta con un ademán.

Las dos mujeres salieron andando delante de los Aznar. Tuanko aprovechó mientras andaban a lo largo del corredor para estudiar el aura de la almirante Feijoo. Esta aura la emitían todos los seres vivos, incluidas las plantas, y consistía en una especie de halo luminoso tornasolado. El aura había sido descubierta, fotografiada y estudiada a finales del siglo veinte, pero sólo los dotados podían verla a simple vista sin necesidad de aparatos especiales.

Un paragnóstico bien entrenado podía no sólo descubrir el aura, sino también determinar por ella ciertos aspectos relativos a la condición de la persona estudiada, principalmente su estado de ánimo, su salud y su temperamento. En la almirante Feijoo el aura indicaba un temperamento enérgico y decidido, unido a una salud excelente. Era, en suma, una mujer de espíritu cultivado, abierta y leal; alguien en quien se podía confiar.

El trayecto entre la cámara de las “Karendón” y la oficina del comandante de la nave era corto. Las dos mujeres y los dos Aznar entraron en un despacho que tenía la sobria elegancia, un tanto fría y despersonalizada, típica de las unidades de la Armada Sideral.

La almirante Feijoo tomó asiento en la butaca giratoria detrás de la mesa, invitando a los Aznar con un gesto a ocupar los dos sillones tapizados de cuero negro. La comandante Cháfer permaneció en pie junto a la mesa.

—Armada Sideral Tapo —dijo la almirante Feijoo—, ¿quiere decir que los tapos llegaron a tener su propia armada, o es una forma de exagerar?

—Después que el autoplaneta Valera se alejó de Atolón, en los cincuenta años que siguieron, los tapos se reunieron para formar una gran nación que llegó a poseer una armada de cierta importancia.

—¿Una armada para defenderse de los ghuros?

—Nunca tuvimos una guerra con los ghuros. Firmamos un acuerdo con ellos y pudimos mantener la paz hasta que llegaron los thorbod.

—¡Los thorbod! —exclamó la almirante Feijoo sobresaltándose—. ¿Ha dicho usted los thorbod?

—Eso he dicho —respondió el Almirante Aznar gravemente.

—¡Válgame Dios! ¡Los thorbod otra vez! Y nosotros creíamos

que esa maldita raza había desaparecido para siempre...

—No sólo no se extinguieron, sino que regresaron en mayor número y más fuertes que nunca, tripulando su propio autoplaneta. Un autoplaneta de iguales características que nuestro Valera, sólo que un poco mayor. Lo llaman “Argos”.

Lo inesperado de la noticia había dejado muda a la almirante Feijoo, cuyos negros y hermosos ojos brillaban entre la excitación, la sorpresa y el ancestral temor que el nombre de los hombres grises había despertado siempre en el pueblo terrícola.

CAPÍTULO III

En el zumbido de un videófono que estaba sobre una esquina de la Haciendo girar su butaca se inclinó hacia el aparato.

—¿Sí?

—Almirante, la agrupación sideral Gamma ha alterado velocidad y rumbo, y viene sobre nosotros.

—¿Comprobado?

—Sí, almirante. Al parecer todo se debe a un telegrama que recibieron en clave. Acabamos de descifrarlo. Dice así: “Del almirante jefe del Mando Central al almirante jefe de la Agrupación Gamma. Destruyan esferonave extraterrestre “Hermes”, incluso en el caso que se interpusiera la División Sideral valerana.”

—¿Es todo?

—Sí, señora.

—Gracias —dijo la almirante Feijoo cerrando la comunicación. Hizo girar de nuevo su butaca para dar la cara al Almirante Aznar—. Ya lo oyó, los del Mando Central están empeñados en destruir su esferonave, incluso a riesgo de entrar en combate con nosotros y provocar un incidente que acaso sea la chispa que haga estallar la guerra.

—Discúlpeme si no entiendo lo que está ocurriendo —dijo el Almirante Aznar—. ¿Por qué ese empeño en destruirnos? Sólo se trata de una esferonave desarmada, averiada y en demanda de socorro. Aunque sólo fuera por razones humanitarias deberían...

Una especie de voz interior interrumpió a Miguel Ángel Aznar aconsejándole: “¡Cuidado, no te descubras. Esta mujer todavía no sabe lo que llevamos en nuestra esferonave!” Esta voz interior era un mensaje telepático de Tuanko.

—¿No lo comprende, verdad? —dijo la almirante Feijoo—. En parte es culpa nuestra. Al regresar a la Tierra los valeranos

teníamos que justificar lo ocurrido en Atolón. Una misma historia puede contarse de muy distintas maneras, hasta aparecer totalmente deformada. No es necesario faltar a la verdad, basta con silenciar aquellos aspectos negativos para nuestra postura e interpretar arbitrariamente los que corresponden a la parte contraria. Lo de Atolón fue un episodio oscuro, algo sucio que con el tiempo ha exacerbado la conciencia de los valeranos y ha merecido la censura de nuestra juventud. Las cosas son distintas vistas a través de los ojos de nuestros hijos, de nuestra perspectiva allá en el lejano Atolón. Al llegar a la Tierra los valeranos contamos “nuestra” verdad; la oligarquía valerana quiso imponernos su ideología, obligar al pueblo a luchar de nuevo por la reconquista de un circumplaneta gigantesco, ocupado por una raza inteligente, hostil y abrumadoramente superior en número. Para que los terrícolas comprendieran nuestra actitud tuvimos que cargar las tintas que dibujaban el perfil de nuestros contrarios, dando la imagen de una oligarquía autoritaria, anclada en un concepto idealista del destino de la humanidad, lleno de retórica y de falsos objetivos. Y las figuras señeras de esa oligarquía eran los Aznar, que durante siglos habían impuesto a los valeranos una dictadura militar apoyada en las elites minoritarias de nuestra oligarquía más reaccionaria. La consecuencia de todo ello ha sido que al tener noticia los terrícolas de que los Aznar estaban de regreso, haya cundido el temor de que su presencia haga de fulminante que provoque una conflagración universal.

Miguel Ángel Aznar miraba a la guapa almirante con asombro.

—¿Quieren destruirme porque me temen? ¡Vaya, es mucho ruido para tan pocas nueces! —exclamó el almirante—. ¡Todavía, si hubiese regresado al mando del autoplaneta “Valera”! Además, ¿por qué demonios han de temerme?

—Tal vez porque usted personifica la perpetuidad de una ideología que ha realizado el milagro de sobrevivir al paso de los milenios. No es vicio suyo, más o menos todos los valeranos somos así.

—¿Cómo somos? Me gustaría que usted misma nos definiera.

—Bueno, hace como un millón de años los valeranos estuvimos en este mismo lugar luchando contra los sadritas. Terminada la guerra el autoplaneta partió de nuevo, dejando en Ganímedes una

guarnición bien dotada para defender estos planetas mientras se regeneraban la atmósfera y la fauna de la Tierra. Con el tiempo aquella guarnición se trasladó a la Tierra, se organizó en un estado, creció y formó su propia personalidad. Aquellos viejos valeranos evolucionaron al paso de los milenios mientras nosotros, viajando a través del hiperespacio, interpretábamos la hazaña de dejar parados nuestros relojes. Pero no sólo detuvimos el tiempo, sino la vida y con ella nuestra mentalidad. Éste es el quid de la cuestión; nuestra ideología permanece anclada en el pasado, mientras aquí todo ha cambiado.

—Imagino que los valeranos encontrarían algunas dificultades para integrarse en una sociedad tan evolucionada —dijo el Almirante Aznar.

—Los valeranos nunca nos integramos en la sociedad terrícola.

—¿Fracasaron en el intento?

—Digamos que nunca se intentó. ¿Por qué? Pues sencillamente, porque bajo nuestro punto de vista ésta es una sociedad abominable. ¡Sí, la Tierra actual es un pozo de vicios, donde una humanidad corrupta declina hacia su propia destrucción! —dijo la almirante Feijoo poniendo pasión en el acento—. No fueron ellos quienes nos rechazaron, sino nosotros quienes nos autoexcluimos. Así, durante cincuenta años, terrícolas y valeranos nos contemplamos con recelo, temiendo cada uno de nosotros ser influido por las ideas del contrario.

—Curiosa situación. Esto debe ser algo así como una guerra ideológica —comentó Miguel Ángel Aznar—. ¿Por qué no se alejaron ustedes de la Tierra?

—En primer lugar, porque no teníamos donde ir. Y en segundo lugar, porque creemos tener una labor que realizar aquí.

—¿Quieren salvar al mundo de sus pecados, eh? —dijo Tuanko Aznar mediando en la conversación de la que hasta entonces parecía ausente.

Doria Feijoo volvió sus negros y hermosos ojos para fulminar al joven con la mirada. El zumbido del videófono pareció provocar la irritación de la almirante, la cual hizo girar su butaca para contestar al aparato.

—¿Diga?

—Almirante, la agrupación sideral “Gamma” acelera para

acortar distancias. Estaremos a tiro de sus torpedos en dos horas dieciocho minutos si no aumentamos nuestra velocidad —dijo el informador desde la pantalla, en posición que los Aznar no podían ver al que hablaba.

—Esperen mis instrucciones —respondió Doria Feijoo con cierta irritación en la voz.

—Señor Aznar —dijo encarándose de nuevo con el Almirante, y se interrumpió reflexionando, para continuar—: Temo que vamos a tener que dejar esta conversación para más tarde. La agrupación “Gamma” viene sobre nosotros y es preciso tomar una determinación. ¿Está su esferonave en condiciones de seguir a mis cruceros en una retirada hasta Júpiter? En otras palabras, podrá el “Hermes” aplicar y soportar una aceleración de un kilómetro por segundo.

El Almirante Aznar miró a Tuanko, el cual negó con la cabeza diciendo:

—No, imposible. El impacto que encajamos hizo volar algo más de medio millón de metros cuadrados de hormigón. Aunque sólo representa el dos por ciento del área total, la avería es importante. No sólo nos impedirá desarrollar el máximo de la aceleración, sino que creará un vacío de fuerzas en la zona antepuesta a esa brecha. En toda esa área los pisos se hundirán y los hombres y más las máquinas quedarán aplastados por su propio peso. Estamos soportando bastante bien una deceleración de cien metros por segundo, pero no creo sea posible pasar de ahí.

—Lo comprendo. En tal caso tendrán que abandonar su esferonave y acogerse a nuestros cruceros —dijo Doria Feijoo.

—Imposible —replicó el Almirante Aznar sin vacilar—. No podemos abandonar la esferonave con sus rollos de “vetatom”.

—Podríamos traspasar sus “vetatom” a bordo de nuestros cruceros, suponiendo que no sean demasiados y tengamos tiempo para efectuar el trasvase antes de que nos alcancen los torpedos terrícolas. ¿Cuántos rollos llevan ustedes?

El Almirante Aznar miró de nuevo a su nieto como interrogándole. Tuanko captó el pensamiento de su abuelo: “¿Decimos la verdad? ¿Podemos confiar en esta mujer?”

Fue el mismo Tuanko Aznar quien respondió:

—Trescientos cuarenta mil, más o menos.

—¡Trescientos cuarenta mil! —exclamó la almirante Feijoo, y se quedó mirando a Tuanko boquiabierta—. ¿Pero cuánta gente llevan ustedes allí?

—Toda la nación tapo y la colonia renacentista, unos trescientos cuarenta millones de individuos.

—¡Canastos! —la exclamación se le escapó a Doria Feijoo sin poderlo evitar—. Con razón me parecía muy grande su esferonave para un puñado de evadidos.

—Ya ve que no es posible trasvasar toda esa cantidad de rollos a sus buques —dijo Miguel Ángel Aznar—. Toda una humanidad, los últimos descendientes de la civilización terrícola que un día pereció en Atolón, viaja en esa esferonave reducida a un montón de rollos de “vetatom”.

—¡Válgame el cielo! ¿Por qué no lo dijeron antes?

—Porque no sabíamos cómo iban a encajar ustedes esta noticia. Los valeranos nos abandonaron en Atolón, y ahora no sólo regresan aquellos a quienes ustedes exiliaron, sino trescientos millones más de tapos, que son como cien veces más que la población actual de “Valera”. ¡Una verdadera invasión!

Tuanko Aznar, que seguía atentamente el desarrollo de los pensamientos de Doria Feijoo, percibió la angustia y la desesperación de la mujer.

—Nuestro problema está en que la agrupación sideral Gamma es tres veces superior en número a nuestra división de cruceros. ¡No podemos defenderles en tal situación de inferioridad! Los terrícolas nos barrerían del espacio, y nadie podrá impedir que al mismo tiempo reduzcan a polvo su esferonave. ¡No hay tiempo para recibir refuerzos de “Valera”! ¿Comprende cuál es la situación?

—Me hago cargo —dijo el Almirante Aznar—. Sólo nos queda el recurso de hablar a los terrícolas apelando a sus sentimientos humanitarios. Debo regresar a mi nave inmediatamente.

Miguel Ángel Aznar se puso en pie, haciéndolo a su vez la almirante Feijoo y Tuanko. La almirante dijo:

—Lo siento, no es cobardía. Me jugaría la vida y arriesgaría la de mis tripulaciones si tuviera una mínima probabilidad de ganar este combate. Me apena dejarles abandonados a su suerte.

—Le comprendo perfectamente, no es culpa suya. Gracias de todos modos —dijo Miguel Ángel Aznar tomando su escafandra.

—Almirante, ¿por qué no se queda con nosotros? No tiene objeto el que usted regrese a su nave.

—¿Abandonar mi esferonave? —protestó el almirante—. ¡De ninguna manera! Soy el comandante del “Hermes”, me confiaron el mando con el encargo expreso de llevar a la nación tapo sana y salva a la Tierra y debo cumplir mi misión.

—Bien, digamos que ya cumplió su misión. Ya hizo cuanto estuvo de su mano para traer hasta aquí a los tapos. Continuar al mando de la esferonave no supone ninguna ventaja para su gente, sino más bien todo lo contrario. ¿No lo comprende? Trescientos cuarenta millones de tapos no representan ningún peligro para los terrícolas en tanto permanezcan donde están. Es a Miguel Ángel Aznar, su persona, la que el Estado Terrícola quiere destruir. Pero si usted no se encuentra a bordo de la esferonave cuando llegue la agrupación “Gamma”, los terrícolas no tendrán un pretexto para atacarles.

—Eso tiene sentido —dijo Tuanko en apoyo de las palabras de Doria Feijoo—. Por muy duros de corazón que sean los terrícolas, puede que retiren el dedo del gatillo cuando sepan que llevamos a bordo trescientos cuarenta millones de personas, y que además tú no estás entre ellas.

—Si es a mí a quien buscan, rendiré mi buque y me entregaré prisionero. Pero nunca se dirá de mí que abandoné a mi gente.

—Tu gente estará más segura si te alejas de nosotros.

—¿Por qué? —protestó Miguel Ángel Aznar—. ¿Qué tienen contra mí? ¿Cuál es la gravedad de mi delito, que no les importa cometer un genocidio en tal de librarse de mi persona?

Miguel Ángel Aznar miró sucesivamente a Tuanko y a la almirante Feijoo, siendo esta última quien contestó:

—Le va a costar creerlo, pero no se trata de nada que usted haya hecho “todavía”, sino de todas las cosas que ellos temen pueda hacer en el futuro. Estamos ante una sociedad corrupta, lanzada hacia su destrucción en el más loco desenfreno. El terrícola actual, bien nutrido, protegido y mimado por un Estado paternalista que le provee de todo lo necesario, busca nuevos estímulos que le ayuden a soportar su larga y aburrida existencia, y en esta búsqueda ha vuelto a redescubrir el placer de la sexualidad más aberrante, el consumo del tabaco, las drogas alucinógenas y el alcohol. Desde su

más tierna edad el terrícola se dedica a hacer un derroche exhaustivo de energías, que quebranta y arruina su salud en breve tiempo. ¡Claro que esto no es problema! Ahí están las “Karendón” para desmaterializar a un guiñapo humano y hacerle reencarnar en sus jóvenes dieciséis o diecisiete años. Generalmente el terrícola reencarna antes de los treinta años. La ley le permite desligarse de cualquier responsabilidad contraída en su anterior reencarnación. Vuelto a su juventud, el terrícola redescubre todos los placeres que ahora ignora, apurándolos al máximo hasta destrozarse su cuerpo. Entonces acude a la “Karendón”, se desmaterializa y vuelve a reencarnar. Así una vez, y otra... y otra.

—¿Quiere decir que todo el mundo se ha vuelto loco en la Tierra? —exclamó Miguel Ángel Aznar sin poder dar crédito a lo que oía.

—Yo no sabría cómo calificar lo que allí está ocurriendo. Los terrícolas dicen de nosotros que somos unos cavernícolas ignorantes y reaccionarios. Evidentemente no estamos capacitados para juzgarles. Sólo podemos decir si nos gusta o no nos gusta su manera de ser. Y no nos gusta. Esto ha dado pie a múltiples fricciones entre la República de Valera y el Estado Tierra. A los terrícolas les encantaría que desapareciéramos de su vista, pues en tanto permanezcamos aquí representamos un peligro en potencia para su régimen. Y aquí es donde entra usted. Un hombre de su prestigio podría romper el equilibrio actual e inclinar la opinión pública de “Valera” hacia una intervención más decidida en la política terrícola.

—¿Por qué habría de hacer eso? ¿Y cómo podría hacerlo?

—Quizás pudiera si se lo propusiera. Los valeranos somos gente rara. Después de condenar a sus militares y científicos al destierro, al cabo de cincuenta años, los valeranos vuelven a sentir la nostalgia de sus grandes empresas. No es ajeno a este sentimiento el ejemplo de esa sociedad terrícola corrompida. Los valeranos se miran en los terrícolas y ven la imagen de lo que serán ellos mismos dentro de poco tiempo. Los Aznar y su elite pueden haber acometido muchas empresas descabelladas, pero al menos siempre dieron una razón que justificara los sacrificios que impusieron a los valeranos. Aunque los valeranos fueron a regañadientes a esas empresas, al fin les quedaba la satisfacción de haberlo dado todo

por una causa noble. Eso es lo que preocupa a la oligarquía terrícola que hoy detenta el poder. Si hay alguna justificación para el asesinato, el Estado Terrícola tiene toda la razón del mundo para querer eliminarle.

Miguel Ángel Aznar guardó pensativo silencio. Tuanko, que podía seguir el hilo de los pensamientos de su joven abuelo, se sonrió.

—Y bien, ¿te decides o no? —preguntó.

Todavía se resistió el almirante:

—¿Qué será de ti, de tu padre y mi hermano? ¡También vosotros sois Aznares!

—Aznares de segunda fila, mestizos de tapo y un Aznar. No sufras por nosotros, tenemos recursos para sobrevivir que tú no tienes.

—Tuanko, no sabes cuánto me repugna hacer esto.

—Lo sé. Como también sé que no estás llamado a perder estúpidamente la vida por una cuestión de amor propio mal entendido. Todavía te quedan grandes empresas que llevar a cabo. El mundo te necesita.

—Quiera Dios que no nos equivoquemos —murmuró el Almirante.

Minutos después, Tuanko Aznar era desmaterializado a bordo del crucero “Yokohama” y transferido al “Hermes” a través de la “Karendón Traslator”.

—¿Dónde está el viejo? —le preguntó su padre.

—No va a venir —contestó Tuanko. Y a continuación le dio cuenta de la decisión última del almirante, en base a las declaraciones hechas por la almirante Doria Feijoo.

Mientras hablaban Tuanko y Alejandro Aznar llegó el contralmirante Asuhe acompañado de Fidel Aznar. El contralmirante tenía una pierna rota al ser rescatado de bajo los escombros del puente, pero ya estaba totalmente curado. El artífice de esta cura milagrosa era Fidel Aznar, doctor en Medicina y cirugía, entre otras varias cosas, quien había soldado el hueso roto de Asuhe aplicando sobre la fractura la fuerza psicocinética de su extraordinario cerebro.

Hermano de Miguel Ángel Aznar, este gigante rubio de extraordinaria belleza, con una cabeza más grande de lo normal y

complexión atlética, había tenido una madre distinta, una dama bartpurana de la cual había heredado sus portentosas facultades mentales. Fidel Aznar era, aunque mestizo, el único y el último ejemplar vivo de aquella raza sorprendente, los bartpur o bartpures, que habitaron el circumplaneta Atolón.

Como su hermano el Almirante, Fidel Aznar había dado una vez el famoso “salto atrás”, desmaterializándose cuanto tenía 96 años para reencarnar en el mismo aspecto que tenía a los 20. Ahora Fidel Aznar, cuyo nombre bartpurano era Adler Ban Aldrik, era treinta años más joven que su sobrino Alejandro, y dos más que Tuanko Aznar.

A Fidel Aznar le pareció bien la decisión tomada por su hermano. No así al contralmirante Asuhe, sobre quien recaía la responsabilidad del mando de la esferonave.

—La agrupación “Gamma” todavía tardará dos horas en alcanzarnos —dijo Asuhe—. Deberíamos hacer regresar al presidente Da Hera y su gabinete ministerial, y que decidan por ellos mismos.

—No hay nada que decidir —respondió Tuanko—. Solamente hay que evitar que esos condenados terrícolas nos echen a pique con sus torpedos.

—No asumiré esa responsabilidad. ¿Y si no quieren escucharnos? —protestó Asuhe.

—Asuhe tiene razón —dijo Fidel Aznar—. El comandante de esa agrupación sideral prestará más atención al presidente que a nosotros.

Asuhe salió para ordenar la restitución del presidente Da Hera y sus ministros. Fidel Aznar preguntó a Tuanko si tenían prevista la forma de dar a conocer la fuga del Almirante.

—La almirante Feijoo no llegó a decirlo, pero leí en su pensamiento que tiene el propósito de enviar un radio cifrado a “Valera” anunciando su regreso acompañada del Almirante. Los terrícolas descifrarán el mensaje, considerado secreto, y de este modo sabrán que el viejo no está con nosotros.

—Eso está bien, pero puede no ser suficiente —dijo Fidel Aznar—. Voy a retirarme a un lugar tranquilo para intentar un experimento.

—¿Un experimento? —preguntó Tuanko.

—Trataré de influir psíquicamente en el comandante de la agrupación “Gamma” enviándole un mensaje telepático.

—¿Hipnosis a distancia? No lo conseguirás. Hay mil quinientos cruceros en esa agrupación. Aun suponiendo que sólo hubiera dos personas a bordo de cada buque, tu mente se perdería tratando de aislar el pensamiento del almirante jefe de ese grupo entre tres mil mentes funcionando a la vez. ¿Cómo podrás hacerlo?

—Un almirante jefe piensa de forma distinta al resto de su personal. Si consigo hallarlo todo será fácil.

Tuanko siguió con la mirada a Fidel Aznar cuando éste se alejaba para abandonar la caótica sala de control. ¡Extraordinario tipo aquel Adler Ban Aldrik! Aunque el mismo Tuanko era un paragnóstico, al igual que todos los de su raza, sus facultades paranormales no podían siquiera compararse a las de su tío-abuelo.

La procreación de Fidel Aznar había sido dirigida científicamente, escogiéndose por un lado los genes del padre relativos al vigor físico, y de la madre aquellos genes que determinarían las cualidades intelectuales del nuevo ser. El resultado fue Fidel Aznar, un hombre extraordinario que poseía lo mejor y más notable de cada raza.

Posteriormente, las dotes paranormales que ya existían en Fidel Aznar, fueron ampliadas llevándole a cursar estudios especiales a un monasterio “bundo”. Los “bundos” eran una orden parareligiosa, dedicada a la difusión de sus ideas filosóficas y a la práctica del bien entre la sociedad. Una vez ordenados abandonaban el monasterio y se lanzaban al ancho mundo sin más propósito que ayudar a la humanidad. Aunque practicaban muchas otras ramas de la ciencia, estos “bundos” destacaban principalmente por sus conocimientos médicos, realizando intervenciones quirúrgicas espectaculares, sin otros instrumentos que sus manos y el poder de la mente.

Restituidos en las máquinas “Karendón”, el presidente Da Hera y sus ministros se reunieron para estudiar la situación.

No tuvo mucho que discutir el gabinete para llegar a la única conclusión posible. La esferonave era indefendible y sólo quedaba el recurso de apelar a la conciencia de los terrícolas para impedir que éstos aniquilaran la nave con todo lo que llevaba dentro.

Se enviaron radios simultáneamente al almirante jefe de la

agrupación “Gamma” y al jefe del Estado Terrícola, insistiendo en el carácter pacífico del viaje del “Hermes” y la no beligerancia de sus trescientos millones de tripulantes desmaterializados. No se hizo alusión a los cuarenta millones de renacentistas que viajaban con los tapos por no despertar las suspicacias de los terrícolas.

Los “renacentistas” eran los antiguos deportados del autoplaneta “Valera”, más su descendencia acumulada en el último medio siglo que habitaron en Atolón.

El planeta Tierra se encontraba demasiado lejos para dar una respuesta antes de que el “Hermes” fuera alcanzado por la agrupación sideral “Gamma”, pero el comandante de ésta tomó la feliz decisión de esperar órdenes de su mando central.

¿Fue la retirada de la división de cruceros valeranos lo que inspiró esta decisión, la interpretación del radio cifrado que la almirante Feijoo envió a “Valera”, o la intervención de Fidel Aznar? Nunca se sabría. Bien fuera por sus sentimientos humanitarios, o inspirado por el poder telepático de la mente del “bundo”, fue el caso que la escuadra terrícola se limitó a rodear la esferonave sin disparar sus temidos torpedos.

Cuando finalmente llegó la respuesta de la Tierra, el almirante jefe de la agrupación “Gamma” envió un radio al “Hermes”:

“Atendida su petición procedemos a escoltarles hasta el planeta Tierra. No restituyan más personas de las que ya se encuentran a bordo, ni varíen el rumbo ni modifiquen su velocidad. La contravención de cualquiera de estas órdenes será interpretada como un acto de beligerancia, en cuyo caso serán destruidos. Firmado Almirante Bernat, comandante de la Agrupación Sideral Gamma.”

En la sala de control del autoplaneta “Hermes” todos suspiraron aliviados.

CAPÍTULO IV

Dos días más tarde el esférico se posaba en el océano que antiguamente había ocupado la ciudad de San Francisco.

El planeta Tierra había cambiado bastante en el transcurso del último millón de años. Aunque en general se reconocían los viejos continentes, éstos habían sufrido alteraciones muy notables, tanto en su relieve como en el contorno de las costas. El continente americano, en su desplazamiento hacia el oeste, se encontraba al doble de distancia de África, en particular la América del Sur. Los plegamientos orogénicos habían modificado la altura y el relieve de las montañas, cambiando el curso de los ríos e introduciendo cambios sustanciales en la distribución del clima.

Hasta que la esferonave se posó en el Pacífico, sus tripulantes no tuvieron otro contacto con los terrícolas que el de la radio. El sistema de televisión terrícola era ahora distinto del de los tapos y los valeranos. Pero apenas el “Hermes” hubo quedado inmóvil, rodeado del mar, se presentaron a bordo los terrícolas, que lo invadieron por el enorme boquete del hemisferio superior.

Eran tropas de la policía militar, equipadas con armadura de “diamantina”, aparato volador y metralletas convencionales.

Allá en el lejano Atolón, cuando se hablaba de los terrícolas, se daba por hecho que éstos no sólo habrían evolucionado técnica y socialmente, sino que esta evolución debería haber influido también en su constitución física, tendiendo a desarrollar el volumen del cerebro y adelgazar los miembros inferiores.

Nada de esto había ocurrido. Física ni mentalmente los terrícolas no diferían de sus antepasados. La razón, según Fidel Aznar, había que atribuirlo a la práctica de la transmigración repetida a través de las máquinas “Karendón”. Los terrícolas, como los propios valeranos, estaban inmovilizados en el tiempo, si bien que de forma

y por causas distintas. Mientras en los valeranos se verifica el fenómeno de la enlentización del tiempo, en la Tierra el tiempo seguía su curso normal. Eran los terrícolas, quienes reencarnando una y otra vez en sus formas físicas primitivas, permanecían estáticos en lo físico y en lo psíquico.

Las figuras que se movían alrededor de los tripulantes del “Hermes” no eran distintas de los mismos tapos. La sorpresa vino después, cuando se descubrió que los miembros de la policía militar eran izrailitas. Salvo los oficiales, todo eran robots.

Los valeranos tenían experiencia en la utilización de los izrailitas como policías y tropas de choque. En Atolón, a la negativa de los valeranos de tomar las armas para reconquistar el circumplaneta, había respondido al almirante MacLane fabricando millones de robots sobre el modelo original de Izrail. Pero la tentativa acabó en desastre. El problema consistía en que Izrail también poseía su sentido de conservación.

En Izrail el sentido de conservación no estaba razonado.

Los animales, que tampoco razonaban, poseían también su propio sentido de conservación. Éste formaba parte de su instinto y era necesario en las especies animales. Hasta los mosquitos trataban de escapar cuando se intentaba matarlos de un papirotazo. Este instinto era el que conservaba las especies. La especie que no lo tuviera sería prontamente exterminada. Más aún, ni siquiera llegaría a constituir una especie; sus individuos primigenios habrían sido devorados nada más nacer a la vida.

Los bartpuranos crearon a Izrail dándole forma humana, y dotaron su cerebro del instinto de conservación necesario para que el robot supiera escapar de los múltiples peligros a los que iba a estar expuesto.

Como ciertas generaciones de computadoras, Izrail tenía la facultad de acumular experiencias; esto es, de aprender. El robot era, a su manera, un ser inteligente, por lo menos al nivel del caballo o el perro. Al igual que éstos, Izrail era capaz de volver sobre un camino que ya hubiera recorrido una vez, reconocía a las personas, y podía sentir afecto y temor. Pero en otros aspectos era superior a un perro o un caballo, pues poseía también el poder de la abstracción.

La abstracción era cualidad intrínsecamente humana. El delfín

era también inteligente, pero carecía de este don. Un delfín veía pasar sobre el agua un bote de remos, un bergantín y un trasatlántico sin llegar a establecer una correspondencia entre tres cosas de aspecto distinto. Un niño de tres años respondería sin vacilar a la pregunta ¿qué son? Diría “barcos”.

Esto, que parecía tan sencillo, era en síntesis el poder de abstracción, y sólo lo tenía el hombre.

En Atolón, las tropas izrailitas sufrieron numerosas bajas frente al enemigo. Pero después del primer combate dieron media vuelta y salieron corriendo del campo de batalla. ¿Cobardía? No, pues el robot no distinguía entre el valor y la cobardía. Izrail razonaba con la fría lógica de una máquina y aplicaba su elemental sentido de conservación. Cuando en una guerra los hombres se mataban entre sí, aguantando un aluvión de bombas, las bestias corrían a esconderse en sus madrigueras o escapaban lejos del estruendo de la batalla.

Esto mismo hicieron los millones de izrailitas, dejando chasqueados a los oficiales que los mandaban.

Sin embargo, aunque resultaron un fracaso como tropas de línea, los izrailitas se mostraron sumamente eficientes en misiones de policía. El carácter represivo de la policía militar de MacLane iba bien a la “mentalidad” de Izrail, programado para repeler cualquier acto de agresión que pusiera en peligro su integridad. De aquí que, con una porra en la mano, el izrailita fuera un rival de cuidado. En tal que máquina, el policía robot no sentía fatiga ni dolor, y tenía la fuerza de un atleta.

Los izrailitas terrícolas eran en todo iguales al Izrail que utilizara MacLane, siendo todos idénticos al Izrail original; una buena moza de facciones bellísimas, serenas e impasibles, de bellos ojos dorados, firmes senos y piernas y muslos exquisitamente torneados.

Al no ser Izrail un ser de carne y hueso, sus constructores se habían recreado en su obra, idealizando en el robot una belleza imposible, extraterrenal.

La arrebatadora belleza de este monstruo no podía apreciarse detrás de sus sólidas armaduras de “diamantina”. Los izrailitas equipaban armaduras totalmente blancas, con unas placas rectangulares de células fotoeléctricas en la parte superior y posterior de la escafandra, en los brazos, pecho y espaldas.

Izrail era un robot eléctrico que funcionaba tomando su energía de la luz, no importando que ésta fuera solar o artificial. En el Izrail original, los cabellos de la hermosa robot eran hilos de cristal en cuyo interior se apreciaban cadenas finísimas de diminutas células fotoeléctricas. Pero encerrado en su armadura el robot no podía recibir la luz, recibéndola y cargando sus baterías a través de los paneles fotoeléctricos.

Irrumpiendo en el “Hermes” en plan de vencedores, los terrícolas invadieron las 180 cubiertas o pisos de la esferonave, fiscalizándolo todo y tomando buena nota de su cargamento. En este momento toda la tripulación del autoplaneta la formaban unos doscientos hombres y mujeres, incluyendo en éstos al presidente Da Hera y sus ministros.

El general brigadier que mandaba la fuerza de ocupación conminó al contralmirante Asuhe a mostrarle toda la documentación de la nave.

Mientras Asuhe guiaba al general hasta la oficina del comandante de la nave, un grupo de oficiales del Servicio de Inteligencia, bajo la dirección de un coronel, procedían a interrogar uno por uno a los viajeros. En definitiva sería un interrogatorio estúpido, puesto que más tarde todos serían investigados de nuevo a través de las máquinas “psí”, ante las cuales era imposible guardar ningún secreto.

Le tocó el turno a Tuanko, y al dar este nombre y graduación vio brillar los ojos del oficial que le interrogaba.

—¿Un Aznar, eh? ¿Cuál de ellos? —preguntó el terrícola.

—El menor.

—¿Qué parentesco le une al Almirante Aznar?

—Es mi abuelo.

—¿Dónde está su abuelo?

Tuanko tuvo que contar lo que por otra parte ya era conocido del oficial. El almirante había escapado a “Valera”, persuadido por la almirante Feijoo de que sería asesinado si continuaba a bordo del “Hermes”.

—Esos malditos valeranos no desaprovechan ocasión para desprestigiarnos —dijo el oficial—. Espero que ustedes sean más progresistas. Aunque salvajes, los tapos descienden de una civilización mucho más evolucionada.

Ésta era la imagen que los terrícolas tenían de los tapos, una raza de pequeños salvajes incultos domesticados por los exilados de “Valera”. El error era en cierto modo disculpable. El autoplaneta “Valera” se había alejado de Atolón mucho antes de que Miguel Ángel Aznar emprendiera la tarea de reunir a las tribus dispersas de los tapos para formar la República de Maquetania.

Poco después los tres miembros de la familia Aznar estaban reunidos en un grupo apartado, rodeados de izrailitas armados de metralletas.

—No les pierdan de vista —recomendó el coronel Bitá a los izrailitas—. Estos tapos están llenos de trucos. Vigílenles de cerca, sobre todo al alto con la cabeza grande.

El “alto con la cabeza grande” era Fidel Aznar, cuya fama le había precedido, traída hasta la Tierra por los viajeros de “Valera” llegados medio siglo atrás.

Tuanko se sonrió escuchando las palabras del coronel Bitá. Ignoraba el hombre una circunstancia particular, que tal vez le habría hecho dudar de la lealtad de los izrailitas, de haberla conocido.

Izrail, el “Dholak” de los bartpuranos, era un antiguo conocido de Adler Ban Aldrik. Siendo cada izrailita una copia exacta de “Dholak” —llamado Izrail por los valeranos— éste estaba reproducido en cada una de los millones de copias que se hicieron del original en el transcurso del tiempo. No sólo eran idénticos en los menores detalles, sus cerebros eran iguales y estaban cargados de los conocimientos y experiencias almacenados en el primer Izrail. Es decir, a menos que los científicos terrícolas hubiesen sido capaces de manipular el delicado cerebro de Izrail, cada robot recordaría a su viejo amigo Adler Ban Aldrik. Éste era además el único hombre en el mundo que podía dirigirse a ellos en su idioma nativo, una lengua muerta, el bartpurano o bartpur. ¿Qué ocurriría si Fidel Aznar diera una orden a los robots en un idioma que ellos debían considerar como propio, pero en el que nadie les hablaba desde hacía un millón de años?

Si los policías robot reconocieron a Adler Ban Aldrik no lo manifestaron. Lógico, ya que las facciones de Izrail eran totalmente inexpresivas. Un robot no se sorprendía por nada y el tiempo no existía para ellos. Y nunca hablaban, excepto para contestar cuando

se les preguntaba.

Segregados del resto de los prisioneros, los tres Aznar fueron conducidos por un capitán y una escolta de ocho izrailitas hasta una de las plantas superiores. Allí varios policías militares estaban limpiando el piso de escombros. Por el enorme boquete del costado de la esfera de hormigón entró un aerobús de la policía militar. Los Aznar fueron invitados a entrar en la aeronave y ésta se elevó saliendo por el agujero.

Varios autobuses estaban inmovilizados en el aire, como esperando turno para entrar en busca del resto de la tripulación de la esferonave. El “Hermes” llegó a la Tierra en las primeras horas de la mañana, y el sol estaba ya alto cuando el aerobús puso rumbo a la costa acantilada que se divisaba en lontananza. Dos miembros de la familia: Virela y Dalia Aznar, quedaban a bordo de la esferonave. La primera era la hermana de Tuanko, y la segunda su tía, hermana de Alejandro Aznar. Pero ambas estaban desmaterializadas.

La suerte que esperaba a los Aznar era tan incierta como la que los terrícolas reservaban a los trescientos millones de tapos y los cuarenta millones de renacentistas, y probablemente peor que la de todos ellos.

* * *

Heliópolis; es decir, Ciudad Sol.

Sobre 125.000 kilómetros cuadrados del antiguo desierto de Mohave, en California, se extendía la capital del Estado Tierra, la mayor urbe del mundo actual. Doscientos habitantes por kilómetro cuadrado. Población: 25 millones.

La noción de las dimensiones se perdía volando sobre Heliópolis. La ciudad se extendía kilómetros y kilómetros en todas direcciones sobre llanos y cuevas, valles y colinas. Se detenía al borde de los ríos, las quebradas y los cañones, saltaba sobre éstos y continuaba por la otra orilla. Escalaba las laderas, rodeaba las sierras más escabrosas y seguía al otro lado de éstas.

Volando a mayor altura sobre la ciudad se mezclaban los colores, se aplanaban las formas y confundían los contornos, y entonces los bosques y los parques parecían retazos de hierba, y las casas unifamiliares sembraban guijarros blanqueados por el sol. El

antiguo desierto resurgía y recobraba su peculiar carácter, especialmente por los altos edificios de más de cien pisos, de formas cilíndricas, estriadas, que se levantaban aisladamente aquí y allá como aquellos cactus candelabro, a los otros cactus en forma de barril o esféricos, típicos del desierto californiano.

En realidad, a la altura y velocidad que volaron los Aznar, éstos no pudieron definir si la ciudad era bella o fea. Seguramente resultaba demasiado grande para ser hermosa, pero al menos tenía su propio carácter, una cierta personalidad.

Después de sobrevolar la mayor parte de Heliópolis, el aerobús descendió en dirección a una cordillera de montañas muy erosionadas, pardas, calcinadas por el sol. La aeronave fue a aterrizar sobre una amplia cornisa rocallosa, que caía en vertical sobre un abismo, y por el lado interior estaba excavada formando un abrupto talud. En este talud se abría la boca de una caverna, por la cual se deslizó el aerobús hasta detenerse bajo la bóveda de una inmensa gruta.

Toda la montaña parecía estar horadada, formando al parecer una fortaleza que servía de base a las fuerzas de la policía militar. En la misma gruta donde los Aznar echaron pie a tierra estaban formados dos batallones izrailitas. Correctamente alineados, estos robots permanecían en completa inmovilidad, dispuestos para ser enviados a cualquier parte donde se produjera una emergencia.

Los izrailitas ofrecían muchas ventajas sobre cualquier otro tipo de tropa. No comían, ni dormían, ni necesitaban descansar. Destinados a un servicio solían permanecer en él todo el tiempo que fuera necesario, durante horas, días, meses e incluso años. Nunca solicitan ser relevados y cuando alguno se estropeaba, cosa que ocurría raramente, se le reemplazaba fácilmente fabricando otro idéntico en las máquinas “Karendón”.

Desde la gruta, siempre rodeados de su silenciosa escolta, los Aznar fueron llevados a un montacargas. Mientras bajaban hacia las profundidades de la montaña, Tuanko iba contando los pisos que dejaban atrás. Descendieron veinte pisos, unos 500 metros, y salieron a otra gruta más reducida, de la que partían varias galerías radiales. Cada una de estas galerías estaba cerrada por una verja de acero. Delante de cada una de las verjas montaba guardia un izrailita, inmóvil como una estatua.

A diferencia de los izrailitas de la escolta, los que estaban en la gruta no llevaban armadura, sino que vestían uniforme militar color verde oliva y calzaban botas de media caña. De espaldas al centro de la gruta, miraban impasibles hacia su respectiva galería a través de la reja, sosteniendo en sus manos la metralleta que colgaba sobre su pecho de una correa que pasaba alrededor del cuello. Todos llevaban también un casco de acero, pasado el barbuquejo bajo la barbilla. Interiormente cada casco llevaba un juego de auriculares. Los policías izrailitas eran dirigidos por órdenes verbales transmitidas a través de la radio.

La gruta en la cual confluían las galerías era el cuerpo de guardia. También debía servir de oficina, a juzgar por los escasos muebles que allí había. Esta oficina estaba atendida por un sargento humano.

—Quítense los cinturones —ordenó el sargento a los prisioneros. Era joven y su aliento apestaba a cerveza. Utilizó el interfono para llamar a alguien que se encontraba en otra parte.

Los Aznar se despojaron de sus cinturones y sus relojes, y a continuación vaciaron sus bolsillos en la mesa. Un joven de uniforme salió por una de las galerías contiguas a la oficina. Era un cabo. La inseguridad de sus pasos parecía indicar que se encontraba bajo los efectos del alcohol.

—¿Debo anotar sus nombres en el registro de entrada? —preguntó el sargento al oficial.

—Hazlo como está mandado y terminemos de una vez —dijo el capitán de mal talante—. Y dame un recibo por los prisioneros.

El oficial tomó el recibo y se marchó por el montacargas seguido de sus izrailitas. El sargento anotó los nombres de los Aznar en un libro. Luego tomó de la mesa un pequeño aparato, parecido a una calculadora de bolsillo, oprimió algunas teclas y un botón.

La reja de una de las galerías se abrió accionada por algún mecanismo oculto.

—Vengan conmigo —dijo el cabo, precediendo a los prisioneros por la puerta abierta.

Entraron en la galería, que era bastante amplia y había sido excavada en la roca, con rellenos de hormigón en las grietas y oquedades para ofrecer unas paredes totalmente lisas. Varias puertas de barrotes se alineaban a distancias regulares a uno y otro

lado de la galería, pero solamente una de ellas estaba abierta.

La llegada de los Aznar despertó la curiosidad de otros huéspedes de la galería. Algunos presos acudieron a las rejas para ver pasar a los Aznar.

—¡Eh! ¿Sois nuevos? —llamaron de una celda.

—¡Oigan! ¿Es de día o de noche allá fuera? —preguntó una mujer.

—¡Oye, cabo Pérez, a ver si traes una lata de cerveza para acá!

—¡Callaos, cerdos! —gritó el cabo—. Vosotros no bebéis.

—Beberemos contigo si nos convidas.

—¡Iros al infierno! —El cabo se detuvo e invitó a los prisioneros a entrar en la celda cuya puerta estaba abierta.

La celda, de unos cuatro metros cuadrados, tenía a un lado una litera de tres pisos, y en el lado opuesto una mesa y tres taburetes. Sobre la mesa había platos de madera, cucharas, vasos y tenedores para tres personas. Un muro de ladrillo, al fondo, formaba dos divisiones cubiertas por cortinas. Una era un lavabo con ducha y retrete. La otra un armario para ropa. No había sistema de ventilación directo, y la luz procedía de una sola bombilla colgada del techo abovedado.

Dentro de la celda los tres Aznar, el cabo cerró la puerta y se alejó por la galería entre las chanzas y los insultos de los presos.

—¡Vaya un agujero! —dijo Tuanko mirando en torno—. ¿Hasta cuándo pensarán tenernos aquí?

—¡Eh, oigan! —llamaron desde la galería.

Tuanko acudió a la reja y miró afuera. Al otro lado de la galería, frente por frente, había otra celda desde la cual eran observados por un par de chicas vestidas con uniforme gris de presidiario.

—¡Hola! —saludó Tuanko sacando una mano por entre los barrotes.

—¿Sois nuevos? —preguntó una de las chicas.

—Recién llegados. ¿Y vosotras, cuánto tiempo lleváis?

—Seis semanas. Esperamos a que nos hagan un lavado de cerebro. ¿Por qué estáis aquí?

—No se sabe, aunque sospechamos por qué. Nuestra esferonave llegó hoy a la Tierra. Es una historia larga de contar.

—Bueno, pues cuéntala —dijo una de las chicas, alta, esbelta y de cabellos castaños.

—Si algo nos sobra es tiempo —dijo la otra, que era algo más pequeña y de pelo rubio—. No nos permiten introducir libros ni aparatos de radio, nada que sirva para distraernos y conocer lo que ocurre fuera. ¿Cómo te llamas?

—Tuanko.

—¡Vaya un nombre raro! ¿Tuanko es tu apellido?

—Ese es mi nombre. Mi apellido es Aznar.

—¡Aznar! —exclamó la chica de los cabellos castaños—. ¿No serás de los Aznar que los valeranos abandonaron en Atolón? Eso no es posible...

—¿Por qué no es posible? —contestó Tuanko—. Acabamos de llegar.

—¡Lola! ¿Has oído? ¡Son los Aznar!

—No le creas, está bromeando —dijo la chica rubia.

—¡Pero si lo dice él! ¡Son los Aznar!

—Sirio, querida, ¿cuándo aprenderás a tener más picardía? Supón que dijera que es Alejandro Magno. ¿Le creerías? —recriminó la rubia Lola.

—Mí padre se llama Alejandro —dijo Tuanko, que empezaba a encontrar la charla divertida.

—¿Alejandro el Magno? —preguntó Lola.

—No, Alejandro Aznar. Está aquí, éste es mi padre. Y éste más alto es mi tío Fidel. Pero tiene otro nombre, Adler Ban Aldrik.

—Claro, y yo soy la reina Victoria de Inglaterra —dijo Lola despectivamente.

Tuanko iba a insistir y su padre le puso la mano sobre el hombro.

—Hijo, ¿por qué no lo dejas? Las chicas no quieren creerte.

—Soy un tapo, y un tapo jamás dice una mentira. No van a poner en duda mi palabra —gruñó Tuanko malhumorado.

—¿Qué más da?

Tuanko no respondió. Un tapo tenía muchas formas de demostrar lo que era, pero entre todos sus recursos Tuanko escogió el más espectacular de todos; la desmaterialización. Un tapo podía transportarse a distancia, incluso a través de obstáculos sólidos, como un muro o una puerta, y materializarse de nuevo en otro lugar.

Las muchachas que estaban en la celda de enfrente vieron cómo

Tuanko desaparecía de pronto. Ocurrió tan rápido que ambas dudaron de lo que veían sus ojos. ¿Se había escondido?

—Hola, chicas —dijo una voz a sus espaldas, en el interior de su propia celda.

Las muchachas se volvieron. ¡Allí estaba Tuanko, de pie en mitad de la celda, sonriendo de oreja a oreja! Sirio lanzó un grito de susto y Lola exclamó:

—¡Carape!

Luego buscó el apoyo de la mesa.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Sirio sin soltar sus manos de los barrotes de la reja.

—Es fácil para un tapo.

—¡Un tapo! —exclamó Lola—. ¿Es usted uno de esos tapos que sobrevivieron a la desaparecida civilización atolonita?

—Lo soy.

—Antes dijo que era un Aznar.

—También soy un Aznar. Mi abuelo se casó con una mujer tapo. Luego el hijo de mi abuelo se casó con otra mujer tapo y nací yo.

—¿Es un mestizo de Aznar y de tapos entonces?

—Bueno, no me siento humillado porque me llamen mestizo. Los tapos también son descendientes de la raza terrícola, sólo que con el tiempo llegaron a adquirir dotes extraordinarias.

Las dos muchachas se miraron una a la otra con ojos desorbitados de asombro. Su asombro iba a convertirse después en admiración, cuando Tuanko les relatara las vicisitudes de los Aznar después que fueron abandonados por los valeranos en Atolón. De cómo el Almirante Aznar y su hermano, perseguidos por la cólera vengativa del almirante MacLane, tuvieron que huir de los exilados valeranos para encontrar refugio entre los ghuros, y cómo, después de haber reunido a las dispersas tribus tapo, el Almirante Aznar logró formar una gran nación que se llamó República de Maquetania.

CAPÍTULO V

Una vez que ya había terminado de limpiar la celda, el profesor hizo levantarse a Lola de su taburete y le dio unas cuantas palmadas en la espalda. —Van a distribuir el rancho. Tendrás que regresar a tu celda si no quieres que te sorprendan aquí —dijo en voz baja.

Tuanko se puso en pie. Sirio le cogió una mano y se la apretó cálidamente.

—¿Volverás? ¿Puedes saltar a través de las rejas tantas veces como quieras? —preguntó con acento de ansiedad.

—Claro que puedo —dijo Tuanko riendo por lo bajo—. Vendré otro rato, tenemos mucho de qué hablar.

La reja de la galería acababa de abrirse y el cabo entraba seguido de un izrailita que empujaba ante sí un carrito de ruedas con las cacerolas de la comida. Ni el humano ni el robot vieron a Tuanko cuando éste “saltaba” desde la celda de las muchachas a la suya propia.

Los tres Aznar estaban en su celda cuando les llegó la vez de tender sus platos por una abertura horizontal hecha expresamente para este menester. Los Aznar se retiraron con sus platos a la mesa y se pusieron a comer con buen apetito. Tuanko estaba contento. Estaba contento porque, a pesar de su precaria situación, empezaba a entrever un rayo de esperanza.

El cabo y el izrailita pasaron con su carrito en dirección a la salida. En la celda, los Aznar esperaron a oír el ruido de la puerta. Luego, el profesor Alejandro preguntó a Tuanko:

—¿Quiénes son esas chicas?

—Son activistas del Fredemo... algo así como Frente de Rehabilitación de la Moralidad, o cosa parecida. Luchan contra la relajación de las costumbres, especialmente el vicio y la indolencia, y también por la conquista de una auténtica libertad.

—¡Vaya! Pueden emborracharse públicamente, ingerir drogas

alucinógenas... ¡y todavía se quejan de falta de libertad!

—Eso no es libertad, eso es libertinaje —sentenció Fidel Aznar, hombre poco hablador—. Tal vez esas chicas disfruten de esas libertades y echen en falta otras; como la libertad de pensar y de expresar sus opiniones.

—Justamente de eso se trata —dijo Tuanko agradeciendo con una mirada la ayuda de su tío—. Cuesta de creer, pero después de un millón de años, la Tierra se encuentra todavía bajo un régimen totalitario. ¿Saben por qué el Estado tuvo que recurrir a los robots para formar una fuerza policíaca? Sencillamente, porque el Gobierno no puede confiar en el pueblo. Casi ni siquiera puede confiar en sus cuadros de mandos, pero ni en uno ni otro caso es cuestión de lealtad. ¡No, nada de eso! Lo que ocurre es que no puede confiar en una policía que está ebria la mayor parte del tiempo.

—No comprendo cómo se permiten esas cosas. ¿O es que el gobierno no tiene la suficiente autoridad para impedirlo? —preguntó el profesor.

—Las drogas y el alcohol están permitidos. No solamente eso, sino que pueden adquirirse libremente en los almacenes de la Intendencia estatal. El pueblo las pedía, le eran necesarias para animar el aburrimiento de una vida muelle, sin más problemas que la búsqueda de nuevos placeres. Pero antes que se declararan de uso legal, la corrompida oligarquía de este planeta ya había dado ejemplo con su escandalosa conducta. En un Estado de estructura monolítica, la corrupción que se inicia en la cumbre desciende en cascada hacia los estratos inferiores y acaba por inundarlo todo.

—Has hablado de un régimen totalitario. ¿Cuál es la forma de gobierno de este Estado? —preguntó el profesor Alejandro.

—Nominalmente es una república federal, Estados Unidos de la Tierra. Hay nueve estados, cada uno de ellos tiene su propio presidente y su Senado. Además, cada estado aporta cincuenta representantes que constituyen el Congreso Nacional. Éste se reúne periódicamente en cada capital de Estado por medio de un turno rotativo. El comportamiento de estos Estados es la mar de original, cada uno es un reino de Taifas. El presidente de un Estado no es elegido directamente por el pueblo, sino a través de los senadores, a quienes se considera los representantes de la voluntad nacional. De

hecho el pueblo ni se entera de quiénes son sus representantes; ésta es una característica del carácter terrícola. El pueblo llano se inhibe de las tareas de gobierno y los representantes son elegidos mediante elecciones amañadas que no cumplen siquiera los más elementales requisitos de autenticidad. De esta forma se consigue que los cargos electivos recaigan siempre sobre un número limitado de personas, todas ellas pertenecientes a un mismo círculo. La lucha por el poder que se libra en las altas esferas de la oligarquía no alcanza a los estratos del pueblo llano. Excepto porque no han caído en la ridiculez de autoadjudicarse títulos nobiliarios, la oligarquía desarrolla un tren de vida comparable al de las fastuosas cortes del Medievo: palacios de ensueño, vistosos vestidos, orgías continuas, rencillas, intrigas... ¡Incluso tienen su propia Ciudad Prohibida, semejante a la de los mandarines!

El profesor Alejandro y Fidel Aznar cruzaron una mirada de asombro. De sobra sabían que Tuanko no mentía. ¿Pero eran reales aquellas exageraciones referentes a palacios, festines y ciudades prohibidas?

—Nadie puede estar tan loco... —murmuró el profesor Aznar siguiendo el hilo de sus propios pensamientos.

—¡Pero es que ellos sí están locos! —exclamó Tuanko—. Tratemos de situarnos en su lugar. ¿A qué riquezas podríamos aspirar en un mundo que las máquinas “Karendón” han convertido en un auténtico jauja? El oro, las piedras preciosas, los manjares más exquisitos carecen de valor, porque están al alcance de todos. Nadie se afanaría por conseguir lo que tiene todo el mundo. Sólo permanece un valor que los humanos todavía se esfuerzan por conseguir; la notoriedad. En esta sociedad gris, donde el hombre es sólo una unidad perdida entre miles de millones de seres iguales, el ansia de sobresalir de la masa es el único motor que mueve a las personas a acometer empresas extraordinarias. El ejercicio del poder está en la lista de los objetos más codiciados. Y una vez asentado en el poder, el hombre siente la necesidad de hacer sentir el peso de ese poder. La Humanidad ha conocido el paso de notables déspotas. Siempre ha habido tiranos, ¿por qué no ahora?

—Porque la Humanidad ha avanzado en todo este tiempo. Hay más cultura, y está al alcance de mayor número de gente...

—¡No, nada de eso! Que hoy se imparta la educación por medio

de las máquinas “Psí” no quiere decir que haya más cultura. La cultura no consiste solamente en saber que la Tierra es redonda, o que el agua está formada de dos moléculas de hidrógeno y una de oxígeno. Sabemos cuán negativamente pueden operar las máquinas “Psí” en manos de unos desaprensivos. Porque las “Psí” no sólo enseñan; también forman la personalidad del individuo. La negligencia, la cobardía y el conformismo son asignaturas que se pueden impartir a través de las “Psí” y reducen al individuo a poco menos que seres irracionales... por mucha ciencia que sepan. Un régimen de opresión no podría ser permanente en las naciones del siglo veinte, cuando la Humanidad todavía tenía importantes metas sociales que conquistar. Pero aquí no existen problemas de alimentación, de alojamiento o calefacción. El terrícola de hoy tiene todo cuanto pudiera desear, incluso drogas y alcohol para olvidar su fracaso como ente enmarcado en una sociedad sin forma ni color. El pueblo mira con envidia los palacios de la oligarquía, sus trajes, sus aerofálúas recargadas de chillones cromados. La elite provoca esa envidia, porque si no fuera envidiada, ¿en qué se diferenciaría del vulgo? Y el vulgo tiene que aceptar esas excentricidades, pues por algo la oligarquía lo es. Si de tarde en tarde surge un descontentadizo, un desviado mental de las normas que le inculcaron las “Psí”, le echan el guante y lo llevan de nuevo a la máquina “Psí” para reeducarle tras previo lavado de cerebro.

—Parece mentira que pueda existir un mundo tan distorsionado —murmuró Alejandro Aznar—. ¡Y nosotros esperábamos hallar aquí una civilización en la cumbre de la espiritualidad! ¿Por qué habrán de ocurrir estas cosas? ¿En qué hemos fallado?

Fidel Aznar habló y dijo:

—La culpa debemos atribuírsela a las máquinas “Karendón”. Los terrícolas las recibieron demasiado temprano. Es como si las naciones de la Edad Media hubiesen recibido el regalo de la energía nuclear. En una sociedad intolerante como aquella, la bomba atómica se hubiera utilizado insensatamente para apoyar ambiciones personales, luchas partidistas y cismas religiosos. La fisión nuclear, debiendo haber hecho progresar a la Humanidad, habría acabado con la Humanidad. Tal ha ocurrido aquí con la “Karendón”. Vuestra civilización no había evolucionado mentalmente al nivel que, siguiendo su curso natural, habría

alcanzado antes de producirse el descubrimiento del intercambio entre energía y materia. El tiempo ha demostrado que la “Karendón” no podía resolver vuestros problemas, porque estos problemas eran de adaptación a la máquina, no de adaptar la máquina a vuestra mentalidad.

—Yo no presentaría esa idea como axioma, es decir, como una verdad que no necesite ser demostrada —arguyó Tuanko—. En el planetillo “Valera” la llegada de las “Karendón” no supuso un relajamiento de las costumbres, sino todo lo contrario. Liberados del trabajo, los valeranos dispusieron de más tiempo para dedicarse al cultivo de las ciencias y las artes.

—Los valeranos apenas llevan un siglo utilizando las “Karendón”. La generación que vio llegar a las “Karendón”, como tu abuelo y yo mismo, estamos todavía en la primera transmigración. Es pronto para valorar los efectos de un uso prolongado de esas máquinas. Sí podemos verlos en los terrícolas, y el resultado no ha podido ser más funesto. Una Humanidad que vive sólo para el placer y el ocio no puede perdurar. Si no se destruye a sí misma, será presa fácil del primer agresor que llegue del espacio.

El pensamiento de Tuanko voló hasta el circumplaneta Atolón, donde una raza de singular tenacidad, los thorbod, se preparaba para la conquista del Universo. ¿Eran una raza superior los thorbod, puesto que parecían haber superado sin trauma el advenimiento de las “Karendón”, que también ellos utilizaban?

El pensamiento de Tuanko trascendió telepáticamente a su padre, quien lo comentó en voz alta:

—Los thorbod nos llevan la ventaja de una tradición tecnológica más antigua. Al contrario que los terrícolas, que recibieron la “Karendón” de los bartpuranos, los thorbod tuvieron que crearla ellos mismos. Seguramente llegarían hasta ella por etapas, en lugar de un modo repentino y traumático como nosotros.

—Yo no creo que los thorbod sean una raza superior, sencillamente son distintos —dijo Tuanko—. Personalmente no he perdido mi fe en la capacidad de reacción de los terrícolas.

—Si los thorbod se presentaran mañana mismo con su autoplaneta “Argos”, esta sociedad no tendría arrestos para rechazarles —sentenció Fidel Aznar.

A lo que Tuanko contestó rápidamente:

—Si los thorbod llegaran se encontrarían aquí con nuestro “Valera”.

Fidel Aznar, que podía leer el pensamiento de Tuanko como a través de un cristal, percibió el acento de agresividad del muchacho y optó por callar. También captó el enojo de Tuanko el profesor Alejandro, quien para suavizar la tirantez que flotaba en el ambiente preguntó:

—¿Cuál es el estado actual de las relaciones entre valeranos y terrícolas?

—Tirantes —respondió Tuanko.

—¿Cómo de tirantes? —insistió Alejandro.

—Bastante tirantes. Los valeranos llegaron aquí hace cincuenta años. Llenos de celos, acomplejados y temerosos, tomaron toda suerte de precauciones, inclusive contra armas de poder insospechado que podrían ser dirigidas contra su autoplaneta. ¡Estaban asustados de tener que verse ante una civilización que les llevaría un millón de años de adelanto! Pero todo quedó en una gran decepción. Los terrícolas no habían realizado ni un solo progreso tecnológico en todo aquel tiempo.

—¿Qué pensaron los terrícolas del regreso de “Valera”?

—Curiosamente, los terrícolas estaban tanto o más preocupados que los propios valeranos. Temían la potencia militar de “Valera”, bajo el mando de una casta tradicionalmente reaccionaria, pero probablemente sintieron gran alivio al conocer que los terribles Aznar no venían en el autoplaneta.

—¿Quieres decir que a quien temían en realidad era a nosotros, los Aznar?

—Bueno, no podemos llamarnos a engaño a este respecto. Los Aznar siempre habéis tenido fama de intransigentes.

—¿Habéis? —protestó escandalizado el profesor—. Di “hemos”. ¿O es que tú no eres un Aznar?

—Está bien, soy un Aznar, ¿qué remedio? A los terrícolas les preocupaba sobremanera la reacción de los valeranos en general, y temían el juicio severo de los Aznar en particular. Y tan alivio sintieron los terrícolas al conocer que la oligarquía valerana había sido abandonada en Atolón, como los valeranos de comprobar que aquí no había ninguna civilización superior que pudiera robarles su celosa independencia. Los terrícolas trataron de atraerse a los

valeranos. Muchos de éstos acogieron las costumbres terrícolas como el papanatas que descubre un mundo totalmente nuevo. Pero con los Aznar o sin los Aznar, los valeranos seguían siendo en el fondo una nación de puritanos. Algunos intentos de legalizar el consumo de las drogas y el alcohol en el planetillo encontraron la oposición de la mayoría. Se dio entonces una curiosa situación. Mientras los valeranos iban a la Tierra para gozar las delicias de un fruto prohibido para ellos, muchos terrícolas abandonaban su planeta e iban al planetillo buscando la pureza de las costumbres, la serenidad y el orden que reinaban en “Valera”. La población de “Valera” empezó a crecer con la llegada de estos exilados voluntarios, que iban a ser, curiosamente, los que más empeño pusieran en intervenir en la política doméstica de la República Federal. El Estado terrícola empezó a inquietarse, especialmente cuando se pudo comprobar que mientras era cada vez mayor el número de terrícolas que iban a “Valera”, eran cada vez menos los valeranos que iban a la Tierra. Además, los valeranos no se ocultaban de criticar al gobierno terrícola por su falta de responsabilidad. Esta situación hizo crisis cuando el Estado terrícola clausuró las estaciones de emigración e impuso un rígido bloqueo para que nadie más pudiera llegar a “Valera”. Las posiciones se radicalizaron. Mientras en la Tierra se intensificaba la represión contra el Fredemo, los valeranos iniciaban una campaña de propaganda a través de la radio, incitando a la rebelión al pueblo terrícola. Simultáneamente terrícolas y valeranos empezaron a reforzar sus respectivas armadas siderales. Así están las cosas en la actualidad, cuando para acabar de agriar la cuestión aparecemos nosotros y los terrícolas intentan destruir nuestra esferonave. Como es natural, la nación terrícola ignora todavía este siniestro episodio. Pero es de esperar que los valeranos lo den a conocer muy pronto a través de sus emisiones de radio.

Alejandro Aznar agitó la cabeza y dijo:

—Al menos el Almirante habrá encontrado un clima propicio a su regreso a “Valera”. ¡Quién pudiera estar en el planetillo para verle rehabilitado y aclamado!

Mientras tanto, Fidel Aznar permanecía silencioso, con los codos apoyados sobre la mesa y la voluminosa cabeza entre las manos. Inesperadamente el “bundo” habló y dijo:

—Tenemos que salir de aquí.

Alejandro Aznar le miró sorprendido. Fidel no era un hombre de acción, aunque había demostrado saber afrontar más de una situación de peligro.

—¿Quieres decir escapar? —exclamó el profesor—. ¡Pero si tenemos toda una montaña encima, viejo!

—He tenido una premonición —dijo Fidel con la mirada ausente, como contemplando una escena que sólo él podía ver.

—¡Hum! —gruñó Alejandro—. ¿De qué se trata?

—En alguna parte, una mentalidad retorcida elabora un plan para obligar a Miguel Ángel a entregarse. Le van a proponer un canje, es decir, le amenazarán con ejecutarnos a nosotros tres si no acude a rescatarnos. Miguel Ángel vendrá, pero entonces será él quien se encuentre en grave peligro.

Fidel Aznar era un clarividente nato. Si decía que había tenido una premonición no era cosa de tomarlo a broma. Raras veces se equivocaba, aunque, como él mismo decía, en cuestiones de esta índole no existía la infalibilidad. La precognición no era un arte que se ejerciera. Ni siquiera un paragnóstico como él podía evocar a voluntad sucesos que todavía pertenecían al futuro. Más bien parecía que los sucesos le escogían a uno para manifestarse, pero esto no tenía que ocurrir necesariamente en un superdotado. Personas sin ningún entrenamiento especial solían tener presentimientos que luego se realizaban. La única ventaja de un sensitivo, en este caso, era su mayor receptividad al fenómeno.

—¿Has visto a tu hermano en alguna situación de peligro, algo determinado? —preguntó el profesor Alejandro preocupado.

—No he visto a mi hermano, sino a otra persona. Es un hombre joven, alto y grueso que lleva el cabello corto, más o menos como yo. Se trata de alguien que habla con autoridad. Está furioso y viste una túnica de brocado en negro y oro —describió el “bundo”.

El profesor dirigió una mirada perpleja a Tuanko, el cual habló y dijo:

—La visión de tío Fidel tiene muchas posibilidades de realizarse. No sé quien pueda ser el personaje, seguramente un alto cargo del Gobierno. Los hombres de estado terrícolas deben sentirse muy preocupados por el regreso del Almirante Aznar. El Almirante no es ni sombra del feroz reaccionario que ellos creen, pero tal es la

imagen que de él dieron los valeranos para justificar en parte lo que hicieron con él en Atolón. No pudieron asesinar ni capturar al Almirante en el espacio, pero nos tienen a nosotros; su hermano, sus dos hijos y sus nietos. Si presionan sobre él, amenazando con ejecutarnos a todos, el Almirante se entregará para salvarnos.

—Espero que no lo haga —dijo Alejandro.

—Lo hará —aseguró Fidel Aznar—. Cualquiera de nosotros haría lo mismo en su caso. La única forma de impedirlo es que el gobierno no pueda utilizarnos como rehenes.

—No tenemos otra salida que escapar. ¡Qué demonios, yo lo estoy deseando hacer desde que nos trajeron a este agujero! Escaparemos —dijo Tuanko lleno de animación.

—No podemos —se lamentó el profesor—. Aunque consigamos huir quedarán en su poder Dalia y Virela.

—Es verdad, no podemos marcharnos sin ellas —murmuro Tuanko sintiendo enfriarse su entusiasmo.

Dalia Aznar, cuarenta y seis años, era hija del Almirante y hermana de Alejandro. Virela, veintiún años, era hija de Alejandro y hermana de Tuanko. Sus “vetatom” se encontraban a bordo del “Hermes”, pero el Servicio de Inteligencia conocía esta circunstancia y habría localizado ya el lugar donde se encontraba su cinta perforada.

Escapar dejando a Virela y Dalia en poder de la policía no serviría de mucho. Con ellas, el gobierno federal seguiría teniendo un medio de ejercer presión sobre Miguel Ángel Aznar.

Sin embargo, la proverbial buena estrella de los Aznar no iba a abandonarles en este trance.

De la celda de enfrente las dos chicas llamaron a Tuanko en voz baja para que fuera a visitarlas. Tuanko ejecutó de nuevo el fenómeno conocido por “autoaporte” y entró en la celda de las muchachas para continuar su charla de la mañana.

Muy interesadas por las facultades del joven tapo, le preguntaron si podía también realizar el “autoaporte” a través de todo el espesor de la roca hasta el exterior de la montaña.

—Podría a condición de que la masa de roca no fuera demasiado grande. Desde luego, antes de lanzarme a este salto sería necesario conocer la distancia y la dirección en que debía proyectarme.

—¿Qué ocurriría si, una vez proyectado a través de la roca, no

alcanzaras un vacío donde materializarte? —preguntó con curiosidad la linda Sirio.

—Ocurriría, sencillamente, que no podría volver —respondió Tuanko—. Quedaría atrapado en el espesor de la roca.

—¿Hay riesgo entonces en lo que tú haces?

—Lo hay. Aunque normalmente se trata de un riesgo calculado. Es como el equilibrista que cruza el abismo andando sobre una cuerda. Uno tiene que conocer sus posibilidades y sus limitaciones.

—¿Cómo es posible desmaterializarse, pasar a través de un muro, y volverse a materializar? ¡Parece cosa de brujería! Pero la magia no existe por sí misma. No hay fenómeno que no tenga una explicación, aunque nuestro conocimiento no alcance a comprenderlo —dijo Sirio.

—Así es —admitió Tuanko—. También el fenómeno que llamamos “aporte” tiene su base científica. Los primeros ensayos sobre el poder de la mente causaron verdadero asombro. Se demostró que ciertas personas, excepcionalmente dotadas, tenían la facultad de mover objetos, parar los relojes, incluso influir sobre la velocidad y trayectoria de las partículas atómicas. De hecho todo partía de una misma base; todo eran fenómenos eléctricos.

Tuanko se interrumpió para golpear la mesa con los nudillos, preguntando a continuación:

—¿Qué es esto?

—Madera —contestó Sirio.

—Es decir, materia. ¿Pero que es la materia? Sabemos que está formada de átomos, especie de sistemas planetarios en miniatura, donde neutrones, protones y electrones giran en incesante danza describiendo órbitas. ¿Qué son estos átomos? Sencillamente, diminutas concentraciones de energía, cargas eléctricas de distinto signo que se neutralizan unas a otras en perfecto equilibrio. La Tierra misma, considerada como planeta, no escapa de esta condición. Me pongo en pie, golpeo el suelo y lo siento sólido. Sin embargo este piso está hecho de espacio vacío. No hay nada sólido en él. Si no me hundo a través de la roca es debido a la fuerza de rechazo que protones y electrones ejercen contra mi pie. Llegamos entonces a la asombrosa conclusión de que todo el mundo material existe en forma de energía. ¡Solamente energía! Y fuera de la energía no existe nada. Ahora bien, si la materia sólida no existe

como tal, si todo es “nada” y sólo somos energía, y si el poder de la mente es capaz de influir eléctricamente sobre la energía, no debe ser imposible que mi mente transporte esa energía a través de la roca, puesto que la roca es también espacio vacío, es decir, nada. Así es de sencillo.

Las muchachas se quedaron contemplando a Tuanko con la boca abierta.

—¡Sencillo dice! —exclamó Lola—. ¿Por qué no puedo hacerlo yo, entonces? ¿Por qué si me lanzo contra esta pared de roca me aplasto las narices? ¿Cuál es el truco?

—El truco consiste en neutralizar mi propia energía, de modo que ésta no encuentre resistencia al pasar a través de la roca. Al cambiar mi signo eléctrico me autodestruyo como ser humano, no pienso, no siento, no veo... soy inmaterial. Este fenómeno tiene una duración muy breve, la tendencia natural de la energía es volver a su estado primitivo. Es por eso, que antes de proyectarme a través de un obstáculo debo conocer si está en mis posibilidades llegar al otro lado. En caso contrario quedaría incrustado en la roca sin posibilidad de salir, es decir, muerto.

—¡Fantástico! —exclamó Sirio—. ¿Cómo se adquiere esa capacidad para influir mentalmente en el cambio de signo eléctrico?

—No puedo explicarlo, no lo sé. Es un don natural heredado de mis antepasados. El recuerdo de cómo llegamos a adquirir esta facultad se perdió en la niebla del pasado. Los tapos que los valeranos encontraron al regresar a Atolón, tras una ausencia de un millón de años, eran los supervivientes de una civilización de raíz terrícola ya desaparecida. Los tapos siempre conocieron el secreto de la desmaterialización, a pesar de que ni siquiera sabían leer, ni por supuesto escribir.

—Seguramente la civilización atolonita siguió un camino muy distinto de la nuestra —suspiró Lola—. ¿Por qué, habiendo arrancado del mismo punto, habéis progresado vosotros, y nosotros nada?

—Muy sencillo —respondió Tuanko—. Transmigrando continuamente estáis regresando siempre al punto de partida. No es posible progresar sin acumular experiencia. Es cierto que la raza no degenera físicamente, pero tampoco evoluciona el pensamiento. Por cierto, ¿cuántas transmigraciones lleváis hechas?

—Ninguna. Nacimos del vientre de nuestras madres hace dieciocho años. ¡Bueno! Diecinueve yo, y Sirio dieciocho. A mí ya me han hecho mi “vetatom” patrón; es decir, la fórmula sobre la cual regresaré siempre a como era hace un año.

Siguieron charlando. Tanto Lola como Sirio rechazaban las normas de su sociedad. Éstas consistían en entregarse al vicio y los placeres más desenfrenados, pasando por todas las experiencias posibles, a veces incluso el crimen, hasta agotarse físicamente. El loco homicida, el alcoholizado hasta la extenuación, el drogadicto, iba a parar con sus huesos en una máquina “Karendón” donde era desmaterializado. A continuación se le materializaba de nuevo sobre la fórmula de componentes de su “vetatom” particular. El hombre o la mujer reencarnaba en sus jóvenes dieciocho años sin recordar ninguna de sus experiencias vividas en las reencarnaciones anteriores, de cuyos delitos, compromisos sociales y familiares, quedaba desvinculado.

Eran, sencillamente, la misma alma sobre el mismo cuerpo, con la misma mentalidad y el recuerdo de su vida hasta los dieciocho años. Desde este punto el ciclo recomenzaba de nuevo.

Muchos jóvenes como Lola y Sirio, víctimas traumatizadas por la conducta desordenada de sus padres, sentían nacer como una fuerza de rechazo contra todo aquello que había sido causa de una infelicidad infantil, y solían adoptar actitudes de repulsión contra los usos y costumbres de la sociedad. De estas minorías había nacido el Fredemo.

En un mundo de violencia, el Fredemo recurría a veces a la violencia en su lucha contra la inmoralidad. Mientras la rama social de la organización se dedicaba a la difusión de la propaganda, la sección armada se dedicaba a destruir emisoras de radio y televisión, volaba líneas de ferrocarril suburbano y las llamadas “estaciones de emigración”, donde las “Karendón” solían realizar las transmigraciones. Atentaban contra los almacenes de bebidas alcohólicas y drogas alucinógenas, asaltaban las cárceles donde estaban presos sus miembros, y, en general, causaban todo género de molestias al Estado, llamando la atención del público sobre la organización.

—¿Qué ocurre cuando os capturan? —preguntó Tuanko.

La captura de uno o varios miembros del Fredemo solía

desencadenar la persecución y captura de otros miembros de la organización. Con frecuencia los “fredes” ofrecían una resistencia desesperada hasta ser muertos por la Policía, y a veces se suicidaban.

—Cualquier cosa, incluso la muerte, es preferible a que le sometan a una a un lavado de cerebro que cambiará completamente su personalidad —acabó diciendo Lola—. Es lo que hacen de nosotros cuando nos capturan, nos convierten en idiotas.

—Sin embargo os dejasteis capturar —observó Tuanko.

—Utilizaron contra nuestro grupo gases paralizantes. Cierto que no hemos intentado suicidarnos. Es duro quitarse la vida cuando se es joven y una se siente perfectamente lúcida —dijo la linda Sirio a modo de disculpa—. Y mientras se está con vida siempre hay una esperanza. Personalmente no soy partidaria del suicidio, aun en el caso de que nos hagan un lavado de cerebro.

—Que nos lo harán —remachó Lola con cierta amargura.

En este momento Tuanko miraba hacia su propia celda a través de la reja y veía a su padre haciéndole señas con el brazo.

Prestó atención, concentrándose sobre sí mismo por si el profesor tenía que enviarle algún mensaje telepático. En efecto, así era.

“Atención, Tuanko. Acabamos de contactar telepáticamente con Virela y tía Dalia. ¡Están aquí! Las restituyeron a bordo del “Hermes” y las trajeron aquí hace sólo unos minutos. Fidel quiere que preguntes a esas chicas si encontraremos un lugar donde escondernos en el supuesto que consigamos salir de esta montaña.”

Tuanko sintió acelerarse los latidos de su corazón.

CAPÍTULO VI

El cabo Izraél se bajó de la montaña llevando consigo el carro de los peroles. El cabo entonces echó una mirada en rededor a los inmóviles izrailitas y se dirigió a la cueva que para su uso tenía reservada el cuerpo de guardia.

La cueva era más corta y más amplia que cualquiera de las otras cinco galerías que desembocaban en la gruta, pues su uso era distinto. Aquí se veía una habitación con dos literas dobles, una mesa larga y media docena de sillas. Contra los muros había un aparador, seis armarios metálicos, un armero vacío y otra mesa más pequeña con cajones, un panel con algunos mandos y una pantalla de televisión. Al fondo se veía otra pantalla de televisión más grande incrustada en el muro entre dos puertas. Una puerta llevaba al cuarto de baño, la otra a una habitación con una cama y muebles, prevista para el oficial de guardia.

Los oficiales de la policía militar, como en general los de todas las demás fuerzas armadas, pertenecían a la clase elitista de la sociedad terrícola y no se mezclaban con las clases de los estratos más bajos, entre los que se encontraban los suboficiales y clases de tropa, de extracción popular en régimen forzoso por un año.

Tanto el sargento Gibert como el cabo Pérez preferían con mucho que no hubieran destacado allí a ninguno de aquellos orgullosos oficiales, con su manía de imponer una abstinencia que ellos mismos no practicaban.

El sargento ya había empezado con una botella de vino, introducida subrepticamente en la fortaleza, aunque de ordinario la vigilancia en este sentido no solía ser muy severa. Pérez, por su parte, había traído una botella extraplana de ron y una cajetilla de cigarrillos de grifa.

El cabo acercó una silla a la mesa y se puso a comer. Pero

aunque la comida era excelente, pedida “a la carta”, los alcohólicos y drogadictos solían ser poco comedores. A cambio de lo poco que comieron apuraron rápidamente la botella de vino y la emprendieron con el ron. En la sobremesa encendieron sendos cigarrillos de grifa, charlando de cosas insustanciales mientras sus lenguas se iban haciendo cada vez más torpes.

—Vamos a tomar algo más fuerte —dijo el sargento, y sacó del bolsillo una cajita de comprimidos.

Poco después los dos hombres estaban entregados a agradables sueños tumbados en las literas.

Por espacio de una hora más todo permaneció tranquilo en el cuerpo de guardia. En la gruta los cinco robots continuaban completamente inmóviles, de espaldas al montacargas, mirando siempre ante sí la iluminada galería que cada uno tenía enfrente.

La gruta, de planta circular, tenía cinco galerías más la entrada al cuerpo de guardia propiamente dicho, donde el sargento Gibert y el cabo Pérez dormían el más agradable de los sueños. Volviendo la cabeza, cada uno de los centinelas podía ver las otras dos grutas que tenía a derecha e izquierda, pero para ver las otras dos tendría que girar sobre sus tacones. La sexta reja no podía verla ninguno de los centinelas, porque quedaba oculta tras la obra de ladrillo que cubría el hueco del montacargas.

Ante la reja de la galería número uno, contando por la derecha del cuerpo de guardia, el centinela robot no pudo apreciar ningún movimiento ni ruido de los que habrían activado su sentido de alerta. Sin embargo, cruzando desde la primera celda de la izquierda, algo pasó a través de la reja y se materializó dos metros detrás del robot. El hombre que se materializó, como surgido de la nada, era Fidel Aznar. Éste miró a derecha e izquierda a los robots que se encontraban de espaldas a once y seis metros de distancia. Por último, calculó la distancia que le separaba del cuarto de guardia y se desmaterializó.

Apenas había desaparecido Fidel Aznar, cuando en el mismo lugar que éste acababa de dejar se materializó Tuanko. El joven tapo no se entretuvo siquiera en explorar los alrededores. Miró en dirección al cuarto de guardia y desapareció. En su lugar cobró forma de la nada Alejandro Aznar, quien también se desvaneció.

Los tres hombres se encontraban ahora en la húmeda cueva

donde el sargento y el cabo dormían bajo el doble efecto del alcohol y las drogas. Mientras Fidel se inclinaba sobre el sargento, el profesor Alejandro iba a examinar el pequeño cuadro de control y Tuanko se apoderaba de dos subametralladoras del armario. Ambas eran armas convencionales, del mismo tipo que utilizaban los izrailitas.

Después de interrogar al subconsciente del dormido sargento, Fidel Aznar se incorporó y dijo:

—Esta fortaleza es un complejo muy bien guardado. Existen cámaras de televisión por todas partes. Cualquier lugar de la montaña puede ser escudriñado a través de un circuito cerrado desde el centro de control. Poned atención.

Telepáticamente, el “bundo” transmitió a sus parientes la disposición del centro de control, tal como él acababa de leer en la mente del dormido sargento. Al parecer, el único medio de escapar consistía en apoderarse previamente del centro de control.

—Hay dos batallones de policía izrailita en la gruta principal —observó Tuanko después de un silencio—. ¿Cómo podremos pasar ante ellos sin llamar su atención?

—No es a los izrailitas a quienes hay que despistar, sino a los humanos. Hay una cámara de televisión en el interior del montacargas, hay otra sobre la entrada al túnel que conduce al centro de control... Tú y tu padre podríais llegar hasta allí con los uniformes de estos dos hombres. Es de noche, y a estas horas no debe haber mucha gente deambulando por ahí. Yo no podría hacerlo, llamaría la atención por mi estatura y mi cabeza.

—Pá, tendremos que hacerlo tú y yo —dijo Tuanko.

—Trataré de hacerlo lo mejor posible, aunque ya sabes que no soy soldado ni estoy entrenado para este tipo de acciones. He examinado ese banco de control. Desde aquí se puede impartir órdenes a los izrailitas que están fuera a través de la radio. Ahí hay una lista con la serie y número de cada uno de ellos. También se puede abrir las rejas por un sistema eléctrico.

—No podemos desarmar a los izrailitas ni abrir las rejas antes que vosotros hayáis ocupado el centro de control —dijo Fidel Aznar—. Hay cámaras de televisión en la gruta, y ya será suerte que nadie nos haya visto mientras saltábamos.

—No van a estar continuamente pendientes de lo que ocurre

aquí abajo —replicó Tuanko—. Después de todo, esto parece bastante seguro. Vamos a desnudar a este par de pimpollos.

Los dos policías estaban tan profundamente dormidos que apenas profirieron algún gruñido mientras les desnudaban. Tanto el profesor Alejandro como Tuanko eran ligeramente más altos que los despojados policías. A los dos les quedaban cortos los calzones, un detalle que quedó disimulado al ir los pantalones embutidos en las botas altas de cuero negro.

Se ciñeron los cinturones con las pistolas, se calaron las gorras y se contemplaron uno al otro. La habitación no tenía puerta, sino una pesada cortina de cuero. Asomando la cabeza por una abertura de la cortina, Fidel Aznar utilizó el poder de la mente para accionar psicocinéticamente el pulsador de llamada del montacargas. La puerta de éste encaraba con el cuerpo de guardia y no podía ser vista por los robots a menos que éstos volvieran la cabeza.

Pero la misión de los izrailitas consistía en vigilar sin un pestañeo cada una de las galerías. Como máquinas que eran no sentían ninguna curiosidad por cuanto ocurría a su alrededor.

Tuanko y el profesor Alejandro “saltaron” a través de la gruta hasta la puerta del montacargas. Cuando ésta se abrió se metieron de rondón y apretaron el botón de subida.

Al detenerse el montacargas y abrirse la puerta se encontraron ante dos oficiales que esperaban hablando entre sí. Fue un breve, pero terrible momento de indecisión. ¿Qué hacer?

Sin más base de juicio que lo escuchado a Lola y Sirio acerca del sentido elitista de los mandos de las Fuerzas Armadas, Tuanko saludó levantando la mano hasta la visera de la gorra. Alejandro le imitó desmañadamente y ambos siguieron adelante sin haber llamado la atención de los oficiales, quienes ni siquiera contestaron al saludo.

Estaban en la gruta donde desembarcaron al llegar. Una docena de aerobuses amarillos se veían estacionados cerca de la entrada a la gruta. Los dos batallones de izrailitas seguían allí correctamente formados, armados y pertrechados para acudir en minutos a cualquier lugar donde se les llamara. La entrada al túnel que llevaba al arsenal quedaba en el rincón a la derecha de los izrailitas, y sólo había dos formas de llegar hasta allí; bien dando un rodeo para deslizarse pegados al muro del fondo, o cruzando a la vista de

un millar de inmóviles robots.

Tuanko ignoraba hasta qué punto estarían entrenados los izrailitas para juzgar si la actitud de un par de individuos era sospechosa. Creía que los robots no alcanzaban a discernir hasta este extremo. Pero otros ojos más suspicaces podían verles desde cualquier punto de la enorme gruta.

—Vamos a cruzar en línea recta, no te pongas nervioso y esfuérzate por actuar con naturalidad —transmitió Tuanko telepáticamente.

Bajo la brillante luz de los focos los dos tapos cruzaron en diagonal la gruta por delante de los izrailitas. Ninguno de éstos volvió la cabeza para seguirles con la vista cuando salían fuera del alcance de su mirada. Hacía frío en la gruta, situada a cierta altura y abierta sobre la ladera de la montaña, pero el castaño de los dientes de Alejandro Aznar obedecía a algo más que un puro frío físico.

—En mi vida había pasado tanto miedo —suspiró cuando llegaban ante la entrada al túnel.

Una doble puerta de cristales cerraba la entrada, evitando molestas corrientes de aire cuando alguien entraba en la galería. No había ninguna guardia a la vista.

Los dos Aznar entraron empujando sucesivamente la primera y la segunda puerta de cristales. Se vieron ante un largo túnel de techo en forma de bóveda, excavado directamente en la roca.

El túnel, que medía unos 90 metros de longitud, estaba cerrado a 25 metros de la entrada por una recia puerta de barrotes de “dedona”, al otro lado de la cual montaban guardia dos hombres armados de metralletas. Ante esta reja partía, a la izquierda, otro túnel que llevaba a un segundo corredor, desde el cual se pasaba al arsenal de la fortaleza.

“Al fondo de este túnel hay un ascensor que conduce directamente al centro de control —comunicó Tuanko por telepatía al profesor—. También se puede llegar al centro de control pasando por el arsenal, pero el camino es más largo y nos encontraríamos con más gente. Vamos a intentarlo por aquí.”

Los dos hombres que estaban al otro lado de la reja no adoptaron ninguna actitud especialmente recelosa al ver acercarse a los Aznar. Seguramente esperaban verles doblar a la izquierda en

dirección al arsenal. Sólo cuando comprobaron que iban directamente hacia la reja repararon en los tapos, aunque sin reconocerles bajo su disfraz.

Tuanko y Alejandro Aznar llegaron hasta la reja, la cual sólo podía abrirse desde un tablero de mandos alojado en el interior de una hornacina excavada en la roca del túnel, a distancia suficiente para que no pudiera alcanzarse a través de la reja.

“Nos materializaremos a sus espaldas y les atacaremos por detrás antes de que se repongan de la sorpresa”, comunicó Tuanko a su padre.

—¿Dónde van ustedes? —preguntó uno de los hombres que estaban detrás de la reja.

—Somos nuevos en esta madriguera de topos —dijo Tuanko Aznar—. Vamos curioseando. ¿A dónde se va por aquí?

—¿Están ustedes ciegos? Ahí lo pone bien claro —gruñó el centinela señalando al muro.

En efecto, en la misma esquina había dos carteles. En el primero decía: “Centro de Control”. En el segundo: “Almacenes”.

—¿No se puede pasar por aquí? —preguntó Tuanko.

—¡No! Vuelvan atrás, no hay paso por aquí ni tampoco al arsenal —dijo secamente el centinela.

“Ahora, pá” —indicó Tuanko telepáticamente.

Ante los ojos de los centinelas los dos tapos se desvanecieron como humo.

—¡Canastos! —exclamó uno de ellos—. ¿Qué ha sido de esos tipos?

—¡Han desaparecido!

—¿Cómo van a desaparecer? ¡Se habrán escondido detrás de esa máquina!

—¡No, imposible!

Los dos centinelas se acercaron a la reja, tratando de mirar de soslayo entre los barrotes hacia el túnel lateral que conducía al arsenal. En esta actitud fueron sorprendidos por los tapos que acababan de materializarse a sus espaldas. Uno de ellos sintió cómo unos dedos se cerraban alrededor de su garganta y le oprimían en determinado punto de la nuca. El centinela, privado del sentido, se deslizó al suelo sostenido por los brazos de Tuanko Aznar.

La contera de la metralleta que el centinela llevaba colgada del

cuello golpeó en el piso de cemento. El segundo centinela se volvió. Sus ojos se desorbitaron de asombro viendo ante sí a los dos sujetos que sólo unos instantes antes se encontraban al otro lado de la reja.

—¿Cómo?... —empezó a decir.

El brazo de Tuanko se movió en el aire como una espada, tan rápido que el otro no pudo evitarlo. El canto de la mano del tapo le alcanzó en la yugular. El centinela fue arrojado contra la reja, y de allí cayó al suelo sin sentido.

—Estarán así diez o quince minutos. Vamos a quitarles las metralletas —dijo Tuanko.

—Me alegra que no tuviéramos que disparar contra ellos.

—No te alegres tan pronto, todavía no hemos terminado —respondió Tuanko inclinándose sobre el último de los hombres derribados.

Empuñando las metralletas corrieron túnel adelante hasta el ascensor.

El ascensor se encontraba en el piso superior y Tuanko pulsó el botón de llamada. Mientras descendía la plataforma Tuanko recordó a su padre:

—El ascensor conduce directamente al centro de control. Encontraremos una puerta de acero que solamente puede abrirse desde el interior.

—¿Tendremos que pasar también a través de esa puerta?

—Sí, y además hay que hacerlo con rapidez. Supongo que los del centro de control disponen de algún medio para identificar a quienes llegan por el ascensor, probablemente una cámara de televisión en circuito cerrado con una pantalla. Una vez dentro deberemos estar preparados a todo, los del control pueden ofrecer resistencia.

La puerta del ascensor se abrió automáticamente y los dos tapos entraron en la cabina. Tuanko oprimió el único botón del cuadro. La puerta se cerró y la plataforma se elevó.

El ascensor era rápido y los Aznar estaban ya preparados para “saltar” a través de la puerta apenas sintieron el suave movimiento de parada.

—¡Vamos ya, pá! —dijo Tuanko.

Para el hombre que atendía a la pantalla de televisión todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Realmente había una cámara

instalada sobre la puerta, de modo que antes de abrir ésta podía identificarse a los que se encontraban en el interior del ascensor.

Todo el sistema funcionó como de costumbre. Al ponerse en marcha el ascensor desde el túnel inferior se encendió una luz ámbar intermitente sobre una pantalla de televisión. En la pantalla se vio el interior del ascensor cuando éste se detenía y en él, dos policías con su característico uniforme verde oliva. Pero, vistos y no vistos, los dos policías se esfumaron apenas el oficial de identificación acababa de echarle el ojo a la pantalla.

El hombre quedó de lo más sorprendido, mirando a la pantalla donde se veía la cabina del ascensor totalmente vacía. Desde el lugar donde estaba, haciendo girar ligeramente su butaca, el oficial miró hacia la puerta. La puerta estaba cerrada, pues sólo él, accionando el botón eléctrico desde su mesa, podía hacer que se abriera. ¡De pronto los dos hombres se materializaron en el interior de la habitación!

—¡Quieto todo el mundo, que nadie se mueva ni pestañee!

La estentórea voz de Tuanko Aznar hizo que todos los ojos se volvieran hacia él. Había una docena de oficiales y controladores en la sala, y todos quedaron con la boca abierta, mirando estúpidamente a los Aznar.

La mirada de Tuanko recorrió el semicírculo de hombres todavía sentados ante sus consolas de controles y las pantallas de televisión. El cañón de su metralleta se detuvo al llegar a un oficial, un teniente que estaba vuelto a medias, manteniendo el brazo extendido sobre la consola, la mano a corta distancia de una fila de botones eléctricos.

—No lo haga, teniente —le advirtió Tuanko, habiendo descubierto en la mente del hombre el propósito de hacer sonar la señal de alarma—. Póngase en pie. ¡Todos en pie con las manos sobre la cabeza!

La metralleta de Tuanko se movió, apartándose momentáneamente del teniente para señalar a todo el grupo. Esto indujo al oficial a error, creyendo que podría alcanzar el botón de alarma antes que el tapo pudiera darse cuenta. Una ráfaga de ametralladora alcanzó al teniente en la espalda. El hombre saltó en pie retorciéndose sobre sí mismo y cayó al suelo al pie de su butaca giratoria. Las balas, después de atravesar al imprudente, hicieron

saltar en añicos el cristal de una pantalla de televisión.

Al cesar los disparos se hizo un silencio de terror, y en éste se escuchó el tintineo de los cristales al desparramarse sobre el banco de control.

—Se lo advertí, y no quisiera verme obligado a hacer lo mismo con alguno más de ustedes —dijo Tuanko haciendo girar a izquierda y derecha el cañón de su metralleta—. ¡En pie!

Oficiales y suboficiales controladores se pusieron en pie apresuradamente. Tuanko miró con el rabillo del ojo hacia la puerta que comunicaba con la sala de descanso y el comedor contiguos.

—Vigílales —dijo al profesor.

Se dirigió rápidamente a la puerta, la empujó y se vio en otro túnel excavado en la roca, con una segunda puerta al fondo. El largo túnel medía 40 metros de longitud y tenía hacia su mitad y a la derecha una doble puerta de cristales con una placa indicadora: “Traslator”.

Tuanko se detuvo, empujó la puerta con el hombro y saltó dentro de la habitación. En efecto, vio una “Karendón T”; pero nadie más había allí. Por un momento pensó en la posibilidad de escapar a través de la máquina “Traslator”, pero en seguida rechazó la idea por impracticable. Como mucho, lo más lejos que podrían llegar sería a una estación en algún lugar de Heliópolis. Una fuga que no tuviera por meta llegar hasta el autoplaneta “Valera” no valía la pena de ser considerada.

Escuchó en esto, rumor de pasos apresurados golpeando el pavimento del inmediato túnel. Rápidamente se dirigió a la puerta, cuyas hojas eran de doble apertura, empujó y saltó en medio del corredor.

Un tropel de siete u ocho hombres y mujeres que venían corriendo desde la sala de descanso se detuvieron bruscamente al ver aparecer ante sí al tapo.

—¡Alto! —gritó Tuanko.

Y para hacer más efectiva la orden disparó contra el techo una corta ráfaga de ametralladora.

El grupo retrocedió amedrentado, oyendo rebotar y silbar las balas a su alrededor. Instintivamente levantaron los brazos. Una de las mujeres vestía una bata blanca, detalle que sugirió una idea a Tuanko.

—Entren en la “Traslator” —ordenó con energía.

Había entre el grupo tres oficiales que llevaban pistola al cinto. A medida que iban entrando en la habitación de la máquina “Traslator” Tuanko les fue desarmando uno tras otro. Ya estaban todos dentro de la habitación cuando vio llegar a un grupo de tres rezagados, de los cuales dos eran mujeres. Al ver a Tuanko armado se detuvieron.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó una de las jóvenes, que llevaba galones de teniente—. ¿Alguien ha disparado?

—Sí, yo —respondió Tuanko encañonándole—. Deje caer su cinturón al suelo y entre ahí.

—¿Quién es usted?

—Tuanko Aznar. Es una fuga, no ofrezcan resistencia y todo saldrá bien. ¿Cuántos más quedan en esa otra sección?

La joven no respondió, pero Tuanko interceptó su actividad mental. “El general Durán debe estar durmiendo. Ojalá se despierte y vea en su monitor lo que está ocurriendo aquí.”

—Que yo sepa no hay nadie más en la Sección “B” —dijo en voz alta. Desabrochó el cinturón y lo dejó caer al suelo junto con la pistola.

—Entren ahí —señaló Tuanko a la puerta que conducía a la instalación de la “Traslator”.

La habitación era pequeña y los prisioneros esperaban con cierta preocupación. Tuanko llamó a la joven de la bata blanca.

—¿Es usted la operadora de la “Traslator”? Ponga la máquina en marcha, va a desmaterializar a sus compañeros —le dijo.

—¿Dónde debo enviarles? —preguntó la operadora.

—A ninguna parte. Entrarán de tres en tres y les despachará al Limbo. Sólo eso, si hace otra cosa le descerrajaré un tiro. Empiece ya.

Tres hombres entraron en la angosta cabina, donde tuvieron que apretarse. Las desmaterializaciones y siguientes restituciones siempre se hacían individuo por individuo por razones de seguridad, pero éste era un caso distinto. Los individuos desmaterializados en grupo podrían ser restituidos más tarde uno por uno mediante sus correspondientes “vetatom”, archivados en lugar adecuado.

La operadora no intentó enviar a los desmaterializados a

ninguna parte. Tuanko se aseguró de ello y a continuación envió un mensaje telepático al profesor Alejandro.

Siguiendo las instrucciones de Tuanko, el profesor fue dejando salir a los prisioneros en grupos de tres por el pasillo. Tuanko les esperaba en la puerta de la sala de la “Traslator” y les hacía entrar allí.

El propio Alejandro vino acompañando al último grupo.

—Has tenido una buena idea. Desmaterializando a esta gente dejan de crearnos problemas. Espero que todos ellos puedan ser restituidos después —dijo el profesor.

El último grupo fue desmaterializado.

—Ahora usted —indicó Tuanko a la operadora—. Conecte el disparador automático y deje la máquina funcionando.

Resignadamente la operadora entró en la “Traslator”. La máquina la desmaterializó en la forma acostumbrada.

—Regresa a control y busca la manera de comunicar con tío Fidel —dijo Tuanko al profesor—. Yo voy en busca de cierto general Durán que al parecer duerme en la Sección “B”. A ser posible prefiero que sea el propio general quien de las órdenes a esos batallones izrailitas.

* * *

Para un ingeniero electrónico el centro de control de la fortaleza “Mohave III” no debía representar ningún problema insoluble. La técnica estaba prácticamente estacionada en el pasado, sin aportar nada nuevo a este dislocado mundo al cabo de un millón de años.

Una simple ojeada bastó a Alejandro Aznar para hacerse cargo. El sistema no era diferente al de la sala de control de “Valera” o al del autoplaneta “Hermes”, utilizado por los tapo para llegar hasta la Tierra. Una serie de conexiones permitían vigilar en cada momento lo que estaba ocurriendo en los distintos puntos de la fortaleza. Cuando una puerta se abría en cualquier parte de “Mohave III” se encendía una luz en el tablero correspondiente a esa sección. Si el controlador sospechaba alguna anomalía en la simple apertura de una puerta, tocaba un botón y veía en una pantalla de televisión lo que estaba ocurriendo en aquel lugar. Estas inspecciones se hacían también por pura rutina, dependiendo en todo caso del celo del

controlador o del oficial a cuyo cargo estaba la sección.

Todas las conexiones estaban indicadas sobre una serie de croquis, en grandes tableros que ocupaban tres muros de una amplia sala de 40 metros de longitud y 25 metros de ancho. Pero para atender adecuadamente a todos los tableros habrían hecho falta tres veces más personal del que trabajaba allí. Bien era cierto que no era necesario estar pendientes continuamente de las luces que se encendían y apagaban, pues bastaba con vigilar los puntos neurálgicos, tales como la entrada a la fortaleza, los accesos al arsenal y al propio centro de control, y al montacargas que unía entre sí las distintas plantas del penal. A su vez, la prisión estaba vigilada con la suficiente garantía por los eficientes izrailitas, además de un cabo y un sargento en cada una de las plantas.

La fortaleza estaba preparada para cualquier contingencia, excepto quizás para evitar una fuga de prisioneros tapo. En éste sólo punto había fallado el sistema.

Estudiando brevemente los croquis murales, Alejandro no tardó en localizar el subterráneo de donde él y Tuanko habían escapado. Estableció conexión, enviando su imagen a la pantalla. Fidel Aznar le vio en imagen y sólo entonces envió la suya propia a control.

—Todo va bien —dijo Alejandro—. Estamos en control, pero todavía no hemos despachado a esos batallones izrailitas. No obstante puedes proceder a desarmar a los izrailitas y abrir las rejas.

—Tenemos dificultades —contestó Fidel—. Los Fredemo quieren tomar al asalto las restantes plantas para liberar a sus correligionarios.

—Supongo que no podremos impedirselo —dijo Alejandro—. Su guerra no es la nuestra. Salid todo lo aprisa que podáis y acudid al centro de control. Pero avísame antes.

Fidel se despidió con un lacónico gruñido.

En este momento regresaba Tuanko llevando ante sí, a punta de pistola, al general Durán. Como todos los terrícolas que los tapos habían visto hasta entonces, el general era un hombre muy joven, entre los 25 y 30 años de edad. Tuanko le obligó a sentarse ante la cámara de televisión y le puso el frío cañón de la pistola en la sien, diciéndole amenazador:

—Recuerde lo que le he dicho, general. Estaré fuera del campo visual de la cámara apuntándole. A la menor vacilación le volaré los

sesos de un balazo.

Durán asintió tragando saliva y esperó a que Tuanko se retirara a dos pasos de distancia. Entonces encendió el aparato, empuñó un micrófono y habló:

—¡Atención, comandante del batallón “Orión”. Diríjase con su unidad al sector veintidós, Plaza de Buda, y cubra la Estación de Emigración defendiéndola de un probable ataque! ¡Atención, comandante del batallón “Proción”. Diríjase con su unidad al sector cuarenta y rodeen la urbanización del polígono “B” para llevar a cabo un registro casa por casa. Objetivo, buscar propaganda subversiva!

Probablemente ésta era la clase de misiones que solían desempeñar las unidades de reserva de la policía militar.

Minutos después, a través de una de las pantallas de televisión, se veía a los oficiales de los batallones “Orión” y “Proción” saliendo del cuarto de banderas, junto a la boca de la gruta, y dirigiéndose hacia sus unidades. En el mismo momento, en otra pantalla, Alejandro Aznar veía a los dos centinelas del túnel inferior que empezaban a dar señales de vida.

El profesor llamó la atención de Tuanko sobre los centinelas y éste se dispuso a bajar utilizando el ascensor.

—No pierdas de vista al general. Si se desmadra le matas y asunto concluido —recomendó al profesor.

Tuanko bajó por el ascensor, llegando al túnel cuando los dos hombres se ayudaban mutuamente para ponerse en pie. A punta de metralleta les hizo andar hasta el ascensor, subiendo con ellos hasta el centro de control.

—Venga usted también, general —dijo Tuanko.

Poco después los tres hombres eran desmaterializados en la “Karendón Traslator”. Tuanko regresó al centro de control a tiempo de ver como los dos batallones de izrailitas salían ordenadamente de la gruta y remontaban el vuelo desde la cornisa exterior. Al fondo, la ciudad se extendía cubriendo hasta el horizonte de millones de puntos de luz. La Luna, como una barquilla de planta, se elevaba entonces desde las lejanas montañas. Esta imagen hizo recordar a Tuanko el autoplaneta “Valera”, preguntándose qué probabilidades tenía de poder escapar hasta el planetillo.

Una llamada de Fidel Aznar desde la planta sexta interrumpió la

breve divagación de Tuanko.

—Los Fredemo liquidaron a los izrailitas. Dalia y Virela están aquí conmigo.

—Perfectamente, ya podéis subir. Los izrailitas han salido a cumplir una falsa misión. Entrad por el túnel, os abriremos la reja desde el centro de control —dijo Alejandro.

El profesor conectó con la cámara instalada en el interior del montacargas. A través de una pantalla vieron a Virela, a Dalia y Fidel entrando en el montacargas donde ya se encontraban Lola Istur y Sirio Vigil con otros veinte jóvenes del Fredemo, la mitad de los cuales estaban armados con las metralletas arrebatadas a los izrailitas.

El montacargas se detuvo en la planta quinta para dejar salir a los Fredemo armados, y continuó con los Aznar y el resto de los fugitivos hasta la gruta principal. El grupo, unas quince personas, la mayoría mujeres, abandonó el montacargas y echó a correr en dirección al lejano rincón donde se abría el túnel que utilizaron Alejandro y Tuanko para llegar hasta el centro de control.

—¿Por qué corren esos idiotas? —exclamó Tuanko—. ¡Van a llamar la atención con su comportamiento estúpido!

La puerta del montacargas se cerró, interrumpiendo la visión a través de la cámara de televisión. El profesor Alejandro hizo una nueva conexión con una cámara emplazada sobre la entrada al túnel.

—Ahí vienen —señaló Alejandro a la pantalla.

En este momento los fugitivos fueron vistos por alguien que se encontraba a la salida de la gruta, junto al cuerpo de guardia. Desde unos doscientos metros de distancia empezaron a disparar con ametralladoras contra el grupo. Las balas arrancaban astillas de las enormes columnas de granito que soportaban la bóveda y levantaban el polvo a los pies de los fugitivos. Un par de éstos fueron alcanzados por las balas y cayeron al suelo. De ellos, uno se levantó ayudado por otro compañero y siguió cojeando al pelotón que ya se encontraba cerca del túnel.

Una nueva granizada de balas llegó a través de la gruta haciendo impacto en el muro de roca. Ahora ya no era posible seguirles desde fuera. El profesor Alejandro hizo una nueva conexión con la cámara situada en la reja de “dedona” que ellos habían salvado

desmaterializándose. Vieron al grupo corriendo por el túnel en dirección a la puerta.

—Ya están aquí. Ábreles —dijo Tuanko.

Alejandro pulsó un botón en el tablero y la reja empezó a abrirse lentamente mientras Fidel, Dalia, Virela y los demás se detenían jadeando.

En el croquis mural se encendían algunas pequeñas luces intermitentes. Era la señal de alarma procedente de aquellos puntos donde se habían observado anomalías, uno de ellos el cuerpo de guardia de la gruta principal.

—No puedo seguir esperando, voy a intentar llegar hasta el arsenal —dijo Tuanko descolgando la metralleta que llevaba al cuello—. Cuando lleguen los demás, si quieren ayudar, que acudan a los almacenes cruzando la sección “B”.

—¡No debes ir solo, espera sólo un poco! —gritó el profesor.

Pero Tuanko ya había cruzado la puerta. Corrió a lo largo del túnel, pasando ante la sala de la “Karendón Traslator”, siguió adelante y se abalanzó contra la puerta del fondo. Tuanko ya había explorado antes la sección “B” cuando fue a buscar al general Durán. Dejando a la derecha el comedor y la sala de descanso siguió por un largo pasillo que desembocaba en un ascensor.

En su primera inspección, Tuanko había bloqueado el ascensor metiendo una silla como cuña para impedir que se cerrara la puerta. Apartó la silla de un puntapié, saltó dentro del ascensor y pulsó el botón de bajada.

El ascensor le condujo hasta un largo túnel inferior. A la izquierda arrancaba una escalera que estaba cerrada por una sólida reja de barrotes de “dedona”. Esta escalera conducía a la sección “B”, pero sólo se utilizaba para casos de emergencia.

Apenas salido del ascensor, Tuanko vio al fondo del túnel los dos guardianes del arsenal, a unos 70 metros de distancia. Este túnel era paralelo al otro que conducía al centro de control y se comunicaba con aquél por un tramo de corredor de unos 40 metros de longitud, excavado en la roca como todos los anteriores. Los centinelas del arsenal podían ver una corta sección del túnel por donde Fidel Aznar y su grupo acababan de entrar, y habían hecho funcionar la alarma conectada al centro de control.

Tuanko vestía todavía el uniforme de la policía militar. Uno de

los guardias avanzó a su encuentro agitando las manos excitadamente.

—¡Un pelotón de tipos sospechosos han cruzado por el túnel “A” corriendo hacia la reja! —gritó.

—¡Abrid la reja y seguidles! —contestó Tuanko.

—¡Imposible, no podemos abandonar nuestro puesto, ve tú!

Tuanko llegó corriendo, se detuvo ante el hombre y le miró a los ojos. De pronto levantó el cañón de su “metralleta” y le asestó un terrible golpe entre el hombro y el cuello. El policía profirió un aullido de dolor y cayó de rodillas. El segundo policía quedó paralizado por la sorpresa, bajo la amenaza del arma de Tuanko.

—Pon las manos sobre la cabeza —le ordenó Tuanko—. Ven.

El hombre obedeció. Tuanko le puso de cara a la pared y a continuación ayudó a incorporarse al otro. Así permaneció un rato hasta que se escuchó de nuevo el rumor del ascensor y llegaron Lola Istur y Sirio Vigil acompañadas de dos chicas más y dos muchachos, todos armados de pistolas.

—¡Magnífico!, ¿todo está saliendo bien? —dijo Lola mientras sus compañeros procedían a desarmar a los dos policías y les ataban las manos con sus propios cinturones.

—No demasiado bien —respondió Tuanko—. Podríamos habernos ahorrado esa alarma si no hubieseis echado a correr al salir del montacargas. Traed a los policías, vamos a entrar en el almacén.

El túnel que procedía de la sección “B” y el transversal que comunicaba con el túnel de acceso a control formaban una encrucijada. La verja quedaba del lado del pasillo transversal y Tuanko la abrió para que los “fredes” pudieran llegar hasta el arsenal sin tener que dar un rodeo por el centro de control y la sección “B”. Ningún obstáculo se interponía entre ellos y el codiciado arsenal, salvo una puerta de cristales que fue echada abajo de un empujón.

En el arsenal encontraron un suboficial y dos muchachas que hacían el turno de guardia y no ofrecieron ninguna resistencia.

El almacén era muy grande y estaba bien surtido del equipo normalmente utilizado por la policía militar; centenares de armaduras de “diamantina” y “backs”, armarios repletos de fusiles de “luz sólida”, emisoras de radio portátiles, morteros, bazookas y

montones de cajas de granadas de mano, proyectiles, bombas de humo y de gases paralizantes.

Los “fredes” se desparramaron por el almacén en busca de una armadura adecuada a sus medidas y mientras tanto llegó otro contingente de evadidos formado por más de un centenar de chicas y muchachos. El ruido de las armas que disparaban en la gruta principal llegaba muy amortiguado hasta el arsenal. Procedentes del centro de control llegaron Fidel Aznar, el profesor Alejandro, Dalia y Virela. Los dos hermanos se abrazaron brevemente en emocionado silencio.

—Bien, vamos a buscarnos una armadura —dijo Tuanko.

El almacén estaba tan bien surtido que incluso el gigantesco Adler Ban Aldrik, con sus dos metros de estatura, encontró una armadura apropiada a su talla. Estas armaduras, al contrario que las de los izrailitas, eran negras y tenían teñido de azul el cristal transparente de la escafandra. Después de enfundarse en sus respectivas armaduras fueron en busca de los “back”, equipo de vuelo individual que complementaba la tremenda eficacia de las armaduras. Éstas eran de un cristal tan duro que rechazaba incluso las balas.

La policía militar sólo utilizaba armas convencionales, y nunca, en ningún caso, se confiaban armas de “luz sólida” a los izrailitas. La razón de esta medida estaba en que las armas de “luz sólida” atravesaban fácilmente las duras corazas de “diamantina”. Se trataba de evitar que en una reyerta, al caer un arma lumínica en poder de los amotinados, pudiera ser utilizada contra la propia policía.

Las armas de “luz sólida” eran especialmente codiciadas por los jóvenes militantes del Fredemo, pues con ellas en la mano adquirirían una superioridad neta sobre la policía. De aquí que lo primero que hicieron los evadidos fuera correr hacia el armario donde se guardaban los fusiles lumínicos. Los Aznar, una vez equipados con sus armaduras y “backs”, se armaron también con fusiles de “luz sólida”.

Otro centenar de “fredes” entraron en el arsenal, cruzándose con los compañeros que salían, ya armados y pertrechados.

Sirio Vigil apareció junto a Tuanko, dándose a conocer por la voz, ya que sus facciones apenas eran distinguibles detrás del cristal

azul de su escafandra.

—¿Están preparados? Bueno, procuren no perderme de vista, porque voy a ser su guía.

—¿Dónde está su compañera? —preguntó el profesor.

—Lola va a quedarse rezagada. Los muchachos no quieren abandonar la fortaleza antes de ajustar cuentas con la policía. Ahora que tenemos armas lumínicas y somos dueños de un arsenal vamos a castigar a estos cerdos con una lección que no olvidarán fácilmente —dijo Sirio con voz en la que temblaba incontenido odio.

Los Aznar siguieron a la muchacha. Cuando iban por el corredor fueron empujados bruscamente por dos “fredes” que les adelantaron, llevando uno un bazooka y el otro una caja de municiones. Al salir al túnel que llevaba al centro de control llegó con mayor intensidad a sus oídos el crepitar de las armas automáticas.

La puerta de entrada al túnel estaba, aunque lejos, directamente bajo el fuego del búnker de hormigón y acero que protegía la salida de la gruta. Los evadidos de las plantas inferiores, con las metralletas arrebatadas a los izrailitas, trataban de distraer al cuerpo de guardia del búnker, mientras sus compañeros corrían en pequeños grupos, buscando la protección de las enormes columnas, tratando de alcanzar el túnel donde se encontraban los Aznar.

La alarma había difundido en toda la fortaleza, transmitida de un lugar a otro por teléfono, ya que no había surgido del centro de control. Al fondo de la gruta había otros túneles y galerías que conducían a diversas dependencias de la fortaleza, y por aquí estaban llegando contingentes cada vez más numerosos de policías humanos. Pero esta situación iba a cambiar radicalmente cuando los “fredes” pusieron en juego sus mortíferas armas de “luz sólida”.

Bajo un fuego graneado, los Aznar salieron del túnel. A un lado estaban los muchachos del bazooka, preparando el arma para disparar contra el búnker.

—Esperen un momento a que hagamos callar a esos —advirtió el muchacho que introducía la granada por la parte posterior del bazooka.

Varias balas rebotaron sobre las armaduras de los Aznar en la espera. El “frede” que empuñaba el bazooka, rodilla en tierra, enfiló

el arma que sostenía sobre el hombro. Salió el proyectil y cruzó como una exhalación la gruta dejando tras sí un penacho de llamas. Era una granada atómica.

El proyectil alcanzó de lleno al búnker. Brilló una luz enceguecedora, acompañada de un ensordecedor estruendo. Toda la montaña pareció sacudida por la tremenda fuerza de la explosión. El suelo trepidó bajo los pies y de las alturas del techo se desprendieron grandes bloques de granito, piedras y polvo. La mayoría de las luces estallaron y quedaron apagadas, pero del búnker empezaban a salir llamas que esparcían un rojo resplandor.

—Sígueme —dijo Sirio a través del altavoz de su escafandra—. Abran el reóstato para volar a sólo cinco metros de altura y el regulador hasta el punto tres.

Poco después, los cinco Aznar salían volando por la gran boca de la gruta, pasando junto al búnker e irrumpiendo en un cielo diáfano, bajo la pálida claridad de la Luna. Ante ellos se extendía Heliópolis, con sus millones de puntos de luz.

CAPÍTULO VII

Después de la policía en el interior de la ciudad, esquivando los brazos para que se detuvieran.

Inmóviles en el aire, desde tres mil metros de altura, el grupo vio bajo sus pies un gran estanque de aguas quietas donde rielaba la luz de la Luna. Sirio señaló, cerca del lago, la masa oscura de unas colinas cubiertas de bosque. A continuación todo el grupo descendió en pos de la muchacha, aterrizando en un claro pedregoso de la cima de un cerro, junto a una alberca.

Sirio se despojó de la escafandra de “diamantina” y sacudió su corta cabellera, húmeda de sudor. Tuanko se quitó a su vez la escafandra.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó señalando las luces de una casa entre los árboles—. Siempre pensé que nos llevarías a algún escondrijó lejos de la ciudad.

—El mejor sitio para pasar desapercibidos es aquél donde hay gente. La ciudad es grande y está muy poblada. Seguidme y procurad no romper las ramas ni pisotear los arbustos.

Se internaron en el bosque. Sirio encendió una linterna eléctrica, con la cual iluminó un camino tortuoso entre los árboles. No tuvieron que andar mucho. La chica se detuvo y se inclinó hurgando con la punta del pie.

—Tuanko, ven a ayudar.

Tuanko se acercó y depositó su escafandra sobre los restos de un viejo tronco de encina destruido por un rayo. La linterna de Sirio alumbraba un asa de cuerda.

—Tira de ahí, es una trapa —dijo Sirio.

En efecto, al tirar del asa se movió una pieza cuadrangular de hierro, a la cual había pegados algunos guijarros, agujas de pino y ramillas secas.

—Muy ingenioso. ¿A dónde conduce esto? —preguntó Tuanko descubriendo un negro agujero cuadrado.

—Es uno de nuestros refugios de emergencia. Nunca se ha utilizado y sólo es conocido por Lola y un par de muchachos más de nuestra célula. Espero que regresen. Si los cogieran y les interrogaran no podríamos permanecer aquí.

La linterna alumbraba unos barrotes de hierro. Tuanko cogió su escafandra y se deslizó por la escalera hasta que sus pies tocaron fondo. No era muy profunda la excavación, sólo tenía unos tres metros de altura hasta el techo. Los demás bajaron uno tras otro, haciéndolo en último lugar Sirio, que dejó caer la trapa sobre su cabeza.

La luz de la linterna alumbró un extraño lugar, espacioso y totalmente chapado de azulejos.

—Es una antigua piscina fuera de uso —dijo Sirio—. Estaba medio cegada de escombros. Nosotros levantamos algunos pilares de ladrillo, pusimos unas viejas vigas de hierro y extendimos por encima un suelo de hormigón. Luego sacamos los escombros y lo adecentamos un poco.

En realidad los Fredemo habían construido un magnífico refugio, introduciendo una cañería por la que recibían agua potable, y utilizando el viejo desagüe para armar un pequeño pabellón de madera y montar un cuarto de aseo con lavabo, ducha y retrete.

Había seis camas de muelles, una mesa y varias sillas, además de cierto número de cajones que servían de alacena y para sostener un hornillo eléctrico.

Al encender Sirio la luz eléctrica el refugio se mostró acogedor.

—¿Por dónde se renueva el aire? —preguntó Alejandro.

—A través del tronco hueco de esa vieja encina que hay sobre el techo. Podemos permanecer aquí mucho tiempo sin ser descubiertos.

—No quisiéramos tener que permanecer aquí demasiado tiempo. En realidad lo que queremos es escapar a “Valera” —dijo Tuanko.

—¿Y quién no? Desgraciadamente eso es imposible desde que “Valera” se alejó de la Tierra.

El autoplaneta “Valera” se encontraba desde hacía años girando en una órbita de satélite alrededor del gigantesco Júpiter. La distancia media de Júpiter al Sol era de 778 millones de kilómetros.

Incluso cuando Júpiter se encontraba más cerca de la Tierra, las señales de radio que partían de aquí tardaban más de media hora en alcanzar las antenas del autoplaneta “Valera”. Pero la Armada Terrícola tenía patrullas siderales situadas entre la Tierra y Júpiter. Las señales de radio que partieran de la Tierra, transmitiendo el código de un viajero desmaterializado en una “Traslator”, serían recogidas por las patrullas terrícolas quince o veinte minutos antes de que las mismas señales llegaran a “Valera”. El viajero, sobre todo si se trataba de un fugitivo, podría verse en la sorpresa de ser restituido a bordo de un buque terrícola que le llevaría de regreso a la Tierra.

Ciertamente, las señales de radio seguirían viajando y alcanzarían finalmente las antenas de “Valera”, donde otra máquina “Traslator” las interpretaría y restituiría a una persona. Mas, por aquella ley misteriosa de las “Karendón”, que sólo admitía la existencia de un alma por cada ser vivo, el individuo que apareciera en la cámara de restitución, a bordo del autoplaneta, sería idéntico al capturado por los terrícolas... pero aparecería muerto.

Ésta era la razón por la cual un fugitivo de la Tierra no podría llegar nunca a “Valera”.

—¿Qué demonios está haciendo “Valera” en un lugar tan lejano? —preguntó Virela Aznar.

Ni siquiera Tuanko conocía la respuesta a esta pregunta. Más aún, tampoco se la había planteado. Parecía lógico que los valeranos tuvieran que ir a alguna parte, ya que no eran bien vistos en los alrededores de la Tierra. ¿Pero por qué tan lejos de la Tierra?

Fue Sirio quien contestó:

—Los valeranos proceden actualmente a reforzar su Armada Sideral. Construyen un nuevo tipo de buque de combate: esferonaves de hormigón. Para fraguar el hormigón necesitaban un planeta con atmósfera. Ganímedes ofrece todas las condiciones deseadas, superiores incluso a las de la Tierra, porque allí la fuerza de gravedad es mucho menor.

—¿Cómo estás tan bien enterada? —preguntó Tuanko.

Casi involuntariamente, por la fuerza de la costumbre, la mente de Tuanko penetró en el pensamiento de Sirio.

—Lo he oído decir —contestó la muchacha después de breve vacilación.

Pero lo que Tuanko descubrió en su mente fue distinto:

—“Se lo oí decir a mi padre. Mi padre y los demás almirantes se rieron mucho, burlándose de las esferonaves valeranas.”

Es decir, el padre de Sirio estaba en relación con los almirantes de la Armada Sideral Terrícola, al menos con algunos de ellos. Tuanko había notado cierto temor en la muchacha, como si le preocupara el que su secreto fuera desvelado. Tuanko también se sintió preocupado, aunque nada dijo.

—¿Quieren comer? ¿Tal vez beber algo? —preguntó Sirio.

Nadie tenía apetito, pero todos aceptaron un jugo de frutas.

—No hablen muy alto —recomendó Sirio—. No es fácil que nadie venga por aquí a estas horas, pero tengan presente que el tronco hueco por donde se renueva el aire hace de caja de resonancia. Lo que se habla aquí abajo se escucha fuera.

—¿Por qué no hacemos guardia fuera, por turno? —sugirió Tuanko.

—No, es demasiado pronto para que la policía venga a explorar por aquí. Mañana será un día crítico, porque después de la evasión en masa de “Mohave III” la policía movilizará todos sus efectivos para darnos caza en cada casa, en cada piedra y en cada árbol de la ciudad y sus alrededores. Pónganse cómodos, quítense esas armaduras y descansen, y si pueden conciliar el sueño, mejor. Durmiendo es como más rápido se pasa el tiempo. La noche será larga.

Los Aznar se despojaron de las engorrosas armaduras, dejando cada pieza ordenadamente por si había que volver a ponérselas. Fidel Aznar se echó en una de las camas y al poco rato estaba durmiendo. Dalia y Virela también se acostaron, envolviéndose en una manta.

En su condición de tapos todos poseían una cualidad en común: podían dormir en las más difíciles circunstancias recurriendo a la autosugestión.

Sirio, después de quitarse la armadura, apagó la luz y encendió otra bombilla, cubierta de pintura azul, que sólo dejaba pasar una tenue claridad. Sacó de una de las alacenas un paquete de cigarrillos y ofreció al profesor Alejandro y a Tuanko, pero éstos rechazaron el ofrecimiento. La muchacha encendió un pitillo y con éste entre los labios empezó a desnudarse, quitándose los

pantalones y la holgada blusa gris de presidiaría.

Sin el menor rubor la chica quedó solamente con un ligero taparrabos en presencia de los dos Aznar. Bien era cierto que había escasa luz, pero de todos modos Sirio se comportaba como si estuviera acostumbrada a desnudarse en público, sin dar la menor importancia al hecho. Realmente era una muchacha muy hermosa.

Sirio dejó el cigarrillo en un cenicero, levantó la tapa de un cajón y rebuscó entre un montón de ropa, sacando unos pantalones negros y un jersey gris de cuello alto. Se vistió y tomó de nuevo el cigarrillo.

—Ese tabaco huele de una forma rara —dijo el profesor Alejandro—. ¿Qué es lo que fumas?

—Tabaco. Con un poco de hierba.

—¿Hierba?

—Quiero decir grifa.

—La grifa es una droga. ¿Por qué la fumas?

—Necesito un estimulante, después de todo lo que ha pasado esta noche y lo que todavía puede pasar.

—Tal vez la fumas habitualmente —apuntó Alejandro.

—Bueno, todos lo hacemos.

Los Aznar guardaron silencio. Sirio aplastó el cigarrillo en el cenicero y tomó su fusil de “luz sólida”, dirigiéndose al ángulo del refugio donde arrancaba la escalera de hierro.

—¿Dónde vas? —preguntó Tuanko poniéndose en pie.

—Esperaré fuera el regreso de Lola y los demás. Me ahogo aquí —dijo la muchacha.

—Iré contigo.

Sirio retiró el pie del primer escalón y se volvió a mirarle.

—No puedes salir con esa ropa tan llamativa, se te vería demasiado en la oscuridad.

En efecto, para ponerse la armadura de “diamantina” Tuanko había abandonado su disfraz de policía, quedando de nuevo con su blanco uniforme de la Armada Sideral Tapo. Por la misma razón había tenido que abandonar las botas, estando ahora descalzo.

—¿No esperamos encontrar a nadie allí fuera, verdad? —sugirió Tuanko.

—Bueno, nunca se sabe. Busca en el cajón, encontrarás alguna ropa de Mingo y Lucas.

Sirio salió sin esperar a Tuanko, dejando abierta la trapa. Buscando en el cajón Tuanko encontró unos pantalones grises y una cazadora azul, más un par de zapatillas de deporte también azules. Se despojó de sus prendas de uniforme, se puso el nuevo equipo y tomó su fusil lumínico.

Al salir volvió a colocar la trapa en su sitio. Hacía fresco en el exterior. Silbó llamando a Sirio y ésta apareció bajo la sombra de una encina.

—Ya deberían estar aquí —murmuró la muchacha mirando al cielo—. ¿Qué puede haberles pasado?

La ansiedad de Sirio era real, Tuanko pudo ver los temores de la muchacha escudriñando su pensamiento.

—¡Ahí llegan! —señaló Sirio de pronto.

En efecto, tres negras sombras parecían descolgarse del cielo. Pero no aterrizaron allí mismo, sino seguramente junto a la misma alberca donde aterrizaron Sirio y los Aznar. Al poco rato escucharon rumor de pisadas. Los matorrales se agitaron y apareció una figura fantasmal, un individuo enfundado en una recia armadura negra.

—¿Lola? —preguntó Sirio empuñando, nerviosa, su fusil.

—Somos nosotros —contestó una voz a través del amplificador de la escafandra.

Dos figuras aparecieron detrás de la primera.

—¿No os ha seguido nadie? —preguntó Sirio.

Lola Istur se despojó de la escafandra, y tras ella sus amigos lo hicieron también.

—Toda la policía de Heliópolis converge a estas horas sobre “Mohave III” —dijo Lola—. Nos vimos obligados a descender en el Parque Oeste y dejar que pasaran las tropas izrailitas y los aerobotes que volaban hacia allá. ¡Vaya, les dimos su merecido a esa chusma! Antes de dejar la fortaleza pusimos fuego a su arsenal, destruimos su centro de control y volamos las malditas máquinas “psi”. Ha sido un trabajo hecho a conciencia y pienso que todo se lo debemos a estos Aznar. ¿Dónde están los demás?

—Abajo. Vamos, estaréis cansados —dijo Sirio.

Entraron todos en el refugio, siendo Sirio la última para colocar en su lugar la trapa de hierro. Las voces y el ruido que promovían los recién llegados no lograron despertar a Fidel Aznar, ni a Dalia y Virela. Los “fredes” se despojaron de sus armaduras, haciendo

comentarios acerca de la lucha sostenida en la fortaleza. Abrieron unas latas de cerveza y brindaron alegremente por el éxito de su fuga.

—¿No quieres beber con nosotros? —ofreció Lola a Tuanko.

—No. Es más, me sorprende que bebáis. Tenía entendido que luchabais contra todas estas cosas: el alcohol, las drogas... Pero veo que también tomáis alcohol y fumáis drogas.

—No es malo tomar una cerveza de vez en cuando. Lo verdaderamente malo es que nuestra sociedad no viva más que para embrutecerse con las drogas y el alcohol, ésa es la diferencia.

—Tal vez yo sea demasiado puritano para ver dónde está la diferencia —respondió Tuanko—. ¿No tenéis familia? ¿Padres o hermanos?

—Es de suponer que los tenemos. Pero ninguno de nosotros los ha conocido —dijo Lola con cierta amargura—. Nuestras madres, si es que sabían de quién era el hijo que habían engendrado, fueron a parar al hospital del Estado. Recién nacidos la casa cuna del Estado se hizo cargo de nosotros. Nos criaron en una casa infantil, luego vivimos en una casa de los muchachos, donde nos educaron. A los dieciséis años nos sacaron un “vetatom” y a continuación nos ingresaron en el Servicio Obligatorio de Trabajo. Durante año y medio trabajamos en la industria o los servicios del Ejército. A los diecisiete y medio nos dieron la licencia y una casa para vivir. Esa ha sido toda nuestra experiencia familiar, y maldito si nos ha hecho falta conocer otra.

—Supongo que eso no ocurrirá siempre —apuntó el profesor Alejandro—. No habrá ninguna ley que prohíba a las madres tener consigo a sus hijos.

—Por supuesto que no —respondió Sirio—. Hay padres que sí tienen a sus hijos.

—De todos modos ése no es nuestro caso. Todos fuimos educados en maternales del Estado —dijo Lola.

—¿También Sirio? —preguntó Tuanko.

—Ella también.

—¿Es cierto eso, Sirio? —insistió Tuanko, y simultáneamente sintonizaba con la mente de la muchacha.

Vio Tuanko que la chica se sobresaltaba. Ella acababa de recordar las facultades excepcionales de los tapos. Tuvo miedo. Se

dijo: “Él sabe lo que estoy pensando, me ha descubierto y es inútil seguir mintiendo.”

Sirio carraspeó, se aclaró la voz y dijo:

—Yo me crié junto a mis padres.

—¡Sirio! —exclamó Lola sorprendida.

—Os he mentido. Aunque no en todo, sólo en lo relativo a mi nacimiento. ¡Pero soy leal al ideario del Fredemo, lo juro!

Lola se puso en pie y encendió la luz blanca. Los tres jóvenes “fredes” miraban al pálido rostro de Sirio.

—¿Por qué mentiste? —interrogó Lola furiosa—. ¡No es un delito haber tenido unos padres amantes que cuidaron de una en su niñez! ¿O hay algo más que no has dicho?

Los bellos ojos de Sirio se clavaron en Tuanko con una mirada de odio.

—Me has delatado. ¿Por qué no les cuentas todo lo que sabes? —dijo rencorosamente.

—No sé de ti más de lo que tú misma descubriste —respondió Tuanko—. Creo que tu padre es un almirante o está bien relacionado con ciertos altos mandos de la armada sideral.

Sirio se volvió a mirar a sus amigos.

—Bien, ya lo sabéis —dijo desafiante.

Lola saltó en dirección a ella, la asió por los hombros y la sacudió violentamente gritando:

—¿Qué es lo que sabemos? ¡Nada! ¡Ah, pero tú nos lo vas a decir todo! ¡Eres una traidora... una soplona introducida entre nosotros!

—¡No, no! —protestó Sirio.

Lola le aplicó dos rápidas bofetadas, tirándola de un empujón sobre una de las sillas. Sirio quedó sentada y se cubrió el rostro con las manos echándose a llorar.

—¡Habla! —rugió Lola plantándose ante Sirio—. ¡Defiéndete si puedes!

—Nací y me crié en la Ciudad Prohibida —dijo Sirio entre sollozos—. Mi padre es el almirante Blake, mi madre era hija de otro almirante notable, pero nos dejó cuando yo tenía ocho años para irse con otro hombre. Luego transmigró, regresó a casa y reanudó sus viejas costumbres. Estaba ebria la mayor parte del tiempo, traía a su cama un hombre distinto cada noche, y

finalmente, se divorció de nuevo para ir de un lado a otro. Aunque conservando ciertas apariencias, mi padre no era mucho mejor. No tomaba drogas, pero bebía continuamente. Las fiestas en la Corte eran continuas, unas veces en casa de los amigos íntimos y una vez a la semana en nuestra casa. No eran fiestas corrientes como acostumbra a correrlas la gente llana, aquello eran orgías... auténticas bacanales, donde hombres y mujeres acababan desnudos, haciéndose el amor sobre las mesas, los divanes y el suelo... A los catorce años, en una de esas fiestas, un hombre borracho entró en mi habitación y me violó. Mis ideas acerca del amor eran que debía tratarse de algo bueno, puesto que todos lo hacían. Pero la brutalidad de aquel hombre me hizo verlo de otro modo, porque yo no gocé en absoluto, y en cambio sentí una profunda repugnancia que habría de persistir en mí cada vez que un hombre me proponía ir con él a la cama. Probablemente aquel incidente modificó mi carácter. Fui una chica introvertida, que huía de las fiestas y prefería la soledad de mis pensamientos. No tomaba drogas ni alcohol, y desde mi perspectiva miraba todo cuanto se movía a mí alrededor y lo veía banal, estúpido y sin sentido. Mi padre, naturalmente, transmigró, al menos una vez, mientras yo crecía. Una de las ventajas de las familias de "clase", si es que puede llamarse así, es que para conservar su rango nuestros padres tienen que asumir todas las responsabilidades y compromisos adquiridos en su vida anterior. Entonces seguimos conservando nuestros padres y su afecto. ¿Pero qué afecto puede dedicar a sus hijos un padre ocupado en las intrigas de la política, en fiestas y en misiones propias de su cargo?

Sirio, ya serena y sin lágrimas, levantó el rostro para mirar con franqueza a los ojos de sus amigos. Lola Istur miró a su vez a Tuanko Aznar y éste asintió con la cabeza.

—Lo que dice es verdad —reconoció Tuanko—. Aunque la verdad es todavía peor de lo que ella es capaz de expresar con el lenguaje. Esta chica lo ha pasado muy mal.

—Gracias —dijo Sirio con una seca inclinación de cabeza.

—¿Escapaste de tu casa? —preguntó Lola.

—La ley no exime a los habitantes de la Ciudad Prohibida de cumplir sus deberes para con el Estado —continuó Sirio—. Pero es obvio que, teniendo a mano las mejores influencias, una muchacha

puede quedarse tranquilamente en casa mientras su nombre figura en el rol de un buque de guerra o en un servicio donde no ha estado jamás. Yo insistí en hacer mi servicio obligatorio de trabajo. Me recomendaron para que fuera a parar a un crucero de la armada donde el comandante era un amigo de mi padre. En la armada sideral las cosas son un poco distintas. Pese a que los oficiales se emborrachan a diario y algunos ingieren drogas, existe como un cierto sentido de responsabilidad. Los oficiales, pese a su poco edificante ejemplo, insisten en mantener cierto grado de disciplina, sin la cual sería imposible que una armada funcionara como tal. Tomé parte en una larga patrulla de tres meses. La contemplación del espacio me devolvió la serenidad. Me hizo ver cosas que hasta entonces no había comprendido, cosas como la inmutabilidad de las estrellas, la brevedad de la vida del hombre y la ridícula pequeñez de éste ante la inmensidad del Universo entero. Cuando finalmente me licenciaron, al desembarcar, no quise regresar a mi casa. Fue entonces cuando te conocí a ti, Lola. Todo lo demás lo conoces tan bien como yo, pues desde entonces no nos hemos separado.

Todos guardaron silencio, hasta que Tuanko habló y dijo:

—Bueno, parece que todo está aclarado. Con franqueza, me preocupaba que Sirio pudiera ser una espía introducida en vuestro Fredemo, pero ahora sé que nunca fue así. Le ofrezco excusas por haber pensado mal.

Poco después Tuanko dormía profundamente, como si nada de cuanto ocurriera en el mundo tuviera la menor importancia para él. Los “fredes” en cambio no pudieron pegar ojo en el resto de la noche.

* * *

La radio estatal, en su primer boletín de noticias del día siguiente, informó sucinta y parcialmente de los incidentes de la noche anterior:

“En las últimas horas de la noche de ayer, algunos miembros de la facción terrorista Fredemo lograron evadirse de la fortaleza-prisión Mohave III.”

Al parecer esta era la norma del Estado totalitario. La nación vivía en un perpetuo engaño, convencida de que los graves defectos

que observaba a su alrededor eran de incidencia puramente local y no afectaban al resto del planeta. Aquí nunca ocurrían cosas; el mundo vivía feliz.

Todo era distinto, sin embargo, cuando uno salía a recorrer la ciudad y miraba a su alrededor con ojo crítico. Tal vino a ser el caso de Tuanko Aznar, cuando por la tarde acompañó a Lola Istur al almacén en busca de provisiones. Mingo y Lucas ya habían estado por la mañana, pero como eran tantos en el refugio necesitaban cargar más comida, y no convenía repetirse en el mismo almacén, a cuyas puertas siempre había por lo menos una pareja de la policía izrailita, y un cabo o un sargento “de verdad”.

Con la fuga en masa de los “fredes” de “Mohave III” se habían extremado en toda la ciudad las medidas de vigilancia, pero al menos el grupo de Lola tenía la ventaja de haber escapado antes de que ninguno de sus miembros fuera interrogado y fichado. La Policía no era, al fin y al cabo, más eficiente que otros organismos. Las deficiencias eran graves dondequiera que se mirara.

Las máquinas “Karendón”, generadoras de un fabuloso caudal de riqueza, habían sustituido hacía tiempo a la industria tradicional y proveían generosamente de todos los elementos que una sociedad mimada consideraba indispensables. Alimentos, ropas y calzado, electrodomésticos y equipo era producido por las “Karendón” en cantidades monstruosas. Y sin embargo, los almacenes de la Intendencia estatal estaban mal surtidos.

La negligencia lo dominaba todo y así, mientras a un almacén llegaban partidas abrumadoras de zapatos, en otros había carencia de ellos y sólo se encontraba un tipo determinado de camisas.

La Administración, llevada de cualquier forma por jóvenes en período de cumplir el Servicio Obligatorio de Trabajo, incurría en los más absurdos disparates. Pero esta situación no era exclusiva de la burocracia. Las “Karendón”, que surtían de todos los materiales necesarios, no tendían las líneas del ferrocarril suburbano ni cuidaban de su mantenimiento. Tampoco atendían a la reparación ni mantenimiento de las conducciones de agua, ni a la construcción de alcantarillas, ni a la limpieza de las estaciones depuradoras, ni a la construcción de nuevas viviendas con que reemplazar a las que se caían de viejas.

—Algunos servicios indispensables, como la atención de los

reactores nucleares y plantas de energía, tienen que ser encomendados a obreros izrailitas —dijo Lola Istur.

—¿Por qué no empleáis también robots en la limpieza de calles y construcción de edificios? Las cosas, de seguro, estarían mejor atendidas —sugirió Tuanko.

—Ya hay demasiados izrailitas haciendo por nosotros demasiadas cosas. La verdad es que cada vez dependemos más de esos monstruos cibernéticos, lo cual no deja de ser un peligro. Siguiendo por este camino, puede llegar un día que los izrailitas, acumulando conocimientos y experiencias, miren a su alrededor y se digan “¿por qué servimos a esta estúpida Humanidad, si nos bastamos y sobramos nosotros mismos?”. Según una leyenda, ya existen precedentes de que eso haya ocurrido.

—No es una leyenda, un caso parecido ocurrió hace tiempo. Pero más reciente tenemos el caso de la rebelión de los robots, en la guerra de “Valera” por la reconquista de Atolón. Lo malo de Izrail es que es un robot demasiado perfecto. Los hombres que hicieron a Izrail, los viejos bartpures, jamás confiaron en él —dijo Tuanko.

—Por supuesto, el propósito del Estado es no permitir que los humanos quedemos en una situación de dependencia absoluta respecto de los izrailitas. Pero la tentación es demasiado grande. En la Ciudad Prohibida, por ejemplo, la elite gobernante da ejemplo de lo que no debe hacerse sosteniendo una numerosa servidumbre formada exclusivamente de izrailitas.

La servidumbre había sido totalmente abolida en la Tierra, como en el planetillo “Valera” y el Estado que surgió en el circumplaneta Atolón. Pero probablemente la tentación de disfrutar de criados dóciles y eficientes era demasiado grande.

Según Lola Istur, el más grave pecado de la sociedad actual era su falta total del sentido de la responsabilidad. Repitiéndose en sí mismos cada quince o veinte años, los terrícolas eran una nación eternamente joven.

Si se consideraba que con cada nueva reencarnación los terrícolas estaban obligados por la Ley al trabajo por dieciocho meses al servicio de la comunidad, saltaba a la vista que debería sobrar mano de obra para atender a las mil tareas de una sociedad entregada al más alocado despilfarro. Sin embargo, en la práctica, faltaban manos y cerebros para cubrir incluso las necesidades más

imperiosas.

Lo que Tuanko Aznar vio en su paseo fue una ciudad sucia y desaliñada, donde abundaban las casas en ruinas o abandonadas, donde el ferrocarril suburbano funcionaba con retrasos y parones, donde se producían interrupciones en el servicio de suministro de electricidad, donde los parques estaban descuidados y cubiertos de papeles y bolsas de plástico, donde los accidentes mortales y las víctimas por reyertas eran superiores a las muertes que se habrían producido en condiciones normales con el óbito de las personas ancianas y enfermas.

Nadie cumplía con sus deberes. La mayoría de la gente eludía con mil argucias el Servicio Obligatorio de Trabajo. El absentismo era una lacra nacional. La gente no acudía al trabajo y los primeros en faltar eran los capataces encargados del control de los trabajadores. En los lugares donde por suerte coincidían capataces e ingenieros, el trabajo se realizaba de cualquier manera y con una lentitud desesperante. Los turnos, que duraban de las nueve de la mañana a la una de la tarde, nunca cumplían el horario. Los operarios bebían en el trabajo, se caían de los andamios, se ahogaban en las zanjas, sufrían electrocuciones por impericia y descuido, o simplemente quedaban dormidos bajo los efectos del alcohol o las imprescindibles drogas a las que estaban habituados.

Aquí no existía, como en “Valera” y en los modernos estados de Atolón, una elite de personas responsables que asumían la dirección de las obras, el funcionamiento de los hospitales y la industria, la investigación y el desarrollo, sin otro estímulo que la satisfacción íntima del trabajo bien realizado. Las elites de los Estados terrícolas no cumplían las obligaciones que se suponía debían atender. Dedicados a sus francachelas los científicos no investigaban nuevas técnicas, los técnicos no acudían a sus despachos, la Administración funcionaba por su propia inercia, encomendada a jovenzuelos sin responsabilidad, que imitaban a sus superiores y tampoco acudían a la oficina...

Los Estados Unidos Terrícolas eran una total anarquía donde se cumplía el viejo sueño de la Humanidad de hacer cada uno lo que le diera la gana. En realidad, casi ni se comprendía cómo aquel enorme manicomio seguía funcionando.

—Funciona —admitió Lola Istur—. Sólo que ya se ven claros los

indicios de un total colapso.

—¿Pero es que nadie ve que vais camino de la ruina? —preguntó Tuanko maravillado.

—Naturalmente, muchos lo ven... en sus momentos de lucidez, cuando no están borrachos o drogados, o cuando no están gritando en las gradas del estadio o pendientes de un programa de televisión. Entonces esa gente piensa que esto hay que arreglarlo... y lo dejan para empezar mañana.

—Este mundo debería saber que mientras aquí se divierten en orgías y francachelas, en Atolón los thorbod se preparan para la conquista del Universo. Vosotros, el Fredemo, deberíais utilizar este hecho como elemento de propaganda. Tal vez si la Tierra conociera el grave peligro en que se encuentra, despertara de este largo letargo y sintiera algún estímulo —sugirió Tuanko.

—Naturalmente, vamos a utilizar ese argumento para sacudir la pereza de esta estúpida sociedad. Si eso no les levanta la moral, no sé qué otra cosa pueda despertarles. Lo malo es que para asumir tan graves responsabilidades, necesitaríamos cambiar de arriba abajo nuestros gobiernos. Pero los gobernantes se van a resistir a abandonar su posición de privilegio, querrán hacerlo ellos mismos, y sabemos que esa gente inútil no nos sirve.

Los dos jóvenes, cargados con sus paquetes, iban andando por un serpenteado y pintoresco camino de asfalto en dirección al cerro donde empezaban a encenderse las luces de las casas medio escondidas entre la arboleda.

A sus espaldas, el sol se ponía tras las montañas encendiendo de púrpura y oro las perezosas nubes en una cálida tarde de primavera.

CAPÍTULO VIII

La Aesfación del poder Aznar privó a esa fuerza que habían sido privado de un valioso elemento de negociación, casi no se comprendía el obcecado empeño en combatir a un solo hombre, el Almirante Aznar. La razón había que buscarla en el hecho de que Miguel Ángel Aznar, más que hombre, era un símbolo. Era la representación de un orden, de un estilo y un estado de conciencia que los detentadores del poder eran incapaces de imitar.

Durante más de una semana, fuerzas de la policía militar peinaron prácticamente la ciudad en busca de los fugitivos. Muchos miembros del Fredemo evadidos de “Mohave III” fueron capturados de nuevo e ingresados en las celdas de las que habían escapado. Pero el sistema de células o compartimientos estancos en que estaba organizado el Fredemo estaba dando un magnífico resultado. Nadie podía delatar a los Aznar, por la sencilla razón de que nadie conocía su escondrijo.

La policía, en sus batidas, llegó por dos veces al bosquecillo donde se ocultaban los Aznar, pero siempre centrando su atención en las casas en ruinas abandonadas de los alrededores.

En una ocasión, los batidores estuvieron tan cerca, que el roce de unos pies sobre la trapa que cubría la entrada al refugio puso los pelos de punta a la gente que se encontraba agazapada debajo. Siempre que la policía anduvo cerca, Fidel Aznar hizo un esfuerzo mental para influir psíquicamente en los oficiales que mandaban la fuerza y enviarles a buscar en los sótanos de las próximas casas.

Claro que nunca se sabría si las facultades paragnósticas del “bundo” tuvieron alguna influencia en la policía. Lo único cierto fue que no les descubrieron.

Al cabo de ocho días, los alimentos se habían terminado y los evadidos empezaban a sentir los efectos de su prolongado encierro,

casi siempre en silencio, sin atreverse a cocinar por temor a que el olor de la comida atrajera a alguien hacia el viejo tronco de encina que les servía de respiradero. Pero el susto mayor lo recibieron de unos niños que vinieron a jugar por las inmediaciones y pisaron repetidamente la plancha que cubría la entrada del refugio.

Durante todo este tiempo, su único contacto con el mundo exterior era el pequeño receptor de radio, que escuchaban con los auriculares puestos. Pero nada de interés decía la radio, la cual seguía ignorando tanto a los Aznar como a los trescientos millones de tapos llegados a bordo del autoplaneta “Hermes”.

La política, manejada desde las altas esferas del Poder, no trascendía a la nación, que tampoco se ocupaba de estas cosas en su estado de indolente postración.

La urgente necesidad de proveerse de alimentos impulsó a los “fredes” a correr el riesgo de una salida hasta el almacén. Tuanko, entre otros, era contrario a esta salida. Lola dijo:

—Ni siquiera los jerarcas de este país son constantes en sus esfuerzos. Apuesto a que hasta han abandonado ya la búsqueda. Pero si ellos no se han cansado, los jefes y oficiales de la policía ya deben estar más que hartos de husmear, de indagar e interrogar.

Lola Istur conocía bien la psicología de los altos mandatarios. Salió con Lucas, regresaron cargados de paquetes al atardecer e informaron:

—Todo está tranquilo. Durante una semana los ciudadanos tuvieron que andar prácticamente con la tarjeta de identidad entre los dientes. Pero ya pasó todo. Nos encontramos con un viejo conocido de “Mohave III”, Circonio. Quedamos en reunirnos esta noche. Hay que empezar a actuar, ahora que ha cedido la ofensiva de la policía.

En efecto, aquella noche Lola Istur, Sirio y los dos muchachos abandonaron el refugio y no regresaron hasta bien entrada la mañana siguiente, teniendo en vilo a los Aznar por lo que pudiera haber sido de todos ellos si los “fredes” llegaban a caer en manos de la policía.

Los “fredes” durmieron todo el resto de la mañana y parte de la tarde, comieron y volvieron a salir.

—Tendremos que acostumbrarnos a sufrir mientras ellos estén fuera —dijo Dalia Aznar—. Estos muchachos no pueden estar

quietos.

—Es natural que sea así —dijo Fidel Aznar—. No tenemos derecho a coartar sus movimientos. Después de todo, lo que ellos hagan no nos preocuparía si no fuera porque al arriesgarse ponen en peligro nuestra propia seguridad.

Ésta era la estricta y pura verdad. Pero los Aznar no podían despreocuparse de las andanzas de los “fredes”, pues mientras éstos estaban fuera del refugio nunca podían saber si el próximo ruido que escucharan no sería de la policía que venía a buscarles.

Lola, Sirio y los muchachos no sólo no regresaron aquella noche, si no que tampoco lo hicieron durante el día siguiente. Tuanko, con los nervios de punta, optó por salir del refugio y esperar fuera vigilando. Hasta pasadas las doce no aparecieron Sirio y Mingo. Ambos venían tambaleándose, apoyado uno en el otro como si estuvieran borrachos.

—¿De dónde demonios venís? ¿Dónde están Lola y Lucas? —preguntó Tuanko de mal talante.

—Tuvimos un tropiezo con la policía —dijo Mingo con voz entrecortada—. Ayúdame, Sirio está herida.

—¡Oh, maldición! A buen seguro los demás han sido capturados. ¿No es cierto?

—No, nadie ha sido capturado. Lucas murió y Lola no pudo venir porque tenía otra cosa que hacer. ¡Vamos, ayúdeme! —dijo Mingo tendiéndole su fusil lumínico.

Tuanko emitió un mensaje telepático a su padre y a su tío para que salieran a ayudar. Sirio acababa de desmayarse.

Introducida en el refugio, Sirio fue tendida sobre la mesa, con un par de cajones en los pies para mantener la horizontalidad rápidamente Adler Ban Aldrik encendió la luz blanca y se inclinó sobre la muchacha, cuya camisa aparecía empapada de sangre bajo el seno derecho y todo el costado.

—Tuanko, alcánzame esta botella de whisky que hay por ahí y échamelo en las manos —dijo el “bundo”.

—¿Es grave? —preguntó Tuanko mientras vertía el whisky en las manos de su tío.

—La bala le entró por el extremo del pulmón, con trayectoria ascendente para alojarse en el omoplato derecho. Ha perdido mucha sangre.

—¿Vas a operarla?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Hay que cicatrizar esa herida y extraerle el proyectil. Dalia, quítale la camisa a la chica. Y tú, arremángame esta manga.

Descubierto el tórax, Fidel se inclinó sobre Sirio y puso su mano en el costado derecho de la muchacha. Su mano manipuló hábilmente, hundiéndose en la carne entre las costillas. La carne se abrió y toda la mano, la muñeca y parte del antebrazo del “bundo” penetró en la caja torácica.

La medicina y la cirugía de los monjes “bundo” de Bartpur utilizaban una técnica singular, incomprensible para los doctores terrícolas, que solían calificarla de “prácticas de curandero”. La mayor parte de esta técnica consistía en la aplicación de la fuerza del pensamiento, llamándose metafanismo (también hiloclastia). De alguna forma misteriosa, Fidel Aznar era capaz de abrir y cerrar venas y arterias, cicatrizar heridas, extirpar tumores, soldar huesos rotos y operar sobre nervios enfermos, lesionados o inactivos. Raramente en sus operaciones utilizaba otra herramienta que sus propias manos.

Mientras Fidel Aznar operaba sobre Sirio, el sorprendido Mingo relataba lo ocurrido. Unidos a otro grupo de “fredes” habían sustraído una máquina impresora de los sótanos de la Biblioteca Nacional. Ya habían conseguido lo más difícil, cargar la máquina en un aerobote sin ser vistos, cuando al volver por los fardos de papel fueron sorprendidos por una patrulla de la policía militar. En el combate que se entabló, Lucas resultó muerto y Sirio fue herida, antes de que los “fredemos” liquidaran a los izrailitas y logran huir en un par de aerobotes.

—Como ocurre siempre en estos casos, no podíamos llevar a Sirio a un hospital, pues allí dan parte a la policía y Sirio habría sido detenida. No sabíamos qué hacer con la pobre Sirio, hasta que Lola recordó haber oído que uno de vosotros era médico. Los compañeros nos llevaron hasta cerca de aquí en un aerobote, pero una vez en tierra Sirio pareció empeorar y pensé que no llegaría con vida al refugio.

—Ella ya está a salvo —dijo Fidel Aznar dejando caer un objeto pesado sobre un cenicero—. Dalia, límpiale esa sangre y vístela. No disponemos de medios para hacerle una transfusión, pero creo que

se repondrá. Es joven y fuerte.

Mingo miró el desnudo torso de Sirio. No quedaba huella ni cicatriz en el lugar donde Fidel Aznar había introducido su mano.

Lola Istur regresó al refugio al amanecer. Halló a Sirio sentada tomando un jugo de fruta en compañía de Mingo y Tuanko mientras que todos los demás dormían. Aunque débil por la abundante pérdida de sangre, Sirio se encontraba perfectamente según manifestó:

—Lola, esta noche hemos estado en grave peligro de ser capturados por la policía —dijo Tuanko—. Lo estaremos cada noche que vosotros abandonéis el refugio. En adelante yo saldré con vosotros.

—¿Cuál es la diferencia? —replicó Lola—. Tú mismo estarás en riesgo de ser capturado o muerto.

—Nada podré hacer si me matan, pero si me capturan podré enviar un mensaje telepático a los míos para que se pongan a salvo abandonando esta guarida.

Lola Istur lo pensó unos instantes y luego asintió:

—De acuerdo. Lucas ha caído, tú ocuparás su lugar.

Aquella tarde Tuanko y Virela salieron con Lola para ir en busca de provisiones a uno de los almacenes de la Intendencia del Estado. De regreso visitaron una casa donde vivían dos muchachas del Fredemo. Era aquí donde había sido llevada la máquina impresora sustraída de la Biblioteca Nacional. El propósito del Fredemo era cubrir la ciudad de octavillas informando al público de la fuga de los Aznar y de la misión que había traído a éstos a la Tierra.

La gente no se lo va a creer —dijo Lola después de leer una de las octavillas de prueba—. La verdad es que los valeranos podrían echarnos una mano, simplemente trayendo más cerca su autoplaneta y volviendo a aquellas emisiones de radio de otro tiempo.

El tiempo al que se refería la muchacha se remontaba a dieciocho años atrás, y Lola no podía recordarlo porque entonces era un bebé de un año de edad. Eran los tiempos en que todavía era posible evadirse de la Tierra, desmaterializándose en una “Traslator” para ser restituidos en aquel otro mundo tan distinto que era “Valera”. Ahora, por el contrario, escapar de la Tierra era imposible.

Lola y los Aznar regresaron ya anochecido al refugio, utilizando el aerobote de las chicas. Comieron en el refugio y regresaron a la improvisada imprenta con Mingo. Durante el resto de la noche trabajaron en el sótano de la casa confeccionando millares de octavillas, mientras un par de ellos se turnaban en la vigilancia en el exterior. Las otras chicas del Fredemo no conocían el lugar del refugio de los Aznar, ni querían saberlo.

En vez de regresar al refugio, Tuanko se quedó con Mingo y Lola en la casa. Demasiadas idas y venidas podían despertar la curiosidad de los vecinos de la colina, especialmente durante el día.

Aquella mañana la policía anduvo cerca de la casa de Mara y Celia. Un vecino, bajo los efectos de las drogas, degolló a su amiga en un rapto de locura.

—¿Qué van a hacer con él? —preguntó Tuanko cuando la policía se llevaba al homicida—. ¿Le juzgarán y le condenarán?

—No, claro que no. ¿Qué objeto tendría hacerlo? Ese hombre no era dueño de sus actos.

—Pero ha matado a su mujer.

—Evidentemente. Son cosas que ocurren todos los días. Le harán transmigrar, harán un estudio de su comportamiento por medio de la “Psí” y si es necesario le reeducarán el carácter.

—¿Nada más? ¡Vaya! ¿Cuántas muertes violentas ocurren al día en esta sola ciudad?

—Cientos de ellas, es el signo de nuestro tiempo.

—Pues a este paso, aún con las transmigraciones, se va a despoblar la ciudad —observó Tuanko.

—En efecto, aunque lentamente, la población del mundo está en recesión. La gente evita el tener hijos. Son muy molestos, eso es lo que dicen —afirmó Lola.

—¿Cómo van a ser molestos, si ya recién nacidos los enviáis a la Casa de Natalidad del Estado?

—Sí, eso es lo que suele hacerse. Aunque no en todos los casos. De vez en cuando, algunas mujeres desean tener hijos. Yo misma quisiera tenerlos, aunque no en este ambiente de perversión y violencia. Tal vez algún día, si logramos hacer cambiar esta sociedad, o si consigo emigrar a “Valera”... En fin, ya veremos.

Aquella noche, desde un aerobote en vuelo, los Fredemo sembraron la ciudad de octavillas. El aerobote dejó a Lola, a Tuanko

y Mingo en un lugar distante de su refugio. Con el ferrocarril suburbano hicieron el resto del viaje.

Tuanko se esforzaba por coger el acento del castellano que actualmente se hablaba en la Tierra. Lo hacían tan bien que Lola Istur consideró la conveniencia de conseguir una tarjeta de identidad para él.

—Ya de paso las hacemos para todos los demás —dijo Lola.

Naturalmente, se trataba de falsificaciones. Los Fredemo eran unos verdaderos artistas en este menester. Todos tenían más de una tarjeta de identidad, documento sin el cual era casi imposible moverse con libertad en Norteamérica.

Una semana más tarde, cuando los Aznar ya llevaban tres en el refugio, vino Lola Istur con un rumor:

—El autoplaneta “Valera” ha abandonado su órbita de satélite alrededor de Júpiter y viene hacia la Tierra.

—¡No! —exclamó Tuanko alborozado. Y luego—: ¿Cómo lo has sabido? ¡La radio no ha dicho nada!

—Esa es la costumbre. Probablemente los terrícolas no conocerán la noticia hasta que vean por sí mismos a “Valera” brillar en el cielo. Se trata de un rumor, sí. Pero puede que sea verdad. Se han cancelado los permisos y se ha llamado a los astronautas para que se presenten en sus unidades. De confirmarse la movilización, es que “Valera” viene hacia acá.

La noticia, aun a falta de ser confirmada, llenó de júbilo y emoción a los Aznar. De entre todos, solamente Fidel había conocido de verdad el planetillo. Los demás nacieron en el circumplaneta Atolón posteriormente a la fecha en que “Valera” emprendiera viaje a la Tierra.

Aquella noche, mucho tiempo después de que todos se hubieran dormido, Tuanko Aznar continuaba despierto soñando en el autoplaneta “Valera”.

¡Autoplaneta “Valera”! ¡Cuántos recuerdos emocionados era capaz de evocar este solo nombre! Las raíces de la familia Aznar estaban tan profundamente clavadas en aquel planetillo que no era posible mencionar a unos sin hablar del otro. Casi podía decirse que los Aznar hicieron el autoplaneta con sus manos. Ellos le dieron un nombre, le señalaron un camino, le confiaron un destino. Generaciones de Aznares nacieron en “Valera”, vivieron en él,

lucharon y murieron en él.

Volver a encontrar a “Valera” era para un Aznar como volver a encontrarse a sí mismo, retornar al escenario donde se desarrolló el gran drama épico de sus más gloriosas hazañas; viajes a mundos exóticos, titánicas empresas, riesgo, aventura y emoción.

El autoplaneta “Valera” era un planetillo hueco de dimensiones ligeramente menores que la Luna. Pese a su tamaño y ser hueco, su masa era todavía mayor que la del globo terráqueo debido a la extraordinaria densidad de la materia de la que estaba constituido: la “dedona”. Ésta tenía la propiedad de cambiar de polaridad al ser inducida eléctricamente, con lo cual creaba un campo de fuerza antigravitacional.

Equipado de gigantescos motores y ayudado de su propio campo antigravitacional, el planetillo era capaz de romper su propia inercia y moverse en el espacio, acelerando hasta alcanzar velocidades que, en determinadas condiciones, podían superar la de la luz.

Este planetillo extraordinario, transformado en cosmonave, era en sí mismo un mundo. En los 20 millones de kilómetros cuadrados de su superficie interior, equivalente a la de Sudamérica, vivían los valeranos. En sus hábitos, como en el ambiente que les rodeaba, los valeranos desarrollaban su existencia ni más ni menos que como los habitantes de otro planeta cualquiera. Su atmósfera, formada por 200 millones de kilómetros cúbicos de oxígeno y nitrógeno, era renovada y enriquecida por 17 millones de kilómetros cuadrados de bosques. Sus mares interiores retenían un millón de kilómetros cúbicos de agua, que cubrían algo más de dos millones de kilómetros cuadrados formando sus mares interiores.

La luz y el calor que recibían los valeranos procedían de un globo de 25 kilómetros de diámetro, especie de lámpara solar alimentada por dos reactores nucleares, que se sostenía inmóvil en el centro del vacío interior, donde las fuerzas de atracción se neutralizaban unas a otras.

“Valera” no era solamente una gigantesca cosmonave. Era a la vez una fortaleza inexpugnable y un buque porta-aeronaves. Su férreo caparazón estaba defendido por millones de proyectores de “luz sólida” y rampas lanza-misiles. Su dotación de buques de combate había variado mucho con el transcurso del tiempo,

tendiendo a disminuir en número a medida que los progresos tecnológicos aumentaban la potencia ofensiva de sus unidades.

La fuerza de ataque del planetillo reunía tal poder destructor, que con razón se había dicho de sus almirantes, los Aznar, que eran como reyezuelos de un pequeño mundo, cuyo peso abrumaba incluso a los más poderosos imperios.

En efecto, “Valera” pesaba mucho. Sus almirantes tuvieron durante siglos la facultad de poder quitar y poner gobiernos, de dictar su política y de imponer sus propias ideas. Los Aznar lo hicieron alguna vez. Pero juzgando en conjunto, su gobierno fue mucho más justo, y su gestión más beneficiosa de lo que solían decir sus detractores.

Era muy difícil juzgar una acción a través de las páginas de la Historia. Para entender ciertas actitudes habría que trasladarse a la época y vivir junto a los hombres que la vivieron los difíciles momentos de una toma de decisión. Por ejemplo, si “Valera” intervenía hoy en la política de la República Terrícola, algún día se diría de los valeranos que su intromisión fue nefasta, y, en último extremo, ilegal. Tal vez fuera cierto, los valeranos no tenían derecho alguno a entrometerse en la vida de los terrícolas. Una actitud democrática sería dejar que los terrícolas se autodestruyeran. Pero un hombre como el Almirante Aznar contestaría esto: “es como si un hijo mío estuviera en un puente con una soga y una pesada piedra atada al cuello mirando al agua. Sé que va a arrojarse al río. Puesto que es mayor de edad, tiene sin duda el derecho a decidir por sí mismo y suicidarse si le da la gana. De acuerdo, pero como padre suyo no puedo permitir que lo haga. Aunque me tachen de antidemocrático, lo impediré si puedo.”

CAPÍTULO IX

En la noche “Valeros” era visible para los terrícolas brilladora, el autoplaneta “Valeros” era visible para los terrícolas brilladora, el firmamento nocturno como una estrella de primera magnitud. Cuando se detuvo, a seis millones de kilómetros de la Tierra, tenía el tamaño aparente de una naranja.

La proximidad de “Valera” ejercía un efecto perturbador sobre la Tierra, tanto en lo que se refería a la periodicidad y magnitud de las mareas, como a la actividad volcánica. El Estado terrícola no podía seguir ignorando el autoplaneta, y la radio y la televisión iniciaron una violenta campaña de insultos y censuras contra los valeranos. “Valera”, a su vez, rompió su prolongado mutismo para hablar a los terrícolas.

Incluso desde seis millones de kilómetros, las potentes emisoras del planetillo hacían llegar sus señales de radio y televisión hasta los receptores terrícolas. Pero la interferencia de las emisoras del Estado Tierra hacían imposible la recepción de las imágenes de televisión, si bien fracasaron en su intento de hacer lo mismo con la radio. Prácticamente en cualquier longitud de onda, donde los terrícolas movieran el dial de sus receptores, aparecía la voz de “Valera”.

Entre el persistente pitido de las interferencias, los Aznar pudieron escuchar primero el himno nacional de “Valera” y a continuación la voz de una locutora presentando al presidente de la República de Valera.

Habló el presidente, quien dijo dirigirse a la nación terrícola “después de haber agotado los cauces de entendimiento directo con el Gobierno Federal”.

Dijo que los valeranos no deseaban provocar un conflicto armado cuyas consecuencias serían ruinosas para todos. Las diferencias ideológicas que separaban a valeranos y terrícolas no

estaban superadas. No obstante, los valeranos renunciaban a intervenir en los asuntos domésticos de los terrícolas.

En otras cuestiones, sin embargo, puso el presidente un acento de energía. El Estado terrícola retenía contra todo derecho los “vetatoms” de trescientos millones de tapos y casi cuarenta millones de renacentistas, capturados junto con la esferonave “Hermes” cuando ésta se dirigía en embajada pacífica a la Tierra. También retenía a aquellos terrícolas que por razones ideológicas desearían exilarse en “Valera”, buscando en su nueva patria un modo de vida más acorde con su carácter y su particular modo de ser. El Estado terrícola debería considerar cuidadosamente las justas reclamaciones de “Valera” antes de dar una respuesta definitivamente negativa.

Dijo que, los últimos y graves acontecimientos de Atolón requerían el regreso inmediato del autoplaneta. Los Hombres Grises, los temidos thorbod, acababan de invadir el circumplaneta, forzando a los tapos a acudir a la Tierra y a los valeranos en demanda de ayuda.

—“No se trata simplemente de ayudar a los tapos a recuperar su perdida patria —siguió diciendo el presidente—. El problema es de mucho mayor alcance. Los thorbod, que han tenido un millón de años para multiplicarse y construir un autoplaneta de características semejantes a las de “Valera”, son una raza de lenta progresión. No obstante, gracias a las máquinas “Karendón”, que también conocen, su penosa labor procreadora se ve compensada con un alargamiento prácticamente ilimitado de la vida. A través de sucesivas reencarnaciones el Hombre Gris no sólo vive más tiempo; también multiplica las ocasiones de engendrar nueva descendencia. Los thorbod están en Atolón. Ciertamente el circumplaneta es enorme y todavía tardarán siglos en agotar los fabulosos recursos de aquellos mundos. Pero tal vez los thorbod no esperen tanto para dar el próximo salto. Los thorbod aspiran al dominio universal. Esa es su pretensión y nunca lo han ocultado. El único enemigo que se les opone en esta galaxia son los terrícolas. Por lo tanto, el próximo salto será sobre la Tierra. Los valeranos, conscientes del peligro que a todos nos amenaza, han aceptado regresar a Atolón y enfrentarse al poder militar de los thorbod, antes que éste nos supere tan ampliamente que no podamos contenerle. Los valeranos han

asumido su responsabilidad, pero los terrícolas deben asumir la suya propia. Ésta no es una lucha personal de “Valera”, todos estamos implicados en ella, porque la amenaza nos cubre a todos como un negro nubarrón. Se necesita del esfuerzo de todos, de los terrícolas también. “Valera” debe reforzar su Armada antes de regresar a Atolón, pero los valeranos no podrán hacer mucho por sí solos. Esperamos la colaboración de la Tierra. Esperamos que permita el regreso de los tapos y renacentistas, cuya presencia tan necesaria nos es en estos momentos. Y esperamos que los gobiernos federales accedan a permitir que vengan a “Valera” todos aquellos terrícolas que aspiren a sumarse a nuestra expedición.”

La alocución se cerró con el himno nacional de “Valera” y continuó con un recital de marchas militares. En su refugio, los Aznar y los “fredemos” comentaron el discurso.

—Mucho me temo que los valeranos reciban la llamada por respuesta —dijo Sirio—. Como mucho les devolverán la esferonave con sus rollos de “vetatom”, pero nada de buques de guerra ni otro material.

—¿Por qué? —protestó Tuanko.

—Nuestros oligarcas cederían sin reparo hasta el último buque de combate, a condición de que tuvieran la seguridad de que los valeranos iban a marcharse sin intentar introducir cambios en los asuntos domésticos de la Tierra. Pero aunque los valeranos hicieran firme promesa de no intervenir, nuestra oligarquía no confiaría. Ellos pensarán que, estando todos los ases en manos de los valeranos, éstos no podrán resistir la tentación de venir a poner orden aquí abajo. Pero cualquier medida de orden que se adoptara tendría que afectar forzosamente a la composición del Gobierno. En otras palabras, se impondría un cambio. Nuestros oligarcas, confortablemente arrellanados en sus poltronas, no admitirán eso.

—El pueblo les echará.

—No. ¿Por qué habría de hacerlo? El pueblo tiene lo que quiere. Pidió alcohol y le dieron alcohol. Quiso drogas y le dieron drogas. Siempre fue así... En todo tiempo la política ha sido eso, una pugna entre lo que la masa exige y lo que los gobiernos pueden dar. El pueblo pide, y los gobiernos ceden para mantenerse en el poder. Si los gobiernos se resisten, llegan otros políticos y prometen nuevas libertades. ¡Siempre hay alguien prometiendo más!

—Hasta que se llega a un punto en que ya no queda nada que dar —dijo Fidel Aznar con su acostumbrada seriedad—. Los gobiernos actuales ya no pueden prometer nada nuevo. Entonces se recurre a la violencia para mantenerse en el poder, y vienen las dictaduras; es decir, el ejercicio del poder por la fuerza.

—¿Estás de acuerdo con Sirio? —preguntó Tuanko—. ¿Queréis decir que no existe forma humana de hacer recobrar el sentido común a este mundo enloquecido?

—Podría hacerse —dijo el flemático Fidel—, sentando uno por uno a los terrícolas ante una máquina “Psi” y reeducándoles como si fueran niños. Pero una cosa así no sería leal. Nadie tiene derecho a imponer a otro sus ideas por la fuerza.

—¿Tenemos que dejar entonces que este mundo se autodestruya?

—Todas las civilizaciones tienen un principio y un fin. Tal vez haya llegado el momento de ver extinguirse a esta Humanidad. El mayor problema del hombre es no haber aprendido a defenderse de sí mismo. Pero no hay que perder las esperanzas, tal vez ocurra un cataclismo que conmueva este mundo hasta sus cimientos, y ese cataclismo pueden ser los thorbod. Si el mundo quiere sobrevivir tendrá que defenderse. Si no lo hace, probablemente es que no merece sobrevivir.

—¡Eso es fatalismo! —protestó Tuanko.

La discusión prosiguió hasta que, transcurrida una hora desde la alocución del presidente valerano, de nuevo intervino éste para hablar a los terrícolas. Pero el discurso era, palabra por palabra, una repetición del anterior. Se trataba evidentemente de una grabación que los valeranos iban a transmitir una vez y otra.

Los Aznar y sus amigos escucharon de nuevo la alocución y luego se echaron a dormir. Efectivamente, a la mañana siguiente, con intervalos de una hora, las emisoras de “Valera” continuaban repitiendo el discurso. La intención de los valeranos era que el contenido de la alocución llegara al mayor número de terrícolas.

Más para tantear la opinión de la gente que por auténtica necesidad, Tuanko y Sirio salieron del refugio, mientras Lola y Mingo hacían lo mismo por su cuenta.

Una característica de los habitantes de Heliópolis, era que siempre parecían cansados. Se había desterrado el saludable hábito

de los ejercicios físicos de tiempos pasados, cuando el hombre aspiraba a vivir trescientos años a base de una adecuada alimentación, cuidados médicos y sano ejercicio. Hoy día, con las máquinas “Karendón”, esto no era problema. La gente solía morir de accidente, a veces en una reyerta de borracho o por tomar un exceso de drogas. El número de suicidios era aterrador. Pero había otras formas de muerte, como la que los “fredemos” recibían de la implacable policía izrailita, o la que ciertos individuos recibían buscando la estúpida gloria de un día.

En Heliópolis, ciudad de proyección horizontal, era difícil encontrar gente en las calles. Había que ir a buscarla en las grandes concentraciones; los almacenes de la Intendencia estatal, los gigantescos estadios... o el circo. ¿Circo en esta ciudad y esta época?

—Hoy hay circo —dijo Sirio contemplando un cartel en la fachada del almacén—. Vale la pena que lo veas, aunque sea sólo por una vez.

El cartel mostraba una lucha de gladiadores, ni más ni menos que como éstas se desarrollaban en los primeros tiempos del cristianismo. Esto no podía sorprender a Tuanko, que ya había oído a sus amigos hablar del espectáculo.

—¿Quién pone estos carteles? —preguntó el tapo—. ¿Hay que hacer publicidad para que la gente acuda al circo?

—No seas tonto. El aforo del circo sólo es de doscientos mil espectadores sentados. Normalmente se cuelan cincuenta mil más de lo debido entre empujones y gritos... Hay que ir con horas de anticipación para pillar un buen sitio. ¿Qué quién pone los carteles? Observa que los carteles son todos iguales, pero en cada uno el nombre del gladiador que aparece con letras más grandes es distinto. Se trata, simplemente de una muestra de vanidad. Los luchadores pegan sus propios carteles. Si ha adquirido cierta fama en combates anteriores y tiene una peña de admiradores, entonces son los amigos quienes se encargan de distribuir la publicidad.

—A mí todo esto me parece muy ingenuo —dijo Tuanko.

—Tal vez no pienses lo mismo después de una sesión de circo. Ten en cuenta que ninguno de los que interviene en el espectáculo percibe premio. El único premio para los ganadores es la corona de laurel... y por supuesto la fama. Nuestra sociedad padece una

psicosis de vulgaridad. Probablemente la única razón de que la gente se emborrache y se drogue es la huida de uno mismo hacia ese mundo de ensueños maravillosos que proporciona una dosis de opio o una buena borrachera. Cada uno de nosotros desea destacar de alguna forma. Llevado a sus extremos límites, este afán se manifiesta en el circo. Vamos a ir, todavía es temprano y podemos coger un buen sitio. Almorzaremos allí.

—Pero íbamos a tantear el efecto que la alocución del presidente ha producido en el pueblo...

—El pueblo está allí, en el circo.

—Dedicado a seguir un espectáculo salvaje.

—Ven, ya verás —insistió Sirio tirándole de un brazo.

Tomaron el ferrocarril suburbano, el cual, con frecuentes y largas paradas, les llevó en una hora al Circo.

El Coso, que era como llamaban al circo, era una construcción monumental de hormigón, una bella y audaz obra de ingeniería, probablemente proyectada en los tiempos en que todavía había buenos arquitectos en la Tierra. Interiormente todavía resultaba más espectacular, pues todo el inmenso graderío estaba cubierto por un enorme alero que formaba una especie de bóveda dejando descubierto el centro, que caía sobre el círculo llamado “arena” o “palestra”. Efectivamente, estaba cubierto de arena.

Era el mediodía cuando se acomodaron en el graderío. El espectáculo no daría comienzo hasta las cuatro de la tarde y ya estaba el circo parcialmente lleno. La mayoría de la gente traía consigo el almuerzo y sus latas de cerveza, y también bebidas más fuertes, como whisky, brandy, ginebra o ron.

Abundaban mucho las radios de bolsillo, que se escuchaban con el auricular para distraer las largas horas de espera. Sirio preguntó a un vecino si estaba escuchando la alocución de los valeranos.

—No, calle. Esa lata ya terminó a las once. ¡Menuda tabarra nos han largado los valeranos del demonio!

Otro de los vecinos de asiento replicó:

—Pues tabarra o no tabarra, más nos valdría escucharles.

—¡Vaya hombre! ¿Pero usted se ha creído toda esa patraña de los Hombres Grises?

—¿Y usted qué piensa del secuestro de los “vetatoms” de esos pobres tapos?

—¡Hombre! Yo lo que digo es que trescientos millones es muchísima gente. No se pueden endosar a un solo Estado ni repartirlos por varias ciudades sin crear un verdadero problema de viviendas.

—Pero es que esos trescientos millones de tapos no han pedido asilo a la Tierra. Los valeranos apenas son treinta y cinco millones. Y ahora, más que nunca, necesitan gente para ponerla a trabajar.

—Para ponerla a trabajar en su industria de guerra; es decir, para fabricar más buques y torpedos que luego dirigirán contra nosotros. Nuestro Gobierno sabe bien lo que hace y por eso retiene a los tapos. Metidos en rollos de “vetatom” apenas ocupan lugar, no piden comida y son inofensivos.

—Pero eso no está bien, es un secuestro.

—¿Y ve usted mejor que sean utilizados por los valeranos como mano de obra, y luego como ejército de invasión contra la Tierra?

—¿Pero quién ha dicho que los valeranos vayan a invadirnos, hombre? Bastante trabajo tienen con dar la cara a los Hombres Grises. Después de todo, ese es un riesgo que van a correr por nosotros.

—Bueno, pues que se vayan de una vez a pelear con los thorbod y nos dejen en paz.

—¿Qué dice usted, hombre? —exclamó otro joven que hasta entonces permaneciera en silencio—. Los valeranos no se marcharán sin los trescientos millones de tapos y los cuarenta millones de renacentistas que les hemos secuestrado.

—¡Eso, ni soñarlo! Lo sé de buena tinta, nuestro Gobierno ha estudiado el asunto y ha decidido no entregar los “vetatom”. La razón es simple; mientras tengamos esos “vetatom” como rehenes los valeranos no se atreverán a atacarnos.

Tuanko y Sirio cambiaron entre sí una mirada de asombro.

Mientras Tuanko reflexionaba lleno de preocupación, sus vecinos de grada seguían discutiendo acaloradamente. Alguien recordó que una cosa así ya se había hecho anteriormente con los valeranos.

En efecto, en su viaje a través del hiperespacio, “Valera” llegó a un planeta llamado Uhlan, donde una nación, Ankor, desarrollaba el odioso papel de gendarme de aquel mundo. Los ankoranos se llevaron a su planeta a los habitantes del Nuevo Madrid,

transformados en rollos de “vetatom”, y también se negaron a devolverlos. Como ahora los terrícolas, los ankoranos tenían la pretensión de conservar sus rehenes hasta tener una seguridad total de que “Valera” no atacaría Ankor. La respuesta de los valeranos fue la invasión de Ankor y la ruina del régimen totalitario que tenía sometido a todo el planeta. Los rehenes fueron liberados.

Sorprendía que los gobernantes terrícolas, conociendo el poder de “Valera” y los precedentes de un caso parecido, optaran por la estúpida solución de retener los “vetatom” como rehenes.

—“Valera” no se irá sin los “tapos” —refunfuñó Tuanko en voz baja—. ¡Nunca lo hará!

—Bueno, déjalo —dijo Sirio.

Tuanko esperó lleno de impaciencia hasta que, con el circo lleno hasta los topes, en un ambiente de fiesta y con numerosos borrachos tendidos en las gradas, dio comienzo el espectáculo.

Empezó la cosa con una carrera de viejos automóviles eléctricos que debían dar un determinado número de vueltas al ruedo entre el muro de éste y un círculo de pacas de paja que delimitaban los bordes de la pista. En la pugna por llegar al final valían todos los trucos; embestidas laterales o frontales, emboscadas de unos contra otros, alianzas circunstanciales y al final una feroz lucha, pues solamente se admitía un ganador.

Los automóviles no estaban protegidos para esta paliza, de la cual resultaron dos conductores muertos y el resto de ellos heridos en mayor o menor cuantía. Y todos los coches abollados y hechos trizas, claro.

El público no dejaba de gritar ni un momento, animando a sus favoritos entre trago y trago de bebida.

Para el siguiente número se sacaron a la arena una especie de grandes rastrillos puestos al revés; es decir, con un bosque de agudas hojas de acero hacia arriba. Uniendo varios rastrillos quedó construida rápidamente una plataforma, poniendo en dos de sus extremos una torre, y entre las dos un largo listón de fibra de vidrio de unos diez metros de longitud.

Dos hombres, armados de sendos látigos, sin más ropa que un taparrabo, salieron a la palestra entre el vocerío de la multitud. Los dos contendientes se encaramaron cada uno a una torre, saludaron al público, extendieron sus largos látigos y se adentraron en la

larga, angosta y flexible tabla saliendo uno al encuentro del otro.

Haciendo restallar sus látigos, ahora en medio de un silencio impresionante, los dos luchadores se atacaron, intentando cada uno derribar al otro. Ya era difícil conservar el equilibrio sobre el estrecho y flexible tablón, tanto más cuanto los dos hombres se estaban moviendo continuamente. A veces, un certero latigazo de uno, y una pirueta del otro, arrancaban un grito unánime de la multitud.

Hasta que un latigazo más certero de uno de los luchadores alcanzó al otro en el rostro y le derribó del tablón. Cayó de espaldas y quedó ensartado en las aceradas hojas puntiagudas. El vencedor levantó sus brazos y su látigo saludando, y el público le recompensó la hazaña con un largo y estruendoso aplauso, que duró hasta que el hombre se retiró.

—Ese Tono fue un estúpido —comentó uno de los vecinos de Tuanko—. Pudo haber caído de pie, como los gatos. ¡Estúpido!

Otro atractivo número consistió en el ya tradicional torneo a usanza medieval. Los “caballeros”, sin armadura y sin otra protección que un escudo, montaban caballos unicornios de Redención y se embestían lanza en ristre. El que era derribado perdía. A veces el perdedor quedaba ensartado en la lanza de su contrincante, como fue el caso de la última pareja, que todo el circo esperaba con especial ansiedad.

—Craumar se la tenía jurada a Espolio —dijo un vecino de Tuanko.

Los espectáculos del circo, al parecer, suscitaban feroces rivalidades entre los favoritos del público. De una a otra exhibición los héroes se desafiaban. La muchedumbre tomaba partido por uno u otro, y en el intervalo los “artistas” aparecían en la televisión, lanzaban su reto, gozaban de la popularidad y eran envidiados de todo el mundo.

El número que cerraba el espectáculo consistía en una tremenda lucha entre gladiadores. La única protección era un escudo de bronce y un yelmo. El arma, la espada corta. Algunos luchadores eran conocidos por sus nombres por el público. Eran los supervivientes de otras memorables tardes, los que por su valor, su habilidad o su suerte, habían sobrevivido por lo menos a más de un encuentro.

Para alargar el espectáculo y hacerlo más interesante, solían luchar por parejas solas, como en una velada de boxeo. Un combate entre gladiadores se entendía que era a muerte, excepto que el vencedor perdonara la vida al vencido. Pero al público le gustaba ver morir a la gente. En un tiempo en que la vida era particularmente estimada, por lo mismo que podía prolongarse casi indefinidamente, era un espectáculo terrible ver a un hombre morir en la arena. El espectador se estremecía de placer. Tuanko se sintió estremecer de horror.

Particularmente angustioso fue para el tapo el momento que, caído el vencido en la arena, a expensas de la espada del vencedor, éste miró a las gradas como pidiendo el parecer al público. Como en los circos romanos, el público bramaba apuntando con su dedo hacia abajo.

—¡Mátalo! ¡Mátalo! —rugían las voces enronquecidas de los borrachos.

El gladiador hundió su espada en la garganta del desdichado, dando satisfacción a los 250.000 espectadores que gritaban ensordecedoramente.

—Ya es bastante. Vámonos —dijo Tuanko a Sirio.

Trabajosamente se abrieron paso hacia el más próximo vomitorio, pisando en ocasiones sobre personas ebrias y provocando la indignación de los demás.

Dejando atrás el clamor de voces que se elevaban del circo fueron andando hacia la estación del suburbano. En la playa de estacionamiento había posados miles de aerobotes. Todavía, durante la larga hora de viaje, hasta que se apearon, le duraba a Tuanko la impresión.

—Es terrible —dijo finalmente cuando trepaban por la sinuosa carretera de hormigón hacia la colina—. ¿Por qué lo hacen? Los hombres que murieron allí podían haber vivido otros mil o dos mil años.

—¿Por qué beben? ¿Por qué se drogan? La respuesta es siempre la misma. El individuo busca una forma de liberarse. Siente que su vida no tiene objeto. Mientras el individuo tuvo que luchar contra los elementos naturales para sobrevivir, su vida estuvo llena de motivaciones. La gente moría antaño sin tiempo de haber realizado todo aquello que deseaba hacer. Los hombres y las mujeres de hoy

no tenemos nada que hacer, todo se nos ha dado hecho. Nos falta un estímulo. Creo que esa es la causa.

Había cerrado la noche y todavía no había salido la Luna.

Tuanko exhaló un suspiro y levantó los ojos al cielo. En este momento vio una vivísima luz que se encendía en el espacio, lejos de la Tierra. Toda la colina quedó iluminada con el breve y frío resplandor de aquel relámpago.

—¿Tormenta? —murmuró Sirio levantando su bello rostro.

—Es una deflagración nuclear. ¡Mira, otra allí! ¡Y otra!

En efecto, el firmamento empezaba a llenarse de relámpagos aquí y allá. Tuanko había visto antes estas luces parpadeantes, de un verde azulado frío, como no existía en la naturaleza.

—¡Es una batalla espacial! —exclamó.

CAPÍTULO X

El CHA de O'Neill y sus seguidores arrojaron bombas a través de las torres de la ciudad. Las bombas se encendían por millares en el cielo, tan seguidas que iluminaban la noche con un continuo resplandor.

Una sombra se destacó de los árboles.

—¡Sirio! ¡Tuanko!

Era Mingo. Se detuvieron jadeando ante él.

—¿Dónde demonios os habéis metido? Os hemos estado esperando toda la tarde.

Tuanko señaló al cielo.

—¿Has visto eso?

—¿Cómo no iba a verlo? —respondió Mingo—. Los valeranos se han lanzado al ataque, acaba de comunicarlo la radio. Estábamos tan preocupados por vosotros que me mandaron salir a buscaros. ¿Quién sabe? Puede que no tarde mucho en llover las bombas nucleares sobre esta ciudad. ¡Volvamos al refugio!

Entraron en el refugio, donde Lola Istur y los Aznar se ponían las armaduras de “diamantina”.

—¿Qué es esto? —preguntó Sirio—. ¿Vamos a evacuar?

—Escucha la radio —respondió Lola elevando el volumen del pequeño aparato que descansaba sobre un cajón.

“... atacando por sorpresa. El Gobierno Federal mantiene el control sobre todos los recursos ofensivos y defensivos del planeta, pero siendo todavía oscuro el propósito real del enemigo recomienda a los ciudadanos se recluyan en los sótanos de sus casas con agua y provisiones para varios días. Ésta es la Estación Emisora de Heliópolis.”

—¿Qué es lo que está ocurriendo? —inquirió Tuanko mientras echaba mano a las piezas de su armadura—. ¿Cuándo comenzó el ataque? ¿Y por qué?

—Nadie sabe lo que está ocurriendo, la radio es parcial en sus comentarios y contradictoria en su información. Sólo sabemos que los valeranos han desencadenado un ataque fulminante y que se está librando una gran batalla en el espacio, entre la Tierra y “Valera”. Este lugar no ofrece ninguna garantía de seguridad si Heliópolis es bombardeada —dijo Alejandro Aznar.

—¡Que idea tan absurda! Los valeranos no pueden bombardear esta ciudad. Hay aquí veinticinco millones de seres humanos, y ni un mal refugio atómico donde guarecerse. Apuesto a que no entra en los planes de los valeranos hacer una masacre —rechazó Tuanko.

En efecto, la pereza y la imprevisión habían dejado a Heliópolis sin refugios atómicos. Los que existían eran antiguos e insuficientes, y sus instalaciones habían quedado deterioradas con el paso del tiempo. Hacía un millón de años que no se conocía una guerra en la Tierra.

—No tiene maldita gracia tener que permanecer aquí a la espera de las mentiras que quieran decirnos por la radio —dijo Tuanko echando mano a su escafandra de “diamantina”—. Voy a salir.

—Tuanko, quédate aquí —ordenó Lola Istur con energía—. Vamos a comer, tal vez no podamos hacerlo después en mucho tiempo. Nadie sabe lo que puede pasar.

Mientras comían escuchaban la radio.

“El enemigo lanzó una punta de ataque formada por millares de “trompos”. El “trompo” es un mazacote de “dedona”, especie de platillo volante casi macizo, en cuyo interior suele viajar una “Karendón Traslator”. Ésta fue el arma que los valeranos utilizaron en Uhlan para llevar sus tropas de desembarco contra Ankor. Es presumible que el enemigo se proponga llevar a cabo un desembarco de tropas en lugar todavía impreciso...”

—¡Los valeranos atacan con sus “trompos”! —exclamó Tuanko sorprendido—. Eso no tiene sentido. Los valeranos no pueden ni soñar en invadir este superpoblado planeta con su escaso número de tropas. A menos que... ¡sí, eso debe ser! Se trata de un golpe de mano. No van a invadir la Tierra ni siquiera a establecer una cabeza de puente, nadie cometería una insensatez así. Su ataque persigue

un objetivo de alcance limitado... por ejemplo, tomar el autoplaneta “Hermes” y sacarlo de la Tierra.

—Eso es imposible —rebatió Lola Istur—. Admitiendo que pudieran llegar hasta el “Hermes” a favor de lo repentino del ataque, ¿cómo lo sacarían después, con toda la Armada terrícola alrededor de este planeta?

—Lola tiene razón, nadie intentaría llevar a cabo una misión tan disparatada —dijo Virela Aznar.

Tuanko tuvo que reconocer que tanto Lola como Virela tenían razón. No se trataba sólo de llegar hasta el “Hermes”, empresa relativamente fácil, sino de rescatar a los 340 millones de seres que contenía en forma de rollos de “vetatom”. Los valeranos no se arriesgarían a perder irremisiblemente a los tapos en una huida alocada sin posibilidades de éxito. Nadie que tuviera sentido común lo haría.

Una hora después la radio de Heliópolis seguía ofreciendo la misma información. Como si nada nuevo hubiese ocurrido digno de mención. Pero esto era imposible. Los combates siderales solían desarrollarse a impresionante velocidad. En la hora que llevaba la batalla tenían que haber ocurrido muchas cosas.

La radio ahora difundía marchas militares. Nervioso, Tuanko tomó el aparato entre sus manos y movió la aguja del dial. Consiguió sintonizar otras emisoras de distintas ciudades, pero al parecer todas estaban bajo control del Mando Central y sólo daban recomendaciones locales a la gente que corría en busca de los refugios y los túneles de los suburbanos.

—¿Cuánto pueden tardar los “trompos” en llegar a la Tierra, sí es que vienen hacia aquí? —preguntó Lola.

—Si sólo vinieran a bombardear las ciudades, acelerando a quinientos metros por segundo, sólo tardarían una hora y veinte minutos. Pero si se propusieran aterrizar para efectuar un desembarco de tropas invertirían el doble de tiempo, pues sólo podrían acelerar la mitad del camino para desacelerar durante la mitad restante.

—¡Entonces ya deben estar aquí!

—Bueno, no podremos saberlo si no salimos fuera. Esta vez sí voy salir —respondió Tuanko.

—Coge tu fusil, nadie sabe lo que puede pasar —recomendó Lola

—. Voy contigo.

No sólo salieron Lola y Tuanko. Sirio, Mingo, Virela y finalmente, el profesor, Dalia y Fidel Aznar les siguieron por la escalerilla con sus equipos de vacío y sus armas.

Apenas se encontraron fuera y levantaron los ojos vieron un fantástico espectáculo, una auténtica “caída de estrellas”; es decir, una lluvia de aerolitos cruzando la atmósfera en todas direcciones, dejando largos y brillantes rastros de fuego en la negra bóveda celeste. La mayoría de estas líneas estaban lejos, pero otras dibujaban trazos muy arqueados que surgían del horizonte y pasaban sobre las cabezas de los Aznar.

Eran los “trompos” valeranos, atravesando las altas capas de la atmósfera terrestre a gran velocidad, hasta el punto de ponerse incandescentes.

De pronto vieron pasar, apenas a tres mil metros de altura, dos “trompos” que volaban juntos promoviendo un ruido aterrador, como el de un tren expreso a gran velocidad. Cruzaron el espacio sobre la ciudad, surgiendo por detrás de las montañas, y se perdieron de vista en dirección al mar.

—¡Esos van a aterrizar! —exclamó Tuanko con júbilo—. ¡Van hacia el lugar donde está el “Hermes”!

Pasaron dos minutos, y repentinamente, saliendo en tromba por detrás de la cordillera donde estaban las fortalezas “Mohave”, un centenar de “trompos” irrumpieron sobre el espacio de Heliópolis y se desparramaron inmovilizándose unos breves instantes. Directamente sobre las cabezas de los Aznar, como suspendido por hilos invisibles, colgaba del espacio un macizo plato de color amarillo con un gran ojo luminoso en su parte inferior central.

¡El “trompo” empezó a descender rápidamente sobre la cima de la colina!

En el resto de la ciudad, los “trompos” aterrizaban sobre puntos escogidos, generalmente en los parques, bosques y colinas, donde quedaron ocultos entre los árboles. El más próximo a los Aznar se posó a unos ciento ochenta metros, sobre la alberca donde ellos aterrizaron al fugarse de “Mohave III”.

—¡Vamos con ellos, son amigos! —gritó Tuanko echando a correr.

Cuando llegó junto a la alberca vio que el “trompo” había

desmoronado los bordes de la piscina. El agua corría por todas partes y alrededor del aparato se levantaban nubes de vapor que lo ocultaban casi por completo. El “trompo”, que medía 36 metros de diámetro y tenía 14 metros de altura, había quedado encajado en la alberca y se enfriaba con el agua, evaporando parte de ésta.

El “trompo”, portador de una “Karendón Traslator”, podía utilizarse de dos formas; bien llevando consigo un rollo de lámina metálica, con los “vetatom” de un millar de soldados con su equipo, o bien materializando en el lugar de aterrizaje las tropas enviadas directamente desde “Valera”. En cualquiera de los dos casos, la “Karendón” no debía tardar en funcionar, ya que la rapidez y la sorpresa eran factores importantes en una acción de este tipo.

Efectivamente, mientras los Aznar y sus amigos estaban mirando se abrió una escotilla en la parte superior del “trompo” y una cabeza, cubierta con una escafandra oscura, asomó al exterior. El hombre salió por el agujero empuñando un fusil lumínico y bajó corriendo por la rampa que formaba el sólido caparazón.

Abriendo el volumen del amplificador de su escafandra, le llamó Tuanko:

—¡Eh, valerano, somos amigos!

El hombre volvióse sorprendido, empuñando resueltamente su arma.

—¡No dispaes, caramba! ¡Somos la familia Aznar!

Otro hombre, enfundado en su armadura asomó por la escotilla. Tuanko, que tenía sintonizado también su aparato de radio individual, pudo escuchar el diálogo entre los dos comandos:

—¿Quién demonios está hablando?

—Mira esos tipos, Tamples. Dicen que son de la familia Aznar.

—¡Estás bromeando!

—No, yo no. En todo caso los bromistas son ellos.

—Esas cosas sólo ocurren en las películas. Hay veinticinco o treinta millones de habitantes en esta ciudad. ¡Hombre, y nada más echar pie a tierra nos encontramos con los Aznar! Es demasiada casualidad.

—Ustedes no nos han encontrado, somos nosotros quienes les hemos encontrado a ustedes —dijo Tuanko—. Somos la familia del Almirante Aznar: su hermano, sus hijos y sus nietos. Y tres amigos del movimiento Fredemo que nos ayudaron a escapar de la prisión.

—Somos los tíos con más suerte de todo el Ejército Valerano — se escuchó una risita—. ¡Nadie se lo va a creer!

El segundo comando bajó por la rampa y se reunió con el primero. Los Aznar se acercaron.

—Soy el coronel Carvallo, tengo orden de despacharles a “Valera”. En realidad fue una orden general; aquellos que les encontraran primero debían enviarles rápidamente a “Valera”. ¡Tamples, que paren la “Traslator” y la preparen para emitir al planetillo! —dijo el hombre que salió primero.

Un minuto después los Aznar bajaban por una angosta y empinada escalera, abierta en el espesor de la “dedona” del aparato, y llegaban a una pequeña cabina donde había tres hombres y una “Karendón”. Allí los Aznar se despojaron de la escafandra.

—Tiene gracia —murmuró el coronel—. Debería identificarles antes de enviarles a “Valera”, pero no sé cómo hacerlo. No les he visto nunca. Sólo creo reconocer a este hombre alto. ¿Se llama Adler Ban Aldrik, o algo así?

—Soy Adler Ban Aldrik, Fidel Aznar.

—Bien, usted será el primero en viajar. Le materializaremos directamente en la Sala de Control, si aquélla está libre.

—Muchas gracias —dijo el “bundo”. Y entró tranquilamente en la cámara.

—Bien, amigos —dijo Tuanko volviéndose hacia Sirio, Lola y el Valiente Mingo—. Mira por dónde vais a ver realizada vuestra ilusión. Espero que nuestro “Valera” no os defraude.

—Casi no puedo creer que esto esté ocurriendo —murmuró Sirio con ojos brillantes.

Fidel Aznar fue desmaterializado en medio de un relámpago y la computadora empezó a taladrar velozmente una cinta perforada de dos metros de longitud. Los datos que iban apareciendo en la cinta eran simultáneamente enviados a “Valera” por la radio.

Dalia Aznar siguió a Fidel en el interior de la cámara.

—¿Han venido ustedes expresamente a buscarnos? —preguntó Tuanko al coronel Carvallo.

—Bueno, no de una forma concreta. No sabíamos si estaban vivos o muertos. El objetivo de este golpe de mano es rescatar al “Hermes” y los trescientos cuarenta millones de personas que hay en sus trescientos cuarenta mil rollos de “vetatom”. Sé el número

exacto de rollos, todos conocemos la cifra, tenemos que contarlos antes de regresar a “Valera”.

—¿Regresar con el “Hermes”, quiere usted decir? ¿Cómo esperan conseguirlo?

—Sabemos que no será fácil, pero contamos con que todo salga bien. Nuestros comandos tomarán la Ciudad Prohibida en treinta minutos. Si capturamos al Gobierno, todo lo demás será fácil. Tendremos al Gobierno, a la oligarquía y esta ciudad en nuestro poder. Pensamos canjearlos por el “Hermes”.

Tuanko quedó sorprendido por la sencillez y la audacia del plan.

—¿Por qué no se me ocurrió? —dijo pegándose con la palma de la mano en la frente.

—Ya se le ocurrió a su abuelo el Almirante —dijo Carvallo.

—¿Idea del Almirante Aznar?

—Muchacho, su abuelo es un hombre extraordinario. Llegó a “Valera” y nos galvanizó con su presencia. El Gobierno le nombró Almirante Mayor y el Senado refrendó este nombramiento. Si esta operación sale bien vamos a tener Almirante Mayor para rato. Y yo me alegro, oiga. Nos estaba haciendo mucha falta un jefe de su categoría. Si hemos de volver a Atolón a luchar contra los thorbod necesitaremos un comandante de la competencia del Almirante. Dicen que el autoplaneta jamás fue derrotado mientras estuvo al mando de un Aznar. ¡Así sea!

Virela y el profesor Alejandro ya habían sido desmaterializados. Le tocaba la vez a Tuanko, pero éste cedió su turno galantemente indicando a Sirio que entrara en la cabina. La muchacha fue desmaterializada y la “Traslator” empezó a transmitir sus datos personales a “Valera”, a seis millones de distancia en el espacio.

—¿No tenemos el propósito de invadir la Tierra, verdad?

La pregunta de Tuanko hizo sonreír al coronel.

—Claro que no. No podríamos aunque quisiéramos. Y no queremos. Tenemos cosas más importantes que resolver en Atolón y no vamos a quemar nuestra Armada en una guerra sin objeto con los terrícolas. Este mundo jamás podrá comprendernos, ni nosotros a ellos. Con los trescientos millones de tapos, los renacentistas y algunos terrícolas que quieran seguirnos, nos bastamos para acabar de reforzar nuestra Armada Sideral y emprender la lucha contra los thorbod.

—¿Quiere decir que no vamos a partir inmediatamente?

—No, imposible. El Almirante Aznar calcula que necesitaremos por lo menos otros veinte años para construir veinte mil esferonaves. Si los terrícolas abandonan su estúpida actitud, y quieren ayudarnos, podremos rebajar ese tiempo o llevar allá un número mayor de esferonaves. Ya veremos, de momento lo que importa es rescatar el “Hermes”.

Lola y Mingo ya habían desaparecido en la “Karendón”. Le tocaba la vez a Tuanko. Éste estrechó la mano del coronel.

—Que tengan suerte en su misión.

—Gracias, nos va a hacer falta.

Tuanko Aznar se deslizó por entre la pantalla de porcelana y el borde exterior de la cabina. Entró y esperó con la escafandra bajo el brazo.

Brilló un relámpago, y con el mismo relámpago se encontró en la sala de las “Traslator” en la sala de control del autoplaneta “Valera”. Sirio, Lola y Mingo le esperaban en el corredor.

—Nunca hemos estado aquí, dínos por donde hay que ir —le dijo Sirio, los grandes y hermosos ojos brillantes de excitación.

—Bueno, tampoco yo he estado nunca aquí. Pero creo que podría guiarnos hasta con los ojos vendados. Vamos, amigos, esto es “Valera”.

Los tres “fredemos” se miraron entre sí y siguieron a su guía.

* * *

Las risas, las voces y los chapoteos de los alegres bañistas se vieron interrumpidos por los vibrantes sonos de una marcha militar brotando de un pequeño receptor de radio a todo volumen. Desde la orilla de la piscina, bajo el toldo listado de alegres colores, Dalia Aznar llamó a la grey de jóvenes medio desnudos.

—¡Eh, muchachos, vengan acá! ¡La radio va a transmitir algo importante!

—Vamos allá —dijo Tuanko Aznar—. ¡Gallina el que llegue el último!

Los cinco muchachos se lanzaron en furioso braceo por ver de no llegar último a la orilla opuesta. A Tuanko, que iba el primero, le agarraron una pierna y lo hundieron haciéndole tragar agua.

Cuando volvió a la superficie vio que él era el último. Todos los demás, Virela y Mingo, Lola y Sirio se encaramaban al muro saliendo del agua.

—¡Gallina! ¡Gallina!

—¡Tramposos! —gritó Tuanko.

Y se burlaron de él. Salió soltando chorros de agua y se dirigió en busca de la toalla de baño que estaba sobre el respaldo de un sillón de mimbre.

—¡Chicos, cállense! —les respondió Dalia.

“Atención. Último parte del Estado Mayor General, referente a la operación militar “Rescate”. A las dos horas de hoy (hora de Valera) concluidas satisfactoriamente las negociaciones con el Gobierno cautivo del Estado Terrícola, el autoplaneta “Hermes” despegó de la costa occidental de California llevando a bordo al Gobierno de la República de Maquetania (República Tapo). La Operación Rescate ha terminado. Los cincuenta mil hombres de las Fuerzas de Operaciones Especiales empezarán a evacuar al mediodía (hora de la costa occidental de Norteamérica). Trescientos millones de tapos y cuarenta millones de renacentistas fueron rescatados. ¡Viva Valera!”

Los cinco muchachos prorrumpieron en un grito de alegría lanzando sus toallas al aire. Luego se cogieron de las manos y bailaron en corro alrededor de Dalia Aznar a los acordes de la ruidosa marcha militar.

El sol artificial de “Valera” lanzaba perpendicularmente sus rayos sobre todo el interior del globo. Hacía calor. De la tierra húmeda y esponjada salían vaharadas de tenue vapor. Dalia Aznar, 46 años, aunque sólo aparentaba unos veinticinco, se puso en pie y se unió al corro saltando alegremente.

Todo “Valera” suspiraba de alivio y alegría. Delante quedaba una larga y difícil tarea, pero los valeranos, recobrado el pulso, volvían a ser el pueblo tenaz e indomable que los terrícolas nunca llegaron a comprender.

Notas

[1] El supuesto metafísico sobre el cual opera la “Karendón” ha sido suficientemente expuesto en las novelas anteriores de George H. White, motivo por el cual se considera ocioso insistir en el tema. (*N. de la R.*) < <